

Diario de un Seductor

Sören Kierkegaard

**Diario
de un
Seductor**



**Sören
Kierkegaard**

PROLOGO

*Sua passion predominante é la giovin principiante.
DON GIOVANNI, aria¹*

No puedo ocultármelo a mí mismo: a duras penas domino la ansiedad que me atosiga en este instante, ahora que, empujado por mi interés, decido transcribir, con mucho cuidado, la copia apresurada que, con riesgo y con mucho esfuerzo, conseguí entonces. El episodio, hoy como ayer, se me presenta, a pesar de todo, muy angustioso y lleno de reproches. Contrariamente a su costumbre, él no había cerrado la mesa del escritorio, por lo que su contenido se encontraba a mi disposición, e inútilmente intenté justificar mi actitud recordándome que jamás había abierto un cajón. Había un cajón abierto. Y dentro había muchos papeles desordenados, y encima estaba apoyado un volumen in quarto, muy bien encuadernado. En la página por la que estaba abierto había un trozo de papel blanco, en el que estaba escrito de su puño y letra: Commentarius perpetuas n. 4. Sería, por tanto, completamente inútil justificarse de que, si el libro no hubiera estado abierto en esa página y si el título no fuese tan sugestivo, yo no habría cedido a la tentación, o al menos hubiera intentado resistirla. El título resultaba bastante raro, más que por sí mismo por el lugar en el que se encontraba. Al echar una ojeada a los papeles desordenados entendí que no contenían más que alusiones a episodios eróticos, alguna indicación de relaciones personales y borradores de cartas de naturaleza estrictamente privada, de las que más tarde comprendí la artificiosa, calculada negligencia. Si ahora, después de haber penetrado el interior tenebroso de aquel hombre corrompido, evoco el instante en que, con la mente tensa y los ojos abiertos, me acerqué a aquel cajón, siento una impresión parecida a la que debe sentir un policía cuando entra en la guarida de un falsificador y, curioseando entre sus cosas, encuentra en un cajón un montón de folios desordenados y pruebas de imprenta: en una, un trozo de arabesco; en otra, un monograma, y en una tercera, una filigrana al revés; tiene así la prueba evidente de que se encuentra sobre la pista buena; y dentro de él se mezclan la satisfacción del descubrimiento con un sentido de admiración por el trabajo y la diligencia empleados en las falsificaciones. Para mí, por el contrario, era muy distinto, ya que no estaba acostumbrado a investigar delitos y, en ese caso, no tenía ni siquiera un mandato policial. Habría deseado que se me hubiese manifestado la verdad con todo su peso, ya que me estaba metiendo por un cansino ilegal; pero en ese momento, como sucede normalmente, me sentía no menos pobre de palabras que de pensamientos. Con frecuencia, nos dejamos dominar por una impresión, hasta que la reflexión nos libera, y, rápida y diligente en su acción, consigue penetrar lo imponderable desconocido. Cuanto más desarrollada está la facultad de reflexión, con mayor rapidez se concentra; del mismo modo que un funcionario de aduanas está tan acostumbrado a controlar pasaportes de viajeros extranjeros que no se despista ante las caras más raras. Pero, aunque mi facultad de reflexionar está vigorosamente desarrollada, en el primer instante me quedé consternado. Recuerdo claramente: palidecí, y me faltó

¹ "La pasión que domina / la juventud que nace." (Don Juan, "aria")

poco para caer desmayado. ¡Qué angustia! ¡Si él hubiese regresado a su casa y me hubiera encontrado desmayado, con el cajón en la mano..., pero una mala conciencia es capaz de hacer la vida interesante!

El título del libro no me llamó demasiado la atención. Imaginé que se trataba de una recopilación de fragmentos, hipótesis bastante natural, ya que sabía que era muy constante en sus estudios. Sin embargo, el contenido era muy distinto. Se trataba, ni más ni menos, que de un diario, y además muy bien redactado. Aunque yo no considere, por lo que conocía de él anteriormente, que su vida tuviese mucha necesidad de un comentario, sin embargo no puedo negar, después de la ojeada que le he echado ahora, que había escogido el título con mucho gusto y precisión, con gran objetividad y estética en relación con él y sus circunstancias. Aquel título está en perfecta armonía con el contenido del libro, ya que su vida, efectivamente, siempre estuvo inspirada en el sueño de vivir poéticamente. Dotado de una sensibilidad muy desarrollada, él conseguía siempre retratar su propia experiencia. O sea, este diario no es históricamente exacto, pero tampoco es un relato; no está, por así decir, en indicativo, sino en subjuntivo. Aunque la experiencia se anote naturalmente como se ha vivido, y a veces también algo después de haberla vivido, sin embargo está representada como si en ese instante tuviese lugar, y de una forma tan dramática que parece, a veces, que todo sucede ante nuestros ojos. Es muy improbable que, al redactar este diario, él haya tenido ante sí otra finalidad; como es incontestable, por otra parte, que no tiene sólo interés para el autor del mismo. Si consideramos esta obra en su totalidad y simplicidad no se puede suponer que tenga ante mí una obra poética, quizá destinada a ser publicada. Personalmente no tendría que temer que se publicara, ya que la mayoría de los apellidos son tan raros que no hay posibilidad de que sean auténticos. Sin embargo, pienso que los nombres son históricamente exactos, y quizá esto era para que él más tarde pudiese reconocer los personajes reales, donde los profanos se habrían equivocado por el apellido. Al menos esto ha ocurrido con la jovencita, a quien yo conocí y de la que habla particularmente el diario: Cordelia... En efecto, se llamaba Cordelia, pero su apellido no era Wahl.

¿A qué se debe entonces que, a pesar de esto, el diario mantenga su carácter poético? No es difícil responder: se explica por la naturaleza poética de quien lo escribió; naturaleza, por así decir, ni bastante pobre ni bastante tica para distinguir con precisión la poesía (le la realidad. El espíritu poético era ese más que él añadía a la realidad. Ese más era lo poético que él gozaba en una exposición poética de la realidad, y esta última la volvía a evocar bajo la forma de meditación poética. De esto derivaba una segunda satisfacción, y toda su vida estaba marcada por el placer. En el primer caso gozaba personalmente del hecho estético, y en el segundo gozaba estéticamente de su personalidad. Hay que señalar que en el primer caso, de forma egoísta, él gozaba en su interior y de lo que la realidad le concedía y de lo que él mismo daba a la realidad; en el segundo, su personalidad venía transpuesta y entonces él gozaba de la situación y de su estar en aquella situación. En el primer caso, la realidad le resultaba siempre necesaria como medio, momento; en el segundo caso, la realidad era concebida poéticamente. Fruto del primer estadio es esa disposición de ánimo de la que surgió el diario como fruto del segundo estadio, y, en este caso, se da a la palabra un significado distinto al primero. Así él percibió la poesía en esa forma ambigua en, la que vivió toda su vida.

Más allá del mundo en el que vivimos, en un fondo remoto, existe otro mundo, que, respecto al primero, está en la misma relación en que la escena que, a veces, vemos en el

teatro se encuentra con la escena real. A través de unos velos muy Dinos nos parece ver otro mundo de velos, más finos y más etéreos, de una intensidad distinta a la del mundo real. Muchos hombres que aparecen corporalmente en el mundo real no tienen su morada en éste, sino en el otro. Sin embargo, cuando un hombre se aleja, cuando un hombre casi desaparece del mundo de la realidad, depende de un estado de enfermedad o de salud. Y éste era el caso de ese hombre, que, sin haberlo visto antes, tuve la ocasión de conocer. No pertenecía al mundo real, y sin embargo tenía muchos lazos con él. Continuamente se metía dentro, y siempre, cuanto más se abandonaba, más salía de él. Y no era el Bien lo que le tenía alejado, ni tampoco el Mal; no puedo afirmar nada en contra de él, en ningún aspecto. Padecía una exacerbatio cerebri, por lo que la realidad no le servía de estímulo más que de forma esporádica. No se alejaba de la realidad por ser demasiado débil para soportarla, sino demasiado fuerte. Y precisamente su fuerza era su enfermedad. En cuanto la realidad perdía su poder de estímulo, se sentía desarmado, y de ahí su mal. Y él tenía conciencia en el instante mismo del estímulo, y en esta conciencia consistía el mal.

Conocí a la jovencita de cuya historia trata en particular el diario. Ignoro si sedujo a otras, aunque, seguramente, podría deducirse de sus papeles. Parece que en este caso se le habría solicitado que tuviera otro comportamiento, algo característico en él, pues, a pesar de todo, es taba bien dotado espiritualmente para ser un seductor en la acepción común de la palabra. Del mismo diario se deduce que siempre mantenía cierta elegancia: no pedía, por ejemplo, más que un saludo, si el saludo era lo máximo que ofrecía la víctima designada, y no habría aceptado más a ningún precio. Valiéndose de sus dotes naturales, él sabía engatusar a una joven hasta atarla a su persona, sin preocuparse más tarde de poseerla en sentido estricto. Imagino que sabía llevar a una joven hasta el punto en que estaba seguro de que habría sacrificado todo por él. Llegado aquí, cortaba todo, sin que por su parte tuviese lugar la menor presión, sin que hiciera la más mínima alusión al amor, sin una declaración o promesa. Y sin embargo había llegado hasta allí; y de la conciencia de todo esto derivaba una doble amargura para la desgraciada, ya que ella no tenía nada a que agarrarse y vagaba entre desesperados estados de ánimo en una lucha infernal. A veces, perdonándole a él, se reprochaba a sí misma, y más tarde se lo reprochaba a él, y entonces, ya que sólo había tenido lugar una relación en sentido impropio, se enfrentaba continuamente con la duda de que no fuera nada más que pura imaginación. Tampoco le quedaba el recurso de confiarse a alguien, pues efectivamente no tenía nada que confiar. Cuando uno sueña, les puede contar a otros su sueño, pero lo que ella tenía que contar no era un sueño, no, era realidad; por lo que, cuando quería contárselo a otros para desahogar su angustiado corazón, todo se quedaba en nada. Y esto lo percibía ella muy bien. Si nadie podía entender esto, mucho menos podía hacerlo ella, aunque le oprimiera el peso angustioso de la duda. Las víctimas, por este motivo, eran muy singulares. No se trataba de jóvenes desdichadas que, marginadas, o con la idea de que la sociedad las marginaba, presas de la angustia, cuando el corazón se desborda, se afligen con desesperación, abandonándose al odio o al perdón. No se advertía en ellas ningún cambio notable; seguían manteniendo, respetables como siempre, sus relaciones habituales; pero un cambio, que les resultaba oscuro a ellas e incomprensible a los demás, había tenido lugar. Su vida no estaba, como la de otras seducidas, quebrada, rota; tan sólo habían sido doblegadas en su intimidad. Perdidas para los demás, intentaban en vano encontrarse a sí mismas. Así como podía decirse que su caminar por la vida no dejaba huellas (ya que sus pasos eran tan regulares que podía controlar sus huellas, e imagino la

infinita diligencia que prestaba a esto), tampoco caía ninguna víctima en este transcurso. Tenía una vida espiritual demasiado desarrollada para ser un seductor vulgar. En ocasiones, sin embargo, asumía un cuerpo „para~ estático» y entonces era pura sensualidad. Además, su historia con Cordelia es tan complicada, que incluso le resultó posible aparecer él como el seducido; y hasta la misma Cordelia podía tener esta duda, pues en este caso él supo dejar sus huellas tan poco marcadas que resultaba imposible toda comprobación. Él utilizaba a los individuos sólo para estimularse, y luego los dejaba a un lado, como los árboles se desprenden de las hojas: él se rejuvenecía, las hojas se marchitaban.

Pero, ¿cómo juzgaba todo esto en su interior? Yo pienso que quien lleva a otros al error terminará cayendo en el error. No ha confundido a otros sólo aparentemente, sino en lo más profundo. Indicar a un viajero extraviado un camino equivocado, o sea, dejarle a uno en su error, es una acción muy reprobable, pero nunca se puede comparar con conducirlo a uno para que se pierda en sí mismo. Al viajero extraviado le queda, por lo menos, el consuelo del paisaje que cambia continuamente a su alrededor, y en cada recodo le nace la esperanza de encontrar, por fin, un camino de salida; pero quien está perdido en sí mismo no tiene mucho espacio para dar vueltas. Comprende rápidamente que se encuentra en un laberinto del que no podrá

salir nunca. Pienso que, un día u otro, podrá sucederle a él, pero en su caso será mucho más horrible. No puedo imaginar nada más tortuoso que un talento intrigante que . haga perder la orientación y que, cuando la conciencia le despierta, para intentar reorientarle, dirija contra sí mismo toda su agudeza. ¡Su guarida de zorro no tiene muchas salidas! En el mismo instante en que su alma angustiada cree ver llover a través de la luz del día, se da cuenta de que es una nueva entrada y, como fiera aterrada, busca continuamente salidas, pero sólo encuentra entradas que lo llevan a sí mismo.

A un hombre así no siempre habría que llamarlo criminal, porque a menudo le engañan sus propias intrigas y recibe un castigo mucho más terrible que un verdadero delincuente; pues, en realidad, ¿qué es el dolor de la expiación comparado con este delirio consciente? Su castigo tiene un carácter puramente estético, porque hasta el despertar de su conciencia le resulta un término demasiado ético. La conciencia se le aparece tan sólo bajo la forma de un conocimiento superior, que se exterioriza como inquietud y ni siquiera puede decirse que le acuse con toda propiedad, sino que le mantiene despierto y priva de todo . descanso a su estéril agitación. Y sin embargo no es un loco, ya que la infinita multiplicidad de sus pensamientos no se ha petrificado en la eternidad de la locura.

Tampoco la pobre Cordelia encontrará fácilmente la paz. Ella le perdona en lo más profundo del corazón, pero no encuentra tranquilidad, porque la duda renace en su alma: ella rompió el noviazgo, ella fue el motivo de su infelicidad, su orgullo anheló lo insólito. Siente entonces remordimiento, pero no tiene tranquilidad, porque inmediatamente su conciencia le dice que ella es inocente: fue él quien, consciente de su engaño, sugirió esa conducta a su alma. Al fin odia, su corazón encuentra consuelo en la meditación, pero ella no encuentra tranquilidad, porque vuelve a hacerse reproches: reproches por haberlo odiado y por haber pecado ella, reproches porque ella, aunque engañada por la astucia de él, se siente siempre culpable. Grave le resulta el engaño de él, pero aún más grave, nos atreveríamos a decir, fue la reflexión que él despertó en ella, su desarrollo estético, de tal forma que ella ya no puede prestar humildemente oído a una sola voz, sino escuchar

varios discursos a la vez. Cuando en su alma se despiertan los recuerdos, ella olvida culpa y pecado, para evocar tan sólo los instantes de felicidad, y volviendo a caminar por los momentos felices se deja embriagar por una exaltación innatural. En tales momentos ella no sólo lo recuerda, sino lo evoca con una *clair-voyance* que demuestra hasta qué punto ella ha quedado plasmada. En esos instantes no aparece en él el criminal, ni tampoco el hombre noble: ella lo percibe sólo estéticamente. En una ocasión me escribió una nota en la que se expresaba así acerca de él: -Unas veces él era tan espiritual, que yo, como mujer, me sentía anonadada; otras, tan impetuoso, apasionado y seductor, que casi temblaba ante él. A veces parecía que yo le resultaba una extraña, mientras en otro momento se abandonaba por completo en mis brazos, pero, luego, al abrazarlo, de repente desaparecía completamente y yo abrazaba simplemente unas nubes. Antes de encontrarlo, ya conocía yo esa frase, pero sólo él me enseñó su significado, y cuando la empleo siempre pienso en él, pues creo que es capaz de conocer cada uno de mis pensamientos. Desde mi infancia amé la música: él era un maravilloso instrumento, siempre afinado, rico en tonos como ningún otro. Todos los sentimientos y estados de ánimo estaban fundidos en él; poseía fuerza y delicadeza en el sentir; ningún pensamiento le resultaba demasiado elevado, ninguno excesivamente arriesgado. Sabía enfurecerse como una tormenta de otoño, pero también susurrar imperceptiblemente. No le dirigí una palabra que no buscara un efecto en él, pero no soy capaz de decir si él lo captó, porque me era imposible conocer el efecto surgido. Con un indescriptible, aunque misterioso y bienaventurado sentido de angustia, escuchaba esa música que yo misma evocaba y que, sin embargo, no evocaba. Una música, con cuya dulce armonía él siempre sabía arrastrarme...

Si esto era terrible para ella, la expiación sería mucho más terrible para él; es algo que puedo intuir por el ansia que me atenaza y que a duras penas consigo dominar cada vez que me pongo a pensar en todo esto. También yo me siento arrastrado a aquella zona nebulosa, a aquel mundo de sueños, donde en cada instante hasta nuestra sombra suscita terror. Inútilmente intento liberarme: lo persigo como a un bribón que me amenaza, como a un acusador mudo. ¡Qué cosa tan extraña! Él ha extendido sobre todo el velo del más profundo misterio, aunque quede un secreto, todavía más profundo, yo soy un iniciado de su secreto. Sí, fui introducido de la forma más ilícita. Es imposible olvidar todo. A veces he llegado a pensar en hablar con él. Pero, ¿de qué iba a servirme? O me haría tal cantidad de preguntas, sosteniendo que el diario no es más que una tentativa poética, o me pediría que me callase, a lo que no me podría negar, por el modo como me inicié en su secreto. Nada consigue tanta seducción y maldición como un secreto.

De Cordelia recibí una colección de cartas. Ignoro si son todas, pues en una ocasión me había dicho que había quitado algunas. Hice copias que quiero ahora intercalar en esta transcripción. No llevan fecha, pero, aunque la llevaran, no me habrían ayudado mucho, ya que, a medida que el diario avanza, falta toda referencia al tiempo y, al final, con raras excepciones, desaparecen todas las fechas. Casi parece que la historia en su desarrollo adquiere una importancia totalmente cualitativa, terminando, a pesar de su referencia a la realidad, identificándose con la Idea, por lo que toda colocación en el tiempo no tiene ningún significado. Lo que más me ha ayudado han sido algunas palabras que se encuentran en distintos puntos del diario, y cuyo significado yo no entendí al principio. Al ponerlas en relación con las cartas, me di cuenta de que eran el motivo fundamental. Por esto me resultará fácil ordenar las cartas, poniendo cada una donde aparece su motivo

fundamental. Si no hubiera descubierto este indicio, habría cometido errores muy graves; pues, aunque ahora parezca verosímil, nunca habría pensado que las cartas se habían sucedido en el tiempo tan frecuentemente, hasta el punto que, según parece, ella tuvo que recibir más de una el mismo día. Si me hubiera dejado llevar de mi pensamiento, las habría espaciado más y nunca habría sospechado el efecto que eligió esa apasionada energía para poder atar a Cordelia a la cima de la pasión.

Además de la completa descripción de su relación con Cordelia, el diario se amplía con otras pequeñas descripciones. Y cada vez que se encuentra con una de éstas, siempre aparece al margen N. B. Estas descripciones do están relacionadas con la historia de Cordelia, pero, sin embargo, me han dado una idea clara del significado de una expresión que él utiliza y que yo al principio interpreté de forma errónea, o sea, hay que tener siempre algún pretexto. Si yo hubiera tenido una edición anterior de este diario, habría encontrado un número mayor de lo que, de vez en cuando, al margen, él llama acciones in distans, porque incluso él declara que estaba tan ensimismado con Cordelia que do tenía tiempo para mirar alrededor.

Poco después de abandonar a Cordelia, recibió de ésta un par de cartas, que él le devolvió, sin abrirlas. También éstas me las entregó. Ella misma las había abierto, por lo que puedo copiarlas. Jamás me dijo ella una sola palabra sobre el contenido; incluso, cuando se refería a sus relaciones con Juan, solía recitarme unos versos, creo que de Goethe, que, según la disposición de ánimo o según el modo en que se reciten, pueden tener distinto significado:

Gehe,
Verschmähe
Die Treue;
Die Reue
Kommt nach².

² Ve, / desprecia / la fidelidad; / el arrepentimiento / vendrá después...

LAS CARTAS SON DE ESTE TENOR:

Juan:

No te llamo mío, porque entiendo que tú nunca lo has sido, y, si un día me ilusioné con este pensamiento, ahora he sido cruelmente castigada. A pesar de todo te llamo mío: mi seductor, mi embaucador, mi enemigo, mi asesino, origen de mi desventura, tumba de mi dicha, abismo de mi desdicha. Te llamo mío y me digo tuya, y si estas palabras un tiempo halagaban tu orgullo postrado en adoración ante mí, suenan hoy como una maldición contra ti, una maldición por toda la eternidad. ¡No te regocijes con el pensamiento de que yo tenga la intención de perseguirte o de armar mi mano con un puñal, y así merecer tu escarnio! Donde quiera que vayas, seguiré siendo tuya. Vete a los confines del mundo, seguiré siendo tuya. Aunque ames a mil mujeres, seguiré siendo tuya. Las mismas palabras que utilizo contra ti te demuestran que soy tuya. Tú te has atrevido a engañar a una criatura hasta el extremo de que eras todo para ella, hasta el extremo de que no habría deseado otra alegría distinta a ser tu esclava. Yo soy tuya, tuya, tuya: tu maldición.

Tu Cordelia

Juan:

Había un hombre muy rico, que poseía rebaños de ovejas y de ganado, y había una pobre muchachita, que poseía sólo un corderito que comía en su mano y bebía en su taza. Tú eres ese rico, rico de todos los tesoros de la tierra; y yo la pobre jovencita, rica sólo de mi amor. Tú me lo quitaste, gozaste de él; y, cuando te dio la gana, sacrificaste ese poco que yo poseía, pero no supiste sacrificar nada de lo tuyo. Había un hombre rico, que poseía reba-

ños de ovejas y de ganado, y había una pobre muchachita, que no poseía más que su amor.

Tu Cordelia

Juan:

¿No queda ninguna esperanza? ¿Ya no se volverá a despertar tu amor? Sé muy bien que me amaste, aunque no sé qué me da esa certeza. ¡Esperaré, aunque el tiempo me resulte muy largo; esperaré; esperaré hasta que te canses de amar a otras mujeres; y, cuando tu amor por mí surja de la tumba, yo volveré a amarte como siempre, te daré las gracias como siempre, como antes, Juan, como antes!

¿Va contra mí esta despiadada frialdad? ¿Es ésta tu auténtica naturaleza? ¿Fueron tu amor y tu rico corazón sólo mentira y falsedad? ¡Vuelve a ser tú! Aguanta mi amor y perdóname si aún sigo amándote. ¡Ya sé que mi amor es un peso para ti, pero llegará el momento en que volverás a tu Cordelia! ¡A tu Cordelia! ¡Escucha estas palabras suplicantes! Tu Cordelia. tu Cordelia.

Tu Cordelia

Aunque Cordelia no haya poseído todas esas facultades que Juan tanto admiraba en ella, está claro que no estaba privada de la de saber modular su voz. Su estado de ánimo queda evidentemente impreso en todas sus cartas, aunque hasta cierto punto le faltó claridad para expresarlo. Esto se advierte, particularmente, en la segunda carta, en la que más que entenderla se sospechan sus intenciones, pero son precisamente estas imperfecciones las que la hacen a mis ojos tan conmovedora.

4 de abril

¡Cuidado, mi preciosa desconocida! ¡Cuidado! No es tan sencillo descender de un carruaje; en ocasiones, puede haber un traspies decisivo. Os podría prestar una novelita de Tieck y sabrías cómo una dama, al bajarse del caballo, se cayó con tan mala suerte que ese traspies fue decisivo para toda su vida. Por regla general, en los carruajes los estribos están colocados tan altos, que conviene dejar a un lado la elegancia, y, si se ven mal las cosas, aventurarse de un salto en los brazos del cochero o del lacayo. ¡Es la ventaja de ser cocheros y lacayos! Yo pienso que terminaré buscándome un trabajo como lacayo en alguna familia donde haya señoritas: un criado se convierte fácilmente en partícipe de los secretos de una chiquilla... Pero, ¡por amor de Dios!, os ruego que no saltéis así. ¡Ya es de noche! No os molestaré, y me esconderé tras ese farol, y así no me podréis ver de ningún modo, pues sólo se siente uno a disgusto cuando sabe que lo miran, y uno sabe que lo miran cuando uno ve... venga, por piedad del lacayo, que quizá ni siquiera sería capaz de realizar ese salto, por piedad de la falda de seda, item por piedad de las enaguas, por piedad de mí, dejad, dejad que ese piececito delicado, cuya gracia yo admiré, se aventure en el mundo. ¡Tened el valor de confiaros a él, pues encontrará un punto de apoyo! Habéis temblado unos instantes, porque parece ser que habéis buscado inútilmente donde apoyaros. Sí, estáis aún temblando, incluso cuando el pie ha encontrado un apoyo. Venga, poned inmediatamente el otro pie. ¿Quién podría ser tan cruel de dejaros colgando en esa postura? ¿Quién sería tan ingrato, tan malvado que no persiguiera esa revelación de la Belleza? ¿O por casualidad tenéis aún miedo de una indiscreción? No será del lacayo, ni tampoco de mí, puesto que yo ya he tenido la oportunidad de admirar ese piececito y, dado que soy un naturalista, he aprendido de Cuvier a sacar mis conclusiones. ¡Venga, daos prisa! ¡Cuánto aumenta la belleza esta ansiedad! Y sin embargo la ansiedad por sí misma no es bella si no va acompañada de la energía para dominarla. ¡Venga! ¡Con qué aplomo se apoya ahora ese piececito! ¡Me he dado cuenta de que las jóvenes con pies pequeños, por regla general, se apoyan con más seguridad que muchos otros bípedos bien plantados! ¿Quién lo iba a imaginar? La experiencia nos enseña que no se expone uno a gran peligro si, al bajar o saltar, queda pillada la falda. Sin embargo es arriesgado para las jóvenes ir en carruaje, porque pueden correr riesgos. Se rasgan encajes y puntillas y con ellos todo encanto. Nadie ha visto nada. En realidad, una figura en la penumbra ha aparecido envuelta hasta los ojos con una capa. Es difícil saber de dónde ha salido, ya que el farol ilumina directamente sobre los

ojos. En el instante en que ibais a atravesar la puerta de la calle lo habéis visto. En ese preciso instante una mirada de lado da en la diana. Os ponéis colorada, se os inflama el pecho; hay enojo en vuestra mirada y feroz desprecio. Y, en los ojos, una plegaria y una lágrima. Ambas son muy hermosas, y me adueño de ellas, porque tanto una como otra pueden estar dirigidas a mí. Pero yo soy malo. ¿Cuál es el número de la casa? ¡Un bonito escaparate! ¡Mi querida desconocida, quizá es muy indiscreto por mi parte, pero yo os sigo por esta calle tan iluminada! Ella ya se ha olvidado. ¡Cuando se tienen dieciséis años, cuando a esa edad feliz se va de compras, cuando se agarran con las manos objetos pequeños y grandes, uno está dominado por una alegría indescriptible y se olvida fácilmente de todo! Aún no me ha visto; estoy en la otra punta del mostrador. De la pared de enfrente cuelga un espejo, ella no lo ve, pero el espejo la ve. ¡Con qué fidelidad ha atrapado su imagen, como un humilde esclavo que devotamente manifiesta su devoción, un esclavo para el que ella tiene un gran valor, aunque él no tenga ningún valor para ella! ¡Puede agarrarla, pero no abrazarla! ¡Desdichado espejo que puede sujetar su imagen, pero no a ella! ¡Desdichado espejo que no sabe guardar su imagen en secreto y esconderla a todo el mundo, sino que por el contrario sólo sabe mostrársela a los demás, como ahora a mí! ¡Qué tormento si también los hombres fuesen así! Y sin embargo, muchos hombres no poseen nada hasta el instante en que se lo enseñan a los demás, y sólo agarran lo externo y no lo sustancial, y pierden todo cuando esto último se revela; así como este espejo perdería la imagen de ella, si ella por un instante traicionara a su corazón ante él. Y si un hombre no es capaz de poseer la imagen del recuerdo en el mismo instante en que se acuerda, debería intentar estar lejos de la belleza, y no tan cerca que un ojo mortal pueda ver qué bello es lo que posee. Pues lo que el ojo de la cara ha perdido, él, alejándolo de sí, puede volver a fijarlo con la visión exterior; pero esto también lo puede tener ante el ojo del alma, cuando no consigue ver el objeto porque está demasiado cerca, cuando los labios están pegados a los labios... ¡Ella es muy hermosa! ¡Pobre espejo, qué tormento; por suerte no eres celoso! Su rostro es un óvalo perfecto, tiene la cabeza ligeramente inclinada, de tal forma que, clara y arrogante, su frente parece alzarse sin que el pensamiento la surque sin arruga. Sus negros cabellos, finos y suaves, están recogidos. Su cara es como una fruta, cada rasgo está suavemente pronunciado; su piel, la siento, la siento con los ojos, es diáfana, como terciopelo. ¡Y sus ojos! Todavía no los he visto, ya que están escondidos tras la tira de seda de esas pestañas ganchudas como alfileres peligrosos para quien quiera penetrar en su mirada. Su cabeza es una cabeza de Madonna, pura e inocente. Ella se inclina como una Madonna, pero no se pierde en la contemplación del Uno, lo que da una variación a la expresión de su cara. Ella contempla lo Múltiple, lo Múltiple en lo que se refleja el brillo y el esplendor terrenos. Se quita un guante y muestra al espejo y a mí una mano derecha blanca y perfecta como mármol antiguo, sin joyas, ni siquiera el liso anillo de oro en el tercer dedo -¡perfecto! Levanta los ojos: todo en ella se transforma, ¡aunque quede invariado!, la frente está un poco menos alta, la cara un poco menos perfectamente oval, pero más viva. Habla con el dependiente, está alegre, contenta, locuaz. Ya ha elegido dos o tres cosas, toma otra en la mano, vuelve a bajar los ojos, pregunta el precio, la pone a un lado bajo los guantes; debe ser un secreto, ¿un regalo para... su amante? Pero ella no tiene novio..., sin embargo, ¡ay de mí!, muchas no tienen novio y tienen amante, y muchas tienen novio y no tienen amante... ¿Tengo que renunciar a ella? ¿Tengo que abandonarla sin molestarle en su alegría? Quiere pagar, pero ha perdido el bolso: probablemente dará su dirección. No quiero oírla, no quiero privarme

de una sorpresa. Volveré a encontrármela alguna otra vez en la vida, y sin duda la reconoceré, quizá también ella se acordará: no es fácil olvidar una mirada de perfil. Si me la encuentro de forma insospechada, será mi ocasión. Si no me reconoce, me dará cuenta de su mirada, y así tendré la oportunidad de mirarla de perfil. Estoy seguro de que recordará el incidente. Sin impaciencia, sin avidez, todo se gozará a su debido tiempo. Ya la he escogido, terminará bien cuando la haya conseguido.

5 de abril

Puedo admitirlo: sola, por la tarde, por la Oestergade. Sí, es verdad, he visto que vuestro lacayo os seguía. ¡No creáis que yo piense tan mal de vos que os considere capaz de ir sola; no creáis que sea tan inexperto que no note, con un vistazo rápido sobre la situación, esa grave figura! Pero... ¿por qué tanta prisa? Es verdad que si una está ansiosa, se siente una aceleración del corazón, que no se debe a un impaciente deseo de volver a casa, sino más bien a un impaciente temor que atraviesa todo el cuerpo como un escalofrío con su dulce turbación; y por eso se acelera el paso... Pero a la vez es estupendo, impagable, ir así sola... con el lacayo, que la sigue a distancia... Se tiene dieciséis años, se ha leído algo -en realidad, novelas-, se ha pasado casualmente por la habitación de los hermanos y agarrado alguna palabra de un diálogo entre ellos y sus amigos, una referencia a la Oestergade. Después, se ha vuelto varias veces a esa habitación para intentar, si es posible, pescar alguna aclaración más precisa. Inútilmente. Hay que, como corresponde a una joven cita mayor y crecida, ser algo más práctica en este mundo.

¡Si fuese posible salir sola, acompañada únicamente del criado! Sí, gracias: el padre y la madre estarían preocupados, pero ¿qué razón se puede aducir? Si hay que ir a hacer una visita no es la ocasión adecuada, es demasiado pronto, ya que he oído a Augusto hablar de nueve a diez de la noche; y, cuando se vuelve a casa, es demasiado tarde y por tanto, como pasa siempre, conviene que nos acompañe un caballero. El jueves por_ la noche, al salir del teatro, era una ocasión propicia, pero hay que ir siempre en carruaje codo con codo con la señora Thomsen y sus amables primas. Si al menos volviese sola, podría bajar el cristal de la ventanilla y sacar la cabeza fuera. Pero no hay que desesperar. Esta mañana me dijo mamá: "No has terminado ese bordado que estás haciendo para el cumpleaños de tu padre. Si quieres trabajar con tranquilidad, puedes ir hoy a casa de tía Jette y quedarte hasta la hora del té; luego irá Jens a buscarte." En i realidad no era una noticia muy agradable, porque en casa de tía Jette se aburre uno como una ostra, pero así podría volver sola a casa con el lacayo a las nueve de la noche. Cuando venga Jens le haré esperar hasta las diez menos cuarto, y luego, ¡venga! Entonces sólo podría encontrar a mi hermano o al señor Augusto -cosa nada deseable, ya que en ese caso probablemente tendría que seguirlos a casa de prisa. ¡No, gracias! Es mejor ser libre, la libertad... ¡Si pudiera descubrirlos antes de que ellos me vean a mí...! Y ahora, mi pequeña señorita, ¿qué veis? ¿Y qué queréis que vea? En primer lugar el sombrerito, que os sienta muy bien y armoniza perfectamente con la prisa de vuestra aparición. No es un sombrero, ni un gorro, sino una especie de cofia. Pero es imposible que lo llevaseis esta mañana al salir de casa. ¿Os lo ha traído el lacayo u os lo ha dejado prestado la tía Jette? -Quizá estáis aquí

de incognito.-Sin embargo, cuando se quiere ver algo, no se debe bajar totalmente el velo. Puede que no sea un velo, sino una amplia blonda. En la oscuridad no se puede distinguir. ¿Qué otra cosa podría tapar la parte anterior de la cara? El mentón es muy elegante, aunque algo agudo; la boca, pequeña y entreabierta, depende de que vayáis un poco de prisa. Los dientes, blancos como la nieve. Los dientes son muy importantes, son como una guarnición que se esconde tras la seductora morbidez de los labios. Las mejillas rebosan salud... Si la cabeza se inclinase a un lado, quizá se podría penetrar bajo ese velo o esa blonda. Pero, ¡cuidado!, una mirada de soslayo es mucho más peligrosa que una *gerade aus* [de frente]. Es como en la esgrima: ¿qué arma es más cortante, más fina, más centelleante en sus movimientos, y por tanto más traicionera, que un ojo? ¡Si uno se pone en guardia alta, en cuarta, como dice el esgrimista, y se lucha en segunda, cuanto más rápida siga la estocada a la guardia mucho mejor! Es cuestión de una guardia muy rápida. El adversario acusa la estocada: realmente ha sido tocado, pero quizá en un punto distinto al que pensaba... Ella avanza hacia delante, sin temor y sin preocupación. ¡Cuidado!, viene un hombre por esa parte. ¡Bajad el velo, no permitáis que su mirada profana os contamine! No tenéis ni idea de que quizá, con el tiempo, os sea imposible olvidar la desagradable angustia que esa mirada os ha suscitado: no lo habéis notado, yo sin embargo he percibido que él se ha dado cuenta de la situación. Y ahora, el lacayo. Bien, ¿veis las consecuencias de ir sola con el lacayo? El lacayo se ha caído. En realidad, es ridículo, pero ¿qué hacer? No vale volver para atrás e intentar ayudarlo a levantarse, ir por la calle con un lacayo cojo es desagradable, e ir sola es atrevido. ¡Escuchad! Se acerca el monstruo... No me decís nada, sólo me miráis, ¿quizá mi aspecto os da miedo? No puedo impresionaros por mi aspecto de buenazo casi llovido de otro mundo. No hay nada en mis palabras que pueda inquietaros, nada que permita intuir una situación desagradable, ninguna indiscreción que pueda rozaros. Estáis aún algo ansiosa, todavía no habéis olvidado el acercamiento de esa odiosa figura. Me mostráis cierta condescendencia; mi estupor, que me impide miraros, os da la bienvenida. Esto os alegra y os tranquiliza, casi estáis tentada de tratarme algo mejor. Estoy seguro de que en estos momentos, si os pasase por la cabeza, seríais capaz de cogerme del brazo... Bueno, ¿vivís en Stormgade? Ahora os inclináis ante mí con frialdad y rapidez. ¿Quizá me lo he ganado por haberos sacado de ese apuro? Os arrepentís, volvéis para atrás, me agradecéis mi delicadeza, me dais la mano... pero, ¿por qué palidecéis? ¿Es que mi voz no ha permanecido inalterada y también mi compostura, y mi mirada calma y tranquila? ¿Y ese apretón de manos? Pero, ¿es que un apretón de manos significa algo? Desde luego, mucho, muchísimo, mi pequeña señorita. Dentro de un par de semanas os lo explicaré todo. Mientras tanto quedaos con la duda: yo soy un hombre bueno, como caballero acudo en ayuda de una joven, y no puedo estrechar vuestra mano si no es por cortesía...

7 de abril

.El lunes, hacia la una, en la Exposición.» De acuerdo, tendré el honor de encontrarme allí, a la una menos cuarto. Una pequeña cita de amor. El sábado pasado, superando por fin todo titubeo, me decidí a hacer una visita a mi amigo Adolfo Bruun, pero se encontraba de viaje. Y así, hacia las siete de la tarde, me fui a Vestergade, donde me habían dicho que vivía él. Sin embargo no le pude encontrar, ni siquiera en ese tercer

piso al que llegué sin aliento. Mientras bajaba las escaleras, me llega al oído una melodiosa voz femenina, que casi, en un susurro, dice: "¡Bien! El lunes, hacia la una, en la Exposición. A esa hora los míos están fuera, pero ya sabes que no debo verte aquí en casa." La invitación no iba dirigida a mí, sino a un joven que en dos, tres zancadas estaba fuera de la puerta, tan de prisa que ni mis ojos, ni mucho menos mis piernas lo pudieron alcanzar. ¿Por qué no encienden el gas en las escaleras? Por lo menos habría podido ver si valía la pena ser tan puntual. A pesar de todo, si hubieran encendido el gas quizá no habría oído nada. Es todo lo que tiene razón de ser: yo soy y sigo siendo un optimista... ¿Pero quién será ella? Pues en la Exposición hay una multitud de jovencitas, para utilizar una palabra distinta de donna. El reloj marca exactamente la una menos cuarto. Mi querida desconocida, ¿deseáis ardientemente que vuestro prometido llegue tan puntual como yo, o preferís que no llegue con un cuarto de hora de adelanto? Como queráis, yo estoy aquí a vuestras órdenes... ¡"Demonio, hada o bruja encantadora, disipa tu niebla", muéstrate, probablemente ya estás presente pero invisible para mí, descúbrete, pues, de lo contrario, es inútil que yo espere tu aparición! ¿Habrá otras jovencitas que han venido aquí con el mismo fin? Es muy probable. ¿Quién conoce los caminos del hombre, incluso cuando va a una exposición?... Una jovencita entra en la sala, corriendo más de prisa que una mala conciencia persiguiendo a un pecador. Se olvida de entregar el billete y el hombre de rojo la para. ¡Que Dios la guarde! ¿Qué prisa le empuja? Es ella, sin duda. Pero, ¿por qué esa furia atolondrada? Aún no es la una. Recordad que tenéis que encontraros con la persona amada, y en esas situaciones no importa tanto el aspecto, sino la forma de impresionar, que, como se dice al respecto, debe ser lo más calma posible. Cuando una criatura tan joven e inocente acude a una cita se enfrenta con furia a ese encuentro. Ella se siente bastante a disgusto. Yo, por el contrario, estoy sentado cómodamente en una silla y contemplo el paisaje delicioso de un cuadro campesino... Es una joven endiablada, recorre como un huracán todas las salas. Tenéis que intentar contener vuestra pasión, recordad lo que decía la joven Lisbet³: ¿conviene que una joven esté tan ansiosa cuando va a una cita? En este caso, se entiende, es una cita muy inocente... Por regla general, los amantes consideran una cita como el momento más bello de su vida. Yo recuerdo claramente, como si fuera ayer, la primera vez que corrí al sitio convenido, con el corazón desbordado, e ignorante del gozo que me esperaba; la primera vez que di tres palmadas y se abrió, por primera vez, una ventana; la primera vez que una pequeña puerta se abrió con la mano invisible de una jovencita, que se retiró después para cerrarla; la primera vez que escondí, bajo mi capa, a una jovencita en una iluminada noche de verano. Y sin embargo se mezcla mucha ilusión con este juicio. El observador paciente no encuentra siempre que los amantes sean tan bellos en ese momento. Yo soy testigo de encuentros de amor en los que, aunque la muchaha fuese deliciosa y encantador el hombre, la impresión que se sacaba era casi desagradable, y el encuentro, muy alejado de ser ello, aunque así les pareciera a los amantes. Cuando uno se hace experto en cierto sentido se gana, ya que es verdad que se pierde el deseo impaciente y la turbación que le sigue, pero se adquiere el dominio, necesario para hacer el instante efectivamente delicioso. Yo soy capaz de enfadarme cuando veo

a un individuo tan perplejo en esas situaciones, que transforma una simple pasión en

³ En una de las agradables comedias del noruego Ludwig Holberg (1684-1754), Erasmus Montanus, Lisbeth es la novia del protagonista.

un delirium tremens. ¡Saben mucho más los campesinos de ensaladas! En lugar de permanecer más sereno para aprovechar la turbación de ella, de gozar de su belleza inflamada atizándola, éstos, por el contrario, consiguen sólo una extraordinaria confusión, y luego se vuelven a casa imaginando haber vivido instantes maravillosos... ¿Pero dónde se ha metido ese hombre? ¡Ese villano deja que una jovencita espere tanto! Sería mejor, si vuelve a pasar delante de mí por quinta vez, que le dirija la palabra: "Perdone mi osadía, preciosa señorita. Seguramente estáis buscando a vuestra familia, ya que habéis -- pasado delante de mí unas cuantas veces y, siguiéndoos con la mirada, he visto que os parabais en la penúltima sala. Quizá no sabéis que hay otra sala más. Es probable que encontréis allí a los que buscáis". Ella me responde con una inclinación que le sienta de maravilla. La ocasión es propicia, y me alegra mucho que el hombre no aparezca, se pesca mucho mejor en las aguas turbias; cuando el ánimo de una jovencita está inquieto se puede intentar con provecho lo que en otras ocasiones sería un fracaso. Le he hecho una inclinación cortés y fría, vuelvo a sentarme y a mirar mi paisaje, sin quitarle los ojos de encima. Seguirle detrás inmediatamente me parece arriesgado, lo podría considerar demasiado atrevido y se habría puesto en guardia. Ahora está convencida de que le dirigí la palabra para ayudarle y se habrá formado una opinión favorable de mí... Sé perfectamente que en la última sala no hay nadie. La soledad va a influir en ella de modo saludable. Si ve mucha gente se pone nerviosa, se calma cuando se quede sola. ¡Muy bien! ¡Ya está! Dentro de poco me acerco yo, en passant, tengo derecho a dirigirme a ella una vez más y ella me debe un saludo... Se ha sentado. ¡Pobre jovencita, parece molesta! Ha llorado, o, al menos, le han asomado las lágrimas a los ojos. ¡Qué rabia hacerle saltar las lágrimas a una jovencita así! Pero no te preocupes, te vengaré: yo te vengaré y él aprenderá a conocer lo que significa esperar. ¡Qué hermosa es ahora, cuando el bullicioso soplo del viento se ha calmado, está sentada y su ánimo descansa! Todo su ser es un pesar y una armonía de dolor. Es muy guapa. Está sentada con su vestido de viaje, y en realidad no tenía que ponerse en camino, ella se lo había puesto sólo para perseguir la felicidad. Ahora ese vestidito es sólo un símbolo de su dolor, ya que ella tiene el aspecto de alguien a quien se le ha escapado la alegría. Parece como si quisiera despedirse para siempre del amado. ¡Y, buen viaje! La ocasión es propicia, el instante empuja. Ahora es conveniente que yo me exprese de forma que parezca convencido de que ella aquí busca a su familia o a un conocido, sin embargo debo hacerlo con tanto ardor que cada palabra se adecúe con sus sentimientos, así tendré la ocasión de colarme en sus pensamientos... ¡Que el diablo se lleve a ese patán! Se acerca un hombre, debe de ser él. Sí, ahí está ese imbécil, precisamente ahora que se me presentaba la ocasión esperada. Pero siempre se obtendrá algo. Yo debo sacar ventaja de su relación, debo mezclarme con la situación. Cuando me vea de nuevo, involuntariamente se reirá de mí, que creía que ella estaba buscando aquí a su familia, y en realidad buscaba otra cosa. Esta sonrisa me hace su cómplice, y esto siempre es algo... Muchas gracias, chiquilla mía, esa sonrisa vale para mí mucho más de lo que tú crees, es el inicio, y todo inicio, como siempre, es algo difícil. Ahora nos conocemos, y nuestro conocimiento se basa en una situación excitante: de momento, es suficiente. Me quedaré aquí más de una hora, dentro de dos ya sabré quién eres; de lo contrario, ¿para qué creéis que la policía mantiene los registros de los ciudadanos?

9 de abril

¿Es que me he quedado ciego? ¿El ojo interior del alma ha perdido su capacidad? La he visto, pero es como si hubiera tenido una visión celestial, ya que la imagen se ha desvanecido. Llamo, inútilmente, para que se concentren todas las fuerzas de mi alma con el fin de evocar esa imagen. Si me fuese permitido volverla a ver, aunque fuera entre mil, la reconocería inmediatamente. Ahora ella ha desaparecido, y en vano el ojo de mi alma intenta conseguirla vehementemente... Paseaba por la Langelinie -aparentemente distraído, sin mirar a mi alrededor, aunque en realidad nada pasaba inadvertido a mi mirada escrutadora-, cuando mis ojos cayeron sobre ella. Se fijaron detenidamente en ella, y ya no obedecieron a la voluntad de su dueño. Me fue imposible hacer el menor movimiento y no pude escrutarla, sino sólo me quedé mirándola, fijándome en ella. Como un esgrimista que se queda inmóvil en su guardia, así se quedó mi mirada, petrificada en la dirección tomada. Me fue imposible bajarla, imposible volver a meterla dentro de mí mismo, imposible ver, pues ya vi demasiado. He conservado impreso el recuerdo de una mantilla verde que llevaba. Y nada más, lo que se dice atrapar nubes en lugar de a Juno. Ella se me ha escapado, como José de la mujer de Putifar, y tras sí sólo ha dejado la mantilla. Le acompañaba una señora mayor, que tenía toda la pinta de ser su madre; a ésta la podría describir de los pies a la cabeza; aunque sólo le haya echado una ojeadita, en ese instante, en passant, la imprimí en mí. La jovencita me causó impresión, y la he olvidado; la otra me hizo cierta impresión, y la recuerdo.

11 de abril

Todavía sigue mi alma enredada en la misma contradicción. Sé que la he visto, pero también sé que la he olvidado de nuevo, así que ese residuo de recuerdo que aún me queda no me es de consuelo. Mi alma anhela esa imagen, que por otra parte no aparece, con inquietud y vehemencia, como si todos mis bienes estuvieran en juego. Sería capaz de sacarme los ojos para castigarlos por su negligencia. Cuando se apacigua mi impaciencia y recobro la calma, entonces es como si presentimiento y recuerdo tejieran una imagen, que ni siquiera para mí logra adquirir forma, ya que no puedo distinguir los contornos. Es igual que el dibujo de un precioso tejido: el dibujo es más claro que el fondo, por sí solo no puede resaltar, precisamente porque es muy claro. ¡Estoy viviendo una extraña situación! Y, sin embargo, tiene una dulzura especial, ya que me da la certeza de que aún soy joven. Y me convence otra consideración: que yo busco siempre a mis víctimas entre las jovencitas, y no entre las jóvenes casadas, por ejemplo. Una mujer casada resulta menos espontánea y más coqueta; y tener una relación con una no es bonito ni interesante, es sólo excitante, y lo excitante es siempre lo último... No me habría esperado que fuese aún capaz de degustar el fruto temprano del primer amor. Estoy perdidamente enamorado, podría decirse que me ahogo en amor. No hay que extrañarse, por este motivo, de que esté desconcertado. Mucho mejor, ya que espero mucho de esta relación.

14 de abril

Me reconozco con dificultad. Mis sentidos se enfurecen como mar embravecido en una tempestad de pasión. Si, en estas condiciones, otros pudieran ver mi alma, les parecería una barca, que, con su aguda proa, va cortando las olas y no tardará en precipitarse, en su atormentado viaje, en los remolinos de los abismos. Pero no verían allá arriba, en el palo mayor, a un marinero alerta, como centinela. ¡Enfureceos, elementos salvajes! ¡Desencadenad la fuerza de vuestra pasión! Aunque vuestros flujos lanzasen espuma hasta las nubes, no conseguirían alcanzarme. Yo, como rey de los escollos, estoy tranquilamente sentado.

Casi no consigo encontrar tierra firme. Cual pájaro marino busco inútilmente bajar al abismo enfurecido de mis sentidos. A pesar de todo, este hervidero es mi elemento; construyo encima, de la misma forma que la Alcido ispida construye su nido en el mar.

El pavo se ofusca cuando ve el rojo. Lo mismo me pasa a mí cuando veo el verde, cada vez que veo una mantilla verde; y a menudo, cada vez que mis ojos engañan todas mis esperanzas se encallan allá abajo, en los alrededores del Frederiks Hospital.

20 de abril

En todo gozo es condición indispensable saberse dominar. Parece que no tendré pronto noticias de esa jovencita, que consiguió adueñarse de mi alma y de mi pensamiento de tal forma, que el intenso deseo que tengo de ella crece continuamente. De momento quiero estar tranquilo, porque también este estado de ánimo, estas tenebrosas y vagas, aunque fuertes, emociones tienen su dulzura. Me ha gustado siempre, en una noche de luna, tenderme sobre una barca en uno de nuestros maravillosos lagos. Recojo las velas, retiro los remos, quito el timón, me acuesto tendido y me quedo contemplando la bóveda del cielo. Cuando las olas acunan la barca en su pecho, cuando las nubes son empujadas velozmente por el viento y la luna desaparece un instante para después volver a aparecer, entonces, y sólo entonces, encuentro descanso en esa inquietud. El ondear de las olas me adormece, su romper contra la barca es una monótona nana. El vuelo rápido de las nubes y el sucederse de luces y sombras me embriagan, y sueño despierto. También ahora me quedo así echado, con las velas amainadas, sin timón: la nostalgia y la impaciente esperanza me acunan en sus brazos. Nostalgia y esperanza, debilitándose, se van poco a poco desvaneciendo; me acunan como a un niño. Por encima de mí se arquea el cielo de la esperanza, la imagen de ella se presenta delante como una aparición lunar, indefinida, cegándome tan pronto con su luz como con su sombra.

¡Qué placer acunarse así en las aguas temblorosas...! ¡Qué placer dejarse acunar en sí mismo!

21 de abril

Los días pasan y nada ha cambiado para mí. Las jovencitas me atraen cada vez más, y sin embargo no tengo ganas de gozar. La busco por todas partes. Esto me hace a veces irracional, ofusca mi mirada, anula mi gozo. Pronto llegará el buen tiempo, cuando en la vida al aire libre, por carreteras y caminos, se consiguen esas pequeñas cosas necesarias, que luego, durante el invierno, en sociedad, vamos a pagar bastante caro, pues una jovencita puede olvidar todo, menos una relación iniciada. La vida social, por regla general, nos pone en contacto con el sexo débil, pero no ofrece ocasiones para iniciar una relación. En sociedad todas las jovencitas están protegidas con sus armas, y no reciben ninguna descarga voluptuosa de la situación, por otra parte escasa de acontecimientos. Sin embargo, por la calle es como en alta mar, y por esto todo tiene una eficacia mayor y todo parece enigmático. Daría cien táleros por la sonrisa de una jovencita en la calle, pero ni diez por un apretón de manos en un salón. ¡Es muy distinto! Cuando se ha iniciado la relación, se busca en los salones lo que falta. Una misteriosa comunicación se establece entre nosotros y la jovencita, que seduce, es el estímulo más eficaz que conozca. No se atreve a hablarnos de eso, aunque lo piense; no sabe si lo hemos olvidado o no, y ahora de una forma u otra se la engaña. Este año no haré provisiones de muchas relaciones, pues estoy atrapado por esa jovencita. Mi botín, en cierto sentido, es muy pobre, pero tengo la perspectiva de un beneficio mayor.

5 de mayo

¡Maldito azar! Jamás te maldije cuando te mostrabas, y ahora te maldigo porque no te muestras. ¿O se trata de una nueva invención tuya, ser inconcebible, origen estéril de todo, único superviviente - de aquel tiempo en que la necesidad parió la libertad . y la libertad fue tan loca que volvió al seno materno? ¡Maldito azar! ¡Tú, único cómplice, único ser al que siempre consideré digno de mi alianza y de mi hostilidad, siempre semejante a ti mismo en la semejanza, siempre incomprensible, eternamente enigmático! Tú, al que amo con toda la pasión de mi alma y con cuya imagen me modelo a mí mismo, ¿por qué no te muestras? Yo no te estoy mendigando, no te estoy suplicando humildemente que te muestres en alguna parte; una plegaria así sería una verdadera idolatría, y no te gusta. Yo te desafié a una pelea. ¿Por qué no te muestras? ¿O es que se ha aplacado la inquietud del universo y se resolvió tu enigma, y tú también te has precipitado en el mar de la eternidad? ¡Terrible pensamiento! En tal caso el mundo se detendría por el aburrimiento. ¡Te espero, maldito azar! ¡No quiero vencerte con principios, ni con lo que los tontos llamarían carácter, no, yo quiero elevarte a poesía! No quiero ser poeta para otros. ¡Muéstrate y te poetizaré! Me alimento de la poesía, es mi única comida. ¿O no me consideras digno? Así como la bayadera danza en honor de un dios, yo me he consagrado a tu servicio; ligero, con poca ropa, ágil, desarmado, renuncio a todo. Nada poseo y nada deseo poseer. No amo nada y nada tengo que perder, pero no por esto me hice más digno de ti, de ti que desde hace mucho tiempo estás cansado de arrancar a los hombres lo que ellos aman, cansado de sus cobardes suspiros, de sus cobardes súplicas. Sorpréndeme, estoy preparado. Ninguna apuesta, pelearé por honor. Muéstrame a ella, muéstrame una posibilidad que tenga toda la apariencia de una imposibilidad, muéstramela incluso entre las sombras del infierno e iré a buscarla. Deja que ella me odie, me desprecie, me muestre indiferencia, ame a otro. Yo no tengo miedo; pero mueve

las aguas, rompe la calma. Dejarme morir de esta forma de inanición es algo miserable, no digno de ti, que imaginas ser más fuerte que yo.

6 de mayo

La primavera está a las puertas. Todo reverdece, incluso las jovencitas. Los abrigos se arrinconan y probablemente también esa mantilla verde ya ha sido abandonada. Estas son las consecuencias de conocer a una jovencita en la calle y no en sociedad, donde inmediatamente te informan de cómo se llama, a qué familia pertenece, dónde vive y si ya tiene novio. Esta última información les es muy importante a todos los cautos y perseverantes petimetres, a los que no se les pasaría por la cabeza enamorarse de una chica que tiene novio. Si un semejante petimetre estuviera en mi lugar, se retiraría presa de un dolor mortal, se sentiría inconsolable, si todos sus esfuerzos para conseguir información le llevaran a conocer que ella tiene novio. Y sin embargo para mí ese hecho no me aflige demasiado. Un novio es sólo una ridícula dificultad. Y yo no tengo miedo a las dificultades, ni ridículas ni trágicas, yo tengo miedo a los contratiempos. Todavía no he conseguido noticia alguna, aunque diligentemente no haya descartado nada sin intentarlo y muchas veces haya sentido la verdad que encierran las palabras del poeta:

*nax et hiems longaeque vine, saevique dolores
mollibus bis castris, el labor omnis inest⁴.*

Tal vez ella no es de esta ciudad; quizá venía del campo: quizá, quizá, acabaré volviéndome loco con todos estos quizá; y cuanto más me vuelvo loco más aumentan los quizá. Tengo siempre dinero contante y sonante para emprender un viaje. La busco en vano en el teatro, en los conciertos, en los bailes, en los paseos. Y en cierto sentido me alegro, porque una chiquilla que tome parte en muchas diversiones, en general no merece ser cortejada. Normalmente le falta esa ingenuidad que es y seguirá siendo, para mí, *conditio sine qua non*. No es tan raro encontrar una preziosa entre los gitanos como en un salón público, donde las jovencitas están en venta..., de modo inocente, claro está, y que Dios guarde a quien piense de otro modo.

12 de mayo

Sí, niña mía, ¿por qué no os detenéis tranquilamente bajo la puerta de entrada? No tiene nada de extraño que una jovencita intente guarecerse bajo la puerta de entrada cuando llueve. Yo también lo hago, cuando no tengo paraguas, y algunas veces, aunque lo tenga, como, por ejemplo, ahora. Lo hacen asimismo muchas señoritas respetables, sin pensarlo. Se queda uno allí quieto, de espaldas a la calle, de manera que los transeúntes no saben si se está allí parado o se tiene intención de subir a casa. En cambio, es una gran

⁴ "La noche, el invierno, los caminos largos, los dolores crueles / así como todo esfuerzo está en las duras jornadas."

imprudencia ocultarse detrás de la puerta, sobre todo cuando está abierta sólo a medias, una imprudencia por las consecuencias que puede tener; cuanto más se esconde uno, más desagradable resulta que le descubran. Una vez guarecido, es preferible quedarse quieto y tranquilo, recomendándose al numen tutelar y a todos los santos ángeles custodios. Lo que se debe hacer es mirar afuera para ver... si ha dejado de llover. Cuando uno quiere enterarse, conviene dar un paso hacia la calle y mirar al cielo abiertamente. Si, por el contrario, por ser curioso, preocupado, ansioso e inseguro, se saca la cabeza para meterla de nuevo de prisa y corriendo... esto, que se llama jugar al escondite, lo entendería hasta un niño. Y yo, que siempre jugué a eso, no iba a contestar si me preguntaran... No creáis que piense con poco respeto sobre vos, ya que, al sacar la cabeza fuera, no teníais ningún objetivo, fue el acto más inocente del mundo. No debéis pensar mal de mí. Mi buen nombre y reputación no lo tolerarían. Por otra parte, vos habéis empezado. Pero os aconsejaría que no le contéis a nadie esta aventura, la culpa es vuestra. Al ofrecerme mi paraguas he intentado hacer lo que habría hecho cualquier caballero. ¿Dónde os habéis escondido? De acuerdo, detrás de la puerta. Es una chiquilla muy simpática, divertida y alegre: "Quizá pueda darme alguna información de esa joven señora que hace poco sacaba la cabeza fuera de esta puerta, evidentemente preocupada por no tener paraguas. Mi paraguas y yo la buscamos..." ¿Os reís? ¿Me permitís entonces que envíe a mi criado a recogerlo, o me indicáis que vaya a buscaros un carruaje? No tenéis que agradecermelo, es una simple cortesía... Es una de las chicas más espabiladas que me he encontrado desde hace mucho tiempo, su mirada es muy infantil y sin embargo atrevida, su porte es muy agradable, muy respetuoso y al mismo tiempo ávido de saber. Vete en paz, pequeña, si no fuera por una mantilla verde seguramente habría intentado llegar a un conocimiento más íntimo. Ahora baja ella por la amplia Kjöbmagergade. ¡Qué inocente y confiada, sin excitación alguna! Camina a paso ligero, va moviendo la cabeza. Esa mantilla verde exige abnegación.

15 de mayo

¡Gracias, buen azar, recibe mi agradecimiento! Ella era delgada y arrogante, misteriosa y grave como un abeto, un vástago, un pensamiento, que desde el vientre de la tierra germina hacia el cielo, incomprensible, incomprensible hasta para sí mismo, un todo sin partes. Las habas colocan en forma de corona sus hojas y éstas cuentan lo que ha sucedido debajo de ellas; el abeto no tiene corona, y no le cuentan nada, es enigmático incluso con él: así era ella. Oculta en sí misma, se elevaba por sí misma; había en ella una sosegada arrogancia, como el vuelo atrevido del abeto, que, a pesar de todo, está clavado en la tierra. Había en ella una melancolía difusa, como el vuelo atrevido de la paloma salvaje, una profunda nostalgia que no se apagaba. Ella era un enigma que poseía enigmáticamente su solución, su secreto, ¿y qué son todos los secretos diplomáticos comparados con él? Un enigma, ¿y qué hay más bonito en el mundo que la palabra que lo resuelve? ¿En qué es más significativa y más rica la lengua? Resolver: contiene un sentido ambiguo, con belleza y fuerza supera todas las posibles combinaciones de palabras. Si el reino del espíritu es un enigma, hasta que el lazo de la lengua no lo haya resuelto, o sea el mismo enigma, también una jovencita será un enigma. ¡Gracias, buen azar, recibe mi

agradecimiento! Si me hubiese sido concedido verla durante el invierno, ella iría envuelta en aquella mantilla verde, quizá ofendida por el frío, y la crudeza de la naturaleza habría humillado su belleza. Sin embargo, ahora, ¡qué dicha! Me ha sido concedido verla por primera vez en la mejor estación del año, en primavera, a la luz vespertina. También el invierno tiene sus ventajas. Un salón de baile fastuosamente iluminado puede ser el marco apropiado para una joven en traje de baile, pero ella raramente consigue una figura favorecida, ya que todo es una invitación en esa dirección -una invitación que, si ella se abandona o se opone, obra en sentido negativo- o todo recuerda vanidad y transitoriedad, despertando una impaciencia que hace el gozo menos agradable. A veces, yo no querría renunciar a un salón de baile, no querría renunciar a su lujo dispendioso, a la impagable sobreabundancia de juventud y belleza que hay, al múltiple juego de los elementos. Y sin embargo no saco provecho alguno, ya que rozo sólo las posibilidades. No es una sola belleza la que ata, sino un conjunto de bellezas; una visión de sueños te toca, en la que todos esos seres femeninos se confunden entre sí y todos esos movimientos buscan algo, buscan una paz en una sola imagen que no aparece.

Fue en esa callecita que va desde la puerta Norte a la de Levante. Eran cerca de las seis y media. El sol había perdido su calor y apenas quedaba su recuerdo en esa suave luz que se extendía por todo el paisaje. La naturaleza respiraba con mayor libertad. El lago estaba calmo y nítido como un espejo. Las bonitas casas del muelle se reflejaban en las aguas, que por un amplio espacio eran oscuras como el metal. Las callecitas y las casas de la otra orilla resaltaban por los débiles rayos de sol. El cielo estaba limpio, y puro, sólo una nube ligera de vez en cuando se deslizaba por encima furtiva, graciosa cuando dirigía la vista, sobre cuya límpida superficie ella disparaba. No se movía ni una hoja. Era ella. Mis ojos no me engañaron más que la mancilla verde. Y, aunque yo estuviese preparado desde hace mucho tiempo para este encuentro, sin embargo me fue imposible dominar una cierta inquietud, una palpitación de alegría y de tristeza, parecida a la que vibra en el canto de la alondra, que, alegre y triste, se oye en el campo cercano. Estaba sola; me he vuelto a olvidar cómo iba vestida, aunque tengo aún ante mis ojos su imagen. Estaba sola, aparentemente absorta no en sí misma sino en sus pensamientos. No pensaba, pero el secreto trabajo de sus pensamientos había tejido una imagen de deseo ante su alma, que le poseía un presentimiento tan indescifrable como los suspiros de una niña. Ella estaba en la edad más bonita. Una niña, en ciertos aspectos, no se desarrolla como un niño; no crece, nace ya crecida. Un niño empieza pronto a desarrollarse, y necesita para esto mucho tiempo; una niña tiene necesidad de mucho tiempo para nacer, pero nace ya desarrollada. En esto consiste su infinita riqueza; en el momento de nacer -y ese momento llega tarde- ella ya ha crecido. O sea, ella nace dos veces. La segunda vez, cuando se casa; o mejor, en ese momento deja de nacer: en realidad ha nacido por primera vez. No sólo Minerva sale perfecta de la frente de Zeus, no sólo Venus emerge con toda su gracia de las aguas del mar, sino que lo mismo ocurre a toda joven cuya femineidad no haya sido corrompida por eso que llaman desarrollo. Ella no se despierta poco a poco, sino de una sola vez; y por tanto se quedará más tiempo soñando, si los hombres no son tan estúpidos que la despiertan demasiado pronto. Y este sueño es una riqueza infinita... Ella no está absorta consigo misma sino en sí misma, y este raptó es una quietud en sí misma. Una jovencita es tan rica que quien sabe apoderarse de ella también se hace rico. Es rica, aunque desconozca serlo. Es rica, es un tesoro. Había en ella una paz tranquila y una leve melancolía. Era tan ligera, que la podía levantar la mirada. Tan ligera como Psique, que

era transportada por los Genios, o aun más ligera, ya que ella se llevaba a sí misma. Discutan los sabios de la Iglesia sobre la Ascensión de la Virgen a los cielos, a mí no me parece incomprendible, ya que Ella no pertenecía a este mundo; pero la ligereza de una jovencita es incomprendible y constituye un desafío a todas las leyes de la gravedad... Ella no se fijaba en nada y por eso creía que nadie se fijaba en ella. Yo me mantenía a una discreta distancia y contemplaba con avidez su figura. Caminaba lentamente, ninguna prisa perturbaba su paz en la tranquilidad del paisaje. En la orilla del lago estaba sentado un chico pescando, y ella se paró para admirar el espejo del agua y el leve reflujo. Hasta entonces no había andado de prisa, sin embargo ahora intentó quitarse algo: se quitó la pequeña bufanda que tenía alrededor del cuello bajo el chal. Una leve brisa del lago destapó imperceptible un pecho tan blanco como la nieve y sin embargo caliente y lleno. Al niño no pareció gustarle la presencia de un espectador, se volvió para atrás y se quedó mirándola con bastante flema. Pero lo hizo tan estúpidamente que no me atrevo a criticarla por reírse de él. ¡Qué risa más alegre! Si hubiera estado sola con el muchacho, no creo que hubiese tenido miedo en enzarzarse con él. Sus ojos eran grandes y radiantes, y al mirarlos tenían un oscuro resplandor que dejaba presentir su profundidad infinita, sin que, por otra parte, fuese posible penetrar. Eran puros e inocentes, dulces y serenos, llenos de astucia cuando se sonreía. La nariz, ligeramente curva, mirándola de perfil se encogía en línea con la frente, volviéndose algo más corta y más audaz. Fue más allá y yo la seguí. Afortunadamente había mucha gente que paseaba por la callecita, así, mientras yo intercambiaba de vez en cuando unas palabras con unos y otros, le daba una cierta ventaja e inmediatamente la volvía a alcanzar, evitando de esta manera la necesidad de tener que ir a la misma distancia, a paso lento, como iba ella. Ella tiró para la Puerta de Levante. Intentaba verla más de cerca sin que me viera. Había una casa, en la esquina, desde donde me habría sido posible. Conocía a la familia, y bastaba que me acercara a hacerles una visita. Pasé junto a ella de prisa, como si no quisiera fijarme en ella. De esta forma le saqué una buena distancia. Saludé de prisa y corriendo a toda la familia, y me puse junto a la ventana que daba a la calle. Por fin llegó. La miré y la remiré, mientras seguía conversando con la gente que tomaba el té en el salón. Su manera de andar me convenció rápidamente de que ella no había asistido a una escuela de danza moderna, y sin embargo había una cierta arrogancia en su caminar, una nobleza natural, a pesar de una falta de control de sí misma. Desde la ventana sólo podía ver un trozo de calle, más allá del cual mi mirada se perdía hasta un puente que atravesaba el lago: con gran sorpresa la descubro de nuevo allá abajo. E inmediatamente me asalta el pensamiento: quizá vive en el campo, o quizá su familia está allí de vacaciones. Estaba casi arrepentido de mi visita, sobrecogido por el temor de que ella no volviera sobre sus pasos y que yo la perdiese de vista -pues el hecho de que ella no desapareciese de mi vista en la otra punta del puente era una señal de que en breve no la volvería a ver-, cuando apareció muy cerca. De un salto cojo sombrero y bastón intentando volver a pasar cerca de ella, si era posible, aún muchas veces y de correr tras ella hasta descubrir dónde vivía, pero con las prisas toco el brazo de una señora que en esos momentos me estaba ofreciendo el té. Se oye un grito espantoso. Me paro con el sombrero y el bastón en la mano, preocupado únicamente de salir pitando y, si fuera posible, aprovechando del accidente, justificar mi retirada, digo con tono patético: "Al igual que Caín, quiero huir del lugar en el que vertí este té". Pero, como si todo se conjurase contra mí, el dueño tiene la desesperada idea de sacar partido de mi afirmación y declara, con toda solemnidad, que no me daría permiso

}.arairme hasta que no hubiese tomado una taza de té y, como reparación de mi fallo, hubiese servido a las señoras. Tuve que convencerme de que mi huésped, en ese caso, habría considerado una cortesía hacérmelo entender con la violencia, por lo que no tenía otra salida. Y ella había desaparecido.

16 de mayo

¡Qué bonito es estar enamorado, y qué interesante es saberlo! Ésa es la diferencia. Podría enloquecer si pienso que por segunda vez se me ha escapado, y, sin embargo, en cierto sentido me alegro. La imagen que conservo de ella oscila vagamente entre su verdadera figura y la ideal. Y yo dejo que esta figura se me muestre, ya que su fascinación consiste precisamente en la posibilidad que tiene de ser la misma realidad o la realidad producida. Yo no estoy impaciente, pues pienso que ella tiene que vivir en la ciudad, y de momento me basta esto. Esta posibilidad es condición para que su imagen, la auténtica, se me pueda mostrar: hay que gozar de cada cosa a su debido tiempo. ¿Y no debería estar yo tranquilo si me puedo considerar agraciado por los dioses, ya que me tocó en suerte la rara felicidad de enamorarme otra vez? Es mucho, ya que ninguna arte ni ningún estudio me lo pueden proporcionar; es un don. Pero si me ha sido concedido poder de nuevo alimentar un amor, quiero ver hasta qué punto se deja atizar esa llama. Yo alimento este amor como no alimenté el primero. Gozamos de tan pocas ocasiones favorables, que, cuando aparece una, conviene aprovecharla, ya que por desgracia no existe arte alguna para seducir a una jovencita, sino que es cuestión de suerte encontrar a una digna de ser seducida. El amor tiene muchos misterios, y este primer enamoramiento es también un misterio, y quizá no el más pequeño. La mayoría de los hombres se lanzan al barullo, se enamoran o cometen otras tonterías y, en un abrir y cerrar de ojos, pasa todo y ellos no saben ni lo que han ganado ni lo que han perdido. Dos veces ella se me apareció y otras dos veces desapareció: con seguridad, esto quiere decir que pronto volverá a aparecer más a menudo. Después de que José interpretó los sueños del Faraón, explicó: y eso que tú soñaste dos veces significa que pronto sucederá.

Sería, sin embargo, interesante si, con cierta antelación, se pudieran prever las fuerzas cuya aportación constituye el contenido de la vida. Ella ahora vive tranquilamente, no sospecha aún de mi existencia y mucho menos de lo que tiene lugar en mi interior, ni de la seguridad con la que yo veo su futuro. Puesto que mi alma aspira intensamente a la realidad, cada vez se va reforzando más. Si desde la primera mirada una joven no nos causa una impresión tan profunda que nos evoque el Ideal, entonces, en general, la realidad no es particularmente digna de ser deseada. Si, por el contrario, produce esta impresión, entonces, aunque seamos duchos, se nota un sentido de opresión. Yo aconsejo siempre a quien no esté seguro ni de su mano ni de su vista ni de su victoria que intente todos sus ataques en este primer estadio, en el que, al estar oprimido, goza de fuerzas sobrenaturales, ya que esta opresión es una singular mezcla de simpatía y egoísmo. Por el contrario le faltará el gozo, ya que no goza de la situación porque está ensimismado y escondido en ella. ¡Obtener lo hermosísimo es difícil; alcanzar lo interesantísimo es fácil! Mientras tanto conviene llegar a lo más profundo que se pueda. Éste es el verdadero gozo, y a fe mía no sé de qué gozan otros. La simple posesión es

demasiado poco, y los medios de los que se valen algunos amantes son en general mezquinos; no vacilan en recurrir al dinero, a la fuerza, a las influencias externas, a los filtros de amor y a otros. ¿Qué gozo puede haber en un amor que no exige el abandono absoluto de al menos una de las partes? Para esto, en realidad, se necesita el espíritu, y esto es lo que en general les falta a esos amantes.

19 de mayo

¡Se llama Cordelia! ¡Cordelia! Es un bonito nombre. Y también esto tiene su importancia, pues, a menudo, puede resultar desagradable, en relación con tiernas consideraciones, tener que pronunciar un nombre feo. La reconocí desde lejos. Iba con otras dos jovencitas por la acera de la izquierda. Por su forma de caminar, se comprendía que pronto iban a pararse. Me detuve en una esquina leyendo un cartel, aunque seguí sin perder de vista a mi desconocida. Se despidieron. Las otras dos, evidentemente, se habían alejado bastante de su camino, ya que se encaminaron en dirección opuesta. Ella, por el contrario, se dirigió hacia la esquina donde estaba yo. Después de haber dado unos pasos, una de las jovencitas echó a correr gritando con una voz bastante alta, para que la oyera: ¡Cordelia! ¡Cordelia! También les alcanzó la tercera y, juntando las cabezas, se pusieron a confabular; inútilmente agudicé el oído para intentar desvelar sus secretos. Luego las tres se echaron a reír y con paso decidido se dirigieron, agarradas del brazo, hacia la calle cuya dirección habían tomado las otras dos antes. Las seguí. Entraron en una casa a la orilla del lago. Me quedé esperando bastante tiempo, pues había muchas posibilidades de que Cordelia saliese sola. Pero no fue así. ¡Cordelia! Un nombre muy bonito. También se llamaba así la tercera hija del Rey Lear, aquella encantadora jovencita, cuyo corazón no moraba en sus labios y cuyos labios, cuando el corazón palpitaba, eran mudos. ¡También así es Cordelia! Estoy seguro de que se le parece. Pero, por el contrario, su corazón mora en sus labios, y no en forma de palabras sino en forma más amorosa: en forma de un beso, ¡Qué labios más frescos! Nunca vi otros más bonitos.

Que esté realmente enamorado me lo dice, entre otras cosas, ese aire de misterio que envuelve, hasta mis ojos, ese hecho. Todo amor, hasta el más desleal, es misterioso cuando tiene en sí el necesario momento estético. No se me ha ocurrido buscarme un cómplice para mis aventuras, ni revelárselo a nadie. Y para mí casi ha sido una alegría no haber podido descubrir dónde vive, sino la casa a donde va muy a menudo. Quizá de esta forma me he acercado algo más a mi propósito. Puedo, sin que esto despierte su atención, predisponer mis puntos de observación; y desde esa posición no me resultará difícil encontrar la forma para introducirme en su familia. Y si, más tarde, estas circunstancias se convirtiesen en dificultades, eh bien" me enfrentaré con esas dificultades. Todo lo que hago lo hago con amor, y por tanto amo también con amor.

20 de mayo

Hoy he conseguido información sobre esa casa en la que se pierde. Se trata de una viuda que vive con tres extraordinarias hijas. Puedo conseguir bastantes datos, al menos

todo lo que ellas saben. La única dificultad está en entender estas informaciones "corales", ya que las tres hablan a la vez. Se llama Cordelia Wahl, y es hija de un capitán de la marina fallecido hace algunos años, y también ha perdido a su madre. El capitán era un hombre muy duro y severo. Ahora ella está en casa de un pariente, una tía paterda, que debe parecerse mucho al hermano, pero que por otra parte debe ser una mujer muy respetable. Todo esto está muy bien, pero no saben nada de su casa, en la que no han estado nunca, y sin embargo Cordelia viene muy a menudo a la suya. Ella y dos hijas van a aprender a las cocinas reales, y por este motivo, a menudo, se acerca a su casa a primera hora de la tarde, raramente por la mañana, y nunca por la noche. Llevan una vida muy retirada.

O sea que la historia acaba aquí, sin entrever puente alguno por el que pueda entrar en su casa.

De esta forma ella ha tenido una idea de las penas de la vida y de sus aspectos tristes. ¿Quién lo iba a sospechar? Sin embargo estos recuerdos pertenecen a una edad más joven, son como un horizonte ante el que ella ha vivido siempre sin darse cuenta. Y es un bien que no haya quedado marcada, bien que ha salvado su femineidad. Por otra parte, éstos tendrán también su importancia en su posterior aprendizaje, cuando llegue el momento de traerlos a la mente. Todo esto, en general, otorga orgullo, cuando no envilece; pero da la impresión de que no está envilecida.

21 de mayo

Ella vive en los baluartes, y el pueblo no es de los mejores: no hay vecino con el que se pueda entablar amistad, ni lugar público desde donde, sin ser visto, pueda hacer de centinela. El mismo baluarte se presta poco a este trabajo, pues estás a la vista de todos. Si bajas abajo a la calle, no se puede uno alejar demasiado del baluarte, pues por abajo no pasa nunca nadie y se quedaría uno a la vista de todos. Si uno se acerca a la casa no ve nada. La casa se levanta en la esquina y, al estar aislada, se pueden ver desde la calle las ventanas que dan al patio. Y en esa parte posiblemente esté su habitación.

22 de mayo

Hoy la vi por primera vez en casa de la señora Jansen. Me presentaron. Aparentemente ella ni se interesó ni le preocupó mucho mi presencia. Intenté pasar lo más desapercibido posible para prestar el máximo de atención. Estuvo sólo un momento, había venido a buscar a las dos hijas de la señora para ir a las cocinas reales. Mientras las dos hermanas se arreglaban, nosotros dos nos quedamos solos en el salón y con flema fría y casi complacido intercambié unas palabras y ella me respondió con una gentileza innecesaria. Luego se fueron. Pude haberme ofrecido a acompañarlas, habría sido suficiente para destacar mi espíritu de caballero, pero estoy convencido de que no es la mejor manera de conquistarla. Preferí, por el contrario, un instante después de que ella se fue, marcharme también yo, pero mucho más de prisa que ellas y por otro camino que también conduce a las cocinas reales, de forma que, en el mismo instante que ellas daban

vuelta a la gran Kongensgade, pasé delante de ellas muy de prisa, sin saludarlas. Se quedaron perplejas.

23 de mayo

Tengo que encontrar la forma de entrar en su casa. Por este motivo, como se dice en términos militares, he tomado todas las medidas oportunas. Mientras tanto el tema se presenta muy difícil y arduo. No he conocido nunca una familia que lleve una vida tan retirada. Son sólo ella y la tía. Ni hermanos, ni primos, nadie con el que tengan una relación, ningún pariente al que llevar del brazo. Yo voy siempre por ahí con el Brazo preparado y por nada de este mundo cogería del brazo a ningún otro: mi brazo es un tentáculo que está siempre preparado para las presentaciones inesperadas; si por casualidad apareciese un pariente o amigo al que yo tenga alguna posibilidad de agarrar por el brazo... lo atrapo inmediatamente. Además es injusto que una familia viva tan aislada, pues se priva a esa pobre jovencita de la oportunidad de aprender a conocer el mundo, sin contar además todas las peligrosas consecuencias que puede llevar consigo. Siempre hay alguno que se aprovecha. Basta un simple petimetre. Es verdad que este aislamiento le pone a uno al seguro de los ladronzuelos, pues en una casa muy frecuentada la ocasión hace al ladrón. Pero esto no suele producir mucho daño, pues hay poco que llevarse de las chicas de esas familias. A los dieciséis años su corazón es una agenda llena de nombres, y yo no me preocupó nunca de escribir mi nombre donde muchos otros han escrito el suyo. En realidad, no se me pasa por la cabeza escribir mi nombre en el cristal de una ventana o grabarlo en la mesa de una taberna o en un árbol o en un banco del parque de Frederiksberg.

27 de mayo

Cuanto más la veo más me convengo de que es una figura aislada. Así no debe ser un hombre, aunque sea joven. Y, dado que su desarrollo depende fundamentalmente de la meditación, tiene que encontrarse en contacto con los demás. Y por este motivo, una jovencita no sería interesante, ya que interesante presupone una meditación sobre sí mismo, de la misma forma que en el arte lo interesante resalta siempre la figura del artista. Una jovencita que quiera halagar siendo interesante, quiere probablemente halagarse sobre todo a sí misma. Esto, desde un punto de vista estético, es la objeción que se hace a todo tipo de coquetería. Otra cosa muy distinta es la coquetería impropia, que es un movimiento particular de la naturaleza; por ejemplo, el pudor femenino, que resulta siempre la mejor coquetería. Puede darse también el caso de que una chica interesante en ese sentido halague, pero en ese caso ella misma ha renunciado a su propia femineidad, así como, en general, los hombres a los que les halaga también han renunciado a su virilidad. Una jovencita se hace interesante en relación con los hombres. La mujer representa el sexo débil y, por esto, le sienta mucho mejor que al hombre quedarse sola

en su juventud. Ella se basta a sí misma, aunque aquello por lo que y con lo que se basta a sí misma sea una ilusión. De este don le ha provisto la naturaleza como a una princesa. Y es precisamente esta tranquilidad en la ilusión lo que la aísla. A veces he reflexionado sobre cuál es el motivo por el que nada es más pernicioso para una jovencita que la familiaridad con otras jovencitas. Evidentemente se debe al hecho de que esta familiaridad no es ni una cosa ni otra, destruye la ilusión pero no la explica. Fatal predestinación de la mujer es ser compañera del hombre, mientras esa familiaridad con el mismo sexo nos conduce fácilmente a una reflexión: que convierta a la mujer, más que en compañera, en dama de compañía. El lenguaje es muy preciso al respecto: al hombre se le llama señor, pero a la mujer no se le llama sierva o algo parecido, se utiliza una definición sustancial: ella es compañera, i no amiga. Si tuviese que imaginarme el ideal de jovencita, ésta tendría que estar sola en el mundo y por tanto entregada a sí misma, pero sobre todo no tendría que tener amigas. Es verdad que las Gracias fueron tres, pero en realidad nunca las imaginó nadie hablando entre ellas; ellas componen en su tácita tríada una hermosa unidad femenina. Por este motivo, estaría casi tentado de proponer jaulas para las vírgenes, si esa costricción no obrase en sentido negativo. Es muy deseable para una joven que no se le quite su libertad, pero que no tenga ocasión de utilizar-la. Esto la hace hermosa y la preserva de ser interesante.

A una jovencita que vive con demasiada familiaridad con otras jovencitas es inútil darle el velo de virgen o de esposa, mientras si tiene suficiente sentido estético encontrará siempre que una jovencita, inocente en el sentido más profundo y solemne, llega a él tapada con el velo, aunque los usos y tradiciones no contemplen el velo de esposa.

Ella ha sido educada con rigidez, y por este motivo yo rindo honor a la memoria de sus padres; lleva una vida retirada, y por esto, si pudiera, abrazaría a su tía para agradecersele. Ella no ha aprendido a conocer los placeres de la vida, no ha alcanzado la tan decantada saturación. Ella es arrogante, desprecia todo lo que hace felices a las demás jovencitas. Así tiene que ser. Y es mentira que yo pueda sacar ventaja. La ostentación y el lujo, al contrario que a las demás jovencitas, no le gustan. Es algo polémica, pero esto resulta necesario en una jovencita dotada, como está ella, de fantasía. Ella vive en el mundo de la fantasía. Si cayera en manos ineptas, terminaría siendo muy poco femenina, precisamente porque hay mucha femineidad en ella.

30 de mayo

Nuestros caminos se entrecruzan continuamente. Hoy la he encontrado tres veces. Estoy al corriente de todas sus salidas, de cuándo y dónde la encontraré, pero no me aprovecho de estas informaciones para propiciar un encuentro con ella, sino más bien pierdo un montón de tiempo. Un encuentro, que la mayoría de las veces me ha costado muchas horas de espera, se resuelve en un suspiro: no la encuentro, rozo sólo su existencia exterior. Si sé que va a casa de la señora Jansen, no me acerco de buena gana, a no ser que me interese hacer una observación particular, y en este caso prefiero llegar un poco antes a casa de la señora Jansen y, si puedo, me la cruzo en la puerta, cuando ella llega o yo me voy, o por las escaleras, y entonces me apresuro a pasar junto a ella con indiferencia. Es la primera trampa en la que debe caer. Por la calle no la paro, o si in-

tercambio un saludo nunca me acerco, pero la miro fijamente desde lejos. Nuestros frecuentes encuentros no habrán pasado totalmente desapercibidos a sus ojos, se habrá dado cuenta de que en su horizonte ha aparecido un nuevo astro, que con su órbita, de forma particular e ininterrumpida, ha invadido la suya, arruinándola; pero ella no tiene idea de la ley que regula este movimiento. Ella siente la tentación de mirar a su alrededor, a derecha e izquierda, para descubrir el punto de atracción. No ignora que pueda ser ella ese punto de atracción, como también la antípoda. Le pasa a ella lo que a todos los que me rodean, creen que yo tengo tantas cosas que hacer, que estoy continuamente por ahí y digo como Fígaro: una, dos, tres, cuatro intrigas a la vez; ése es mi gozo. Pero, antes de iniciar mi ataque, tengo que conocer las condiciones de su espíritu. La mayoría goza de una jovencita como se goza de una copa de champagne, espuma repentina. Sí, es muy bonito, y es lo mejor que se puede sacar de muchas jovencitas. Pero, en realidad, aquí se trata de una cosa muy distinta. Si el individuo es demasiado débil para aguantar la claridad y la nitidez, pues bien, goce de lo confuso, la jovencita puede soportarlo. Cuanto más entrega se pueda aguantar en un amor, más interesante se hace. Esos gozos temporales son, no sólo exteriormente sino también en la intimidad espiritual, una violación, y una violación no es más que un gozo imaginario, es como un beso robado, algo que, en resumidas cuentas, no pertenece a ninguna especie. No, cuando se puede llegar al punto en el que a una jovencita no le queda más que renunciar, abandonándose, a su libertad, en el que ella sienta toda su felicidad en el mendigar ese placer, aunque permanezca libre, entonces se siente el primer gozo auténtico. Pero en esto influye siempre el espíritu.

¡Cordelia! Nombre maravilloso. Estoy en casa y me dedico a repetirlo como un papagayo: ¡Cordelia! ¡Cordelia, mi Cordelia, mi Cordelia! No puedo evitar sonreír cuando pienso en el orgullo con que pronunciaré este nombre en el momento decisivo. Siempre hay que hacer los estudios preparatorios, todo debe estar dispuesto de forma adecuada. Nadie se extraña de que los poetas retraten siempre estos duetos, ese momento bellísimo en el que los amantes, no en el abandono (hay muchos que no llegan nunca más allá), sino en el instante de sumergirse en el mar del amor, dejan a un lado la vieja personalidad y salen de ese bautismo, y sólo entonces se reconocen por primera vez viejos conocidos, aunque tengan apenas un instante de vida. Para una jovencita éste es el instante supremo y se necesitaría, para gozar realmente, ser siempre algo más elevados, para no ser sólo el bautizando sino también a la vez el sacerdote. Un relámpago de ironía convierte el segundo de estos instantes en uno de los más interesantes: es la expoliación espiritual. Hay que ser lo suficientemente poeta para no arruinar esta desnudez, lo mismo que el estafador tiene que estar siempre alerta.

2 de junio

Ella es orgullosa, ya me he dado cuenta hace mucho tiempo. Cuando está en compañía de las tres Jansen habla muy poco: se ve que sus chismes le aburren, pues una especie de sonrisa en los labios la delata. Yo atesoro esa sonrisa. En cambio, otras veces, se abandona a una insolencia casi pueril, con gran sorpresa de las Jansen. Si pienso en su pubertad no me parece incomprensible. Sólo tenía un hermano, un año mayor que ella. Al

tener relación sólo con el padre y con el hermano, únicamente fue testigo de acontecimientos serios, y por esto le molestan los vuelos de los patos. Su padre y su madre no fueron felices. Y todo lo que normalmente a una jovencita le sonrío, de forma clara u oscura, a ella no le sonrío. Puede que ni siquiera sepa lo que es la adolescencia para una mujer. Y quizá, en algunos momentos, pudo incluso desear no ser una adolescente, sino un hombre.

Ella tiene fantasía, alma, pasión, en fin, todas las sustancialidades, pero no reflejadas subjetivamente. Un incidente me ha convencido de ello precisamente hoy. Sé por Firma Jansen que ella no sabe tocar ningún instrumento, al ser contrario a los principios de la tía. Yo he estado siempre en contra de estas intransigencias, ya que la música es un medio ideal para comunicarse con una joven, basta que uno sea tan cauto de no dárselas de experto. Hoy, cuando subí a casa de la señora Jansen, apenas entreabierta la puerta -es una insolencia de la que a menudo saco ventaja y que, si fuera necesario, justificaría con una tontería-, en el instante en que iba a llamar, me la encuentro allí, sentada al piano, sola: tuvo la impresión de que estaba tocando a escondidas. Era una breve aria sueca; no era una experta, se impacientaba y entonces sacaba unas notas muy dulces. Cerré la puerta y me quedé fuera escuchando las variaciones de sus acordes; a ratos había tanta pasión en su forma de tocar que me trajo a la memoria a la virgen de Mettelil, que, cuando tocaba el arpa de oro, le salía la leche de los pechos. ¡Qué afán y a la vez qué encanto había en su forma de tocar! Habría podido entrar, aprovechar de ese instante, pero habría sido una locura... Los recuerdos no son únicamente un medio de conversación, sino también un medio de acrecentamiento, pues todo lo que está penetrado por el recuerdo adquiere doble importancia. A menudo entre las páginas de un libro, sobre todo en los libros de salmos, encontramos una pequeña flor; debió ser un momento muy dulce que nos ofreció el motivo para poner una flor entre esas páginas, pero es aún más dulce el recuerdo. Está claro que ella tiene escondido el hecho de que sabe tocar, o igual sólo sabe tocar esa aria sueca. ¿Tendrá para ella un interés especial? Lo desconozco, y por este motivo el hecho tiene para mí gran importancia. Cuando pueda hablar confidencialmente con ella la presionaré con delicadeza sobre este punto, y le dejaré que se desahogue.

3 de junio

Aún no me he enterado de cómo se la puede conquistar. Tengo que estar tranquilo y escondido: como un soldado vigía, preparado para tirarse al suelo y pegar la oreja a la menor señal del enemigo que avanza. De hecho yo no existo para ella, no en el sentido de una relación negativa entre nosotros dos, sino en el sentido de una falta absoluta de relación. Hasta ahora no me he atrevido a hacer prueba alguna. "Verla y amarla fue una misma cosa", se dice en las novelas, y sería verdad si el amor no tuviese una dialéctica propia. ¿Pero qué se aprende en las novelas acerca del amor? Mentiras, que sirven para facilitar el trabajo del autor.

Cuando, después de las informaciones que he recogido, vuelvo a pensar en la impresión que me suscitó nuestro primer encuentro, la imagen que conservo de ella ha

sido modificada, con ventajas para los dos. Es verdad que no sucede todos los días encontrarse con una jovencita que viva sola, encerrada en sí misma. Yo la había sometido a la más minuciosa crítica: encantadora. Pero el encanto es un momento huidizo que desaparece como el día que muere. Aún no me la imaginaba en el ambiente en que vive, y tampoco había sospechado que estuviese tan irreflexivamente acostumbrada a las tempestades de la vida.

Desearía conocer también cuáles son sus verdaderos sentimientos. En realidad nunca ha estado enamorada, ya que su espíritu se eleva demasiado libremente, ni tampoco pertenece al grupo de esas vírgenes tan expertas en teoría que antes de tiempo caen desmayadas, por el simple hecho de pensarlo, en los brazos de un amante. Las formas de la realidad con las que se ha enfrentado no logran despertar en ella incertidumbre alguna sobre la relación entre sueño y realidad. Su alma aún se alimenta de la divina ambrosía de los ideales. Pero el ideal que se le pone delante no es el de una pastorcita, o el de una heroína de novela, o el de una enamorada, sino el de una Juana de Arco o cosa parecida.

Queda aún la pregunta de si su femineidad es tan fuerte como para que se pueda reflejar o si tiene que gozarse tan sólo como belleza y encanto. La pregunta es si se debe tensar aún más el arco. Ya es mucho encontrar una femineidad pura e inmediata, pero, si se pudiera intentar algún cambio, entonces se conseguiría también lo interesante. Y en ese caso es mejor buscarle un petimetre, que, aunque pretenda algo insignificante, mariposea alrededor. Es una superstición imaginar que eso puede perjudicar a una joven: si fuese una planta tierna y delicada, que tuviese un solo punto de esplendor en su vida, el encanto, entonces sería mejor que ella no hubiera oído hablar del amor. Pero éste no es el caso, y si sacara algún provecho no sentiría escrúpulo en procurarles un petimetre, a no ser que ya exista. Este petimetre, sin embargo, no tiene que ser ridículo, pues no se ganaría nada, tiene que ser amable si fuera posible, pero insuficiente para su pasionalidad. Ella se olvidará de un individuo así, estará molesta con el amor y casi se desesperará de su realidad. Al darse cuenta de sus sentimientos y comparándolos con lo que le ofrece la realidad, dirá: si no hay otra cosa por la que sentir amor, entonces no merece la pena amar. Ella se hará arrogante en su amor, y esa arrogancia la hará interesante, relucirá mediante su ser haciendo más sublime esta encarnación. Al mismo tiempo ella se habrá acercado más a su caída, pero todo seguirá haciéndola más interesante. Mientras tanto conviene cerciorarse antes de que entre sus conocidos no haya un cortejador de este tipo. En su casa no se da ninguna ocasión, ya que nadie se acerca, pero, dado que sale, terminará presentándose la ocasión. Buscar un doble, sin que yo lo sepa, es peligroso; dos cortejadores insignificantes, cada uno por su cuenta, podrían terminar perjudicándose mutuamente. Tengo que ver si no existe un amante discreto, que no tenga ganas de asaltar la torre, un ladrón de gallinas, que no vea ninguna oportunidad en esta torre ebúrnea.

Sigue en pie el principio estratégico, que es ley de todo movimiento en esta lucha, de ponerse en contacto con ella siempre en una situación interesante. Lo interesante es el terreno sobre el que se debe dar la batalla, hay que agotar todos los recursos de lo interesante. Si no estoy equivocado, su misma naturaleza está hecha de forma que lo que yo deseo sea precisamente lo que ella ofrece, lo que también ella desea. Hay que tener en cuenta lo que el individuo puede dar y lo que, por consiguiente, puede pretender. Por este motivo mis aventuras de amor conservan siempre una realidad para mí, constituyen un momento de vida, un periodo de formación, cuya experiencia había ya intentado

anteriormente y a la que a menudo se relaciona con una u otra perfección. Aprendí a bailar por la primera jovencita que amé, aprendí francés por una bailarina. Entonces iba al mercado como los paletos, y a veces quedaba atrapado. Hoy yo hago la primera oferta. Quizá mientras tanto ella ya ha tirado por la borda un lado de lo interesante, su vida solitaria lo hace suponer. Vale la pena encontrar otro lado, que a primera vista no le parezca interesante, pero que precisamente por esto se convierta más adelante. Y para esto no escojo lo Poético, sino lo Prosaico. Así se empieza. En primer lugar es neutralizada su femineidad con prosaica inteligencia e ironía, no directa sino indirectamente y mediante algo totalmente neutral: el espíritu. Ella pierde casi ante sí misma su femineidad, y en esas condiciones no se puede quedar sola y acaba cayendo entre los brazos, no como si fuera amante, aún no, lo llamaremos neutral; así que su femineidad se despierta y es empujada con un máximo de tensión hasta chocar con ésta o esa autoridad afectiva. Ella la supera, su femineidad consigue alturas sobrehumanas y ella me pertenece con una pasión universal.

5 de junio

No tuve que ir muy lejos. Ella va por casa del comerciante al por mayor, Baxter. Allí no me encontré solo con ella, sino también con un hombre, que apareció por casualidad. Eduardo, el hijo del dueño de la casa, está enamorado de ella con locura, se nota a primera vista por su perplejidad. También él trabaja en el comercio, en el negocio del padre. Es un buen hombre, agradable y algo tímido, cosa que, creo, no lo prejuzga a los ojos de ella.

¡Pobre Eduardo! No sabe cómo comportarse con su amor. Piensa que por la noche estará también ella, y entonces se arregla, se pone, sólo por su amor, el traje nuevo oscuro, se coloca, sólo por su amor, los puños y hace un ridículo espantoso ante todos nosotros reunidos en el salón, donde estamos habitualmente. Entonces crece su vergüenza de forma increíble. Si fuese una ficción, Eduardo sería un temible adversario. La vergüenza, cuando se pretende sacar ventaja, presupone mucho arte y por ella se consiguen resultados excelentes. ¡Cuántas veces yo mismo no me he valido de la timidez para engañar a alguna virgencita! En general, las jovencitas se muestran muy duras con los tímidos, aunque los amen en secreto. Cierta timidez halaga la vanidad de una chiquilla hasta tal punto que ella se siente superior, es un tributo a su belleza. Pero, después de haberlas ilusionado, hay que demostrar, precisamente en la ocasión en que podrían creer que nos morimos de vergüenza, que no hay nada más lejos de la realidad y que nos las arreglamos bien solos. Con la timidez se pierde la virilidad y por eso es también un medio relativamente bueno para neutralizar la distancia entre los sexos. Cuando se dan cuenta de que todo ha sido una ficción, las chicas sienten vergüenza, se ponen coloradas en su intimidad, pero están contentas de haber ido más allá de los límites. Es lo mismo que pasa, cuando por mucho tiempo se ha tratado a un joven como a un niño.

7 de junio

Y así nos hicimos amigos Eduardo y yo. Un lazo profundo, una amistad auténtica entre nosotros dos, no se había visto otra igual desde la época de Grecia. Muy pronto nos hicimos íntimos, y así yo, después de haberlo envuelto en una cantidad de consideraciones relativas a Cordelia, conseguí que me confiara su secreto. Si todos los secretos intentan el mismo fin pueden ponerse juntos. ¡Pobre muchacho! ¡Ya ha penado demasiado! Cada vez que ella viene se viste de gala, le acompaña por la noche a casa con el corazón latiéndole al pensar en ese brazo apoyado en el suyo. Van despacio, admirando las estrellas, luego ella llama a la puerta de su casa y desaparece tras ella, y él se desespera... pero espera la próxima vez. A pesar de haber tenido ocasiones tan buenas, todavía no ha encontrado la forma de traspasar el umbral de su casa. Aunque en el fondo de mi corazón no evite burlarme de Eduardo, encuentro dulce su inocencia pueril. Y, a pesar de que no haya ni siquiera imaginado que sea muy versado en materia erótica, sin embargo nunca había notado en mí tal estado de ánimo, tal angustia de amor y tal temor, que me quitan la tranquilidad; no tengo presentimiento, pero es como si estos sentimientos me hicieran más duro. Quizá se me reproche que no he estado nunca enamorado. Quizá. Le he reprochado a Eduardo, le he pedido que se fíe de mi amistad. Mañana tiene que dar un paso decisivo: ir a su casa a invitarla. Le he sugerido yo mismo la idea de que se haga acompañar por mí y se lo he prometido. Él lo ha aceptado como prueba extraordinaria de amistad, y ya tengo la ocasión que buscaba para poner los pies en ese salón. Si ella tuviese la menor duda sobre mi conducta, esto enredará de nuevo todo.

Hasta ahora no he tenido la costumbre de prepararme para una conversación, ahora era necesario, ya que tengo que entretener a la tía. Prácticamente me he echado encima el nada despreciable trabajo de conversar con ella para cubrir los movimientos del enamorado Eduardo en relación con Cordelia. Antes la tía había vivido en el campo; por mis solícitos estudios de los textos de economía agraria hasta en las disertaciones más expertas de la tía hago considerables progresos de destreza y habilidad.

Voy acrecentando mi reputación ante la tía, ya me considera un individuo serio y maduro con el que uno puede agradablemente entablar una conversación, y no uno de los muchos jovencitos de hoy. A Cordelia, por el contrario, a juzgar por las apariencias, no le caigo muy bien. Es verdad que su femineidad es demasiado pura e inocente para pretender que todos los hombres la cortejen, aunque ella advierte perfectamente la tendenciosidad de mi presencia.

Y, cuando me siento en la penumbra de ese salón, cuando ella como un ángel bueno despliega su encanto sobre todos y sobre todo con lo que entra en contacto, sobre el Bien y sobre el Mal, entonces me hago impaciente y estoy tentado de salir fuera de mi cubil - ya que, aunque a los ojos de todos yo esté sentado en el salón, de hecho estoy al acecho en un cubil-, tentado de agarrar la mano, de abrazar esa encantadora criatura, de esconderla entre mis brazos por miedo de que alguien quiera robármela. O, cuando por la noche Eduardo y yo nos vamos, cuando ella al despedirse me da la mano, que yo aprieto con la mía, me resulta difícil dejar escapar esa mano temblorosa como un pajarito. ¡Paciencia! Quod antea fuit impetus, nunc ratio est [Lo que antes fue pasión, ahora es

razón]. Ella tiene que caer en mi red de una forma muy distinta, y entonces sólo dejaré a la improvisación que enloquezca toda la fuerza de mi amor. Si hasta hoy no hemos echado a perder este momento nuestro por avidez o por intempestivas anticipaciones, ¡dame las gracias, Cordelia! Yo trabajo por desenredar la antítesis, yo tenso el arco del amor para herir más vivamente. Como arquero estiro el arco, luego vuelvo a tensarlo, escucho el canto, que es también mi elegía, pero aún no apunto, aún no coloco la flecha.

Cuando un reducido grupo de personas visita a menudo la misma casa, nace fácilmente una tradición por la que cada uno tiene su lugar, su rincón, que se convierte para él en un símbolo al que se quiere agarrar. También nosotros, en casa de los Wahl, vivíamos de contactos y de símbolos. Por la tarde nos ofrecían el té. Y después la tía, que hasta ahora había estado sentada en el diván, por regla general se cambiaba a su mesa de trabajo, lugar que Cordelia dejaba para acercarse a la mesita de té ante el diván. Eduardo le sigue, y yo sigo a la tía. Eduardo se aparta, intenta cuchichear, y normalmente lo hace tan bien que se queda mudo. Yo, por el contrario, no hago ningún secreto de mis efusiones con la tía: precios de mercado, cálculos de los galones de leche que se necesitan para una libra de mantequilla con los promedios de la nata y la dialéctica de la tinaja; todas cosas prácticas, que las jovencitas no sólo tienen que escuchar sin parpadear sino, y esto es aún más raro, que forman tema de sólida, concreta y noble conversación tan edificante para la mente como para el espíritu. Por regla general doy la espalda a la mesita de té y a las fantasías de Eduardo y de Cordelia, y fantaseo con la tía. ¿No es la naturaleza grande y sabia en sus creaciones? ¿No es la mantequilla un don maravilloso, así como resultado magnífico de naturaleza y arte? De esta forma la tía no puede oír lo que se dicen Eduardo y Cordelia, admitiendo que esos dos se digan algo. Se lo prometí a Eduardo y, como siempre, mantengo la palabra. Yo, sin embargo, consigo atrapar todas las sílabas, consigo percibir el menor movimiento. Para mí es muy importante, ya que no se puede saber nunca lo que un individuo, desesperado, puede hacer. Los más cautos y los más tontos son a veces capaces de los intentos más desesperados. Así, aunque no tenga nada que ver con esa pareja aislada, procuro tener controlada a Cordelia, para estar así invisible y continuamente presente entre ella y Eduardo.

Y, a pesar de todo, entre los cuatro formamos un cuadro muy singular. Si me pongo a pensar en una imagen conocida, podría encontrar cierta analogía, con tal de que me imaginara en el papel de Mefistófeles. La dificultad, sin embargo, radicaría en que Eduardo no es un Fausto. Si, por el contrario, yo asumiese el papel de Fausto, crecerían las dificultades, ya que Eduardo no es ningún Mefistófeles. Ni tampoco yo soy un Mefistófeles, por lo menos a los ojos de Eduardo. Él me tiene por el buen genio de su amor, y en esto no se equivoca, porque sin duda puede estar seguro de que nadie vigila su amor con tanta solicitud como yo. Le he prometido dar conversación a la tía y cumplo este honorable cometido con toda seriedad. La tía se empantana en problemas de pura economía agraria; vamos a la cocina, a la bodega y a la buhardilla, admiramos los pollos y las gallinas, los patos, etcétera. Todo esto molesta a Cordelia. Ella no entiende realmente mis verdaderas intenciones. Para ella sigo siendo un enigma, un enigma que no intenta resolver, sino que le desespera, le indigna. Se da cuenta perfectamente de que su tía, con ese comportamiento, hace el ridículo, su tía, que es una señora respetable y que en realidad no se merece esto. Por otra parte, yo realizo tan bien mi papel que advierte la

inutilidad de cualquier intentona suya para hacerme dudar. Yo llevo las cosas tan lejos que induzco a Cordelia a reírse de su tía a sus espaldas. Pero también hay que aprender estas cosas. No es que yo lo haga de acuerdo con Cordelia, pues en ese caso no conseguiría que se riese de su tía. Yo me mantengo invariablemente serio y compuesto, y sin embargo ella no puede contener la risa. Es la primera lección de falsedad: hay que enseñar a reír irónicamente, aunque esta sonrisa me duela a mí casi tanto como a la tía, ya que ella no sabe qué pensar de mí. ¿Seré un joven envejecido antes de tiempo? Es posible, como son posibles tantas otras cosas. Después de haberse reído de la tía, se enfada con ella misma, y yo me doy la vuelta y, aunque siga hablando con la tía, la miro con tanta seriedad, que ella se ríe de mí y de la situación.

Nuestras relaciones no se basan ni en una delicada y fiel comprensión ni en la atracción recíproca, sino en las repulsiones de la incompreensión. Mi relación con ella no es nada sustancial, es puramente espiritual, lo que, naturalmente, equivale a nada en las relaciones con una joven. El método que sigo ahora tiene sus conveniencias particulares. Un hombre que se presenta vestido de caballero despierta sospecha y levanta resistencia contra él. Yo estoy exento de todo esto. No despierto desconfianza, más bien, al contrario, se me ve como hombre sincero, al que se le puede confiar una jovencita. El método sólo tiene un defecto, es demasiado lento y por esto puede, y con ventaja, ser utilizado sólo con criaturas a las que compense someter.

¡Qué poder renovador no tiene una jovencita! Ni el fresco de la brisa de la mañana, ni el silbido del viento, ni la frescura del mar, ni el perfume del vino o su suavidad, ¡nada en el mundo tiene tanto poder renovador!

Quiero esperar que pronto la habré llevado a odiarme. No represento suficientemente el papel del soltero impenitente. No hablo más que de estar sentado o echado cómodamente, de tener un criado honesto, un amigo del que fiarse y con el que poder ir del brazo. Ya he conseguido convencer a la tía de que abandone esas disertaciones agromónicas, conduciéndola a estos nuevos planteamientos y consiguiendo así una ocasión más directa para la ironía. Se puede uno reír o al menos tener conmiseración de un soltero impenitente, pero un joven, que a pesar de todo no carece de espíritu, con una postura así no hace más que turbar a la jovencita, pues toda la importancia, la belleza y la poesía de su sexo quedan anuladas.

Así van pasando los días; la veo, y no hablo con ella, sin embargo hablo con su tía delante de ella. Pero por la noche, a veces, me acosa el deseo de desahogar mi amor. Entonces, envuelto en mi capa, con el sombrero calado hasta las cejas, me pongo bajo su ventana. Su dormitorio da al patio, y, puesto que la casa se levanta en la esquina, se ve también desde la calle. Puede ocurrir que ella se acerque un instante a la ventana, o que la abra para mirar las estrellas, nadie se dará cuenta a no ser ése del que nunca pensaría que la está observando. A estas horas de la noche vago como un espíritu por los alrededores, y como un espíritu pertenezco al lugar donde vive. En esos instantes me olvido de todo: ni planes, ni cálculos; dejo a un lado la razón, mientras profundos gemidos, una emoción intensa hinchan y fortalecen mi pecho y no siento la urgencia de dejar guiar mi compostura por la sistematicidad. Otros son virtuosos de día y pecadores de noche, yo,

simulación de día y de noche, deseo vehemente. ¡Si ella me viese ahí, si ella pudiese ver mi alma por dentro... si ella viese!

Si esta jovencita se entendiese a sí misma, debería también entender que yo soy el hombre adecuado para ella. Es demasiado impulsiva, demasiado profundamente emotiva para ser feliz en el matrimonio. Y sería demasiado poco para ella ceder ante un vulgar seductor; cediendo ante mí ella se salvaría de este naufragio interesante. Ella debe decir, al referirse a mí, lo que los filósofos expresan con un giro de palabras: zu Grunde gehen [ir a fondo].

Es verdad que se aburre escuchando a Eduardo. Como pasa siempre, cuanto más cortos son los límites de lo interesante, más se descubre. De vez en cuando escucha mi conversación con la tía. Y cuando me doy cuenta, llega, relampagueando en el horizonte y con sorpresa tanto de la tía como de Cordelia, un síntoma lejano de otro mundo. La tía ve el relámpago, pero no oye nada. Cordelia oye la voz, pero no ve nada. Y mientras tanto, un instante después todo queda tranquilo, mi conversación con la tía prosigue su ritmo uniforme, como el caminar de los caballos de posta en el silencio de la noche; nos acompaña el murmullo de la tetera. En esos momentos, en el salón, hay en nosotros, en particular en Cordelia, cierto malestar. Ella no tiene a quien escuchar o con quien hablar. Si se dirige a Eduardo corre el peligro de que, en su desconcierto, éste comente alguna estupidez; si se vuelve a la otra parte, hacia mí y a la tía, le molesta nuestra seguridad, le ata el martilleo monótono de nuestra incesante conversación, que resalta mucho al compararla con la confusión de Eduardo. Me doy cuenta de que Cordelia sospecha que la tía está incluso encantada, ya que se mueve según el tempo de mis ideas ingeniosas. Y tampoco puede tomar parte en estas conversaciones, pues uno de los expedientes que ahora utilizo para turbarla es tratarla como a una niña. No es que, al hacer esto, me conceda alguna libertad con ella, no, sé muy bien las desastrosas consecuencias que esto podría tener, y a mí sólo me interesa que su femineidad pueda elevarse pura y bella. A través de mis charlas amistosas con la tía me resulta fácil tratarla como a una chiquilla que no tiene ninguna experiencia del mundo. Por este motivo, no ofendo su femineidad sino sólo la neutralizo; pues efectivamente su femineidad no se puede ofender por el hecho de que ella no esté ducha en los precios del mercado, y sin embargo puede turbarla el pensamiento de que éstas sean las cosas más importantes de la vida. En este sentido, y con mi gran ayuda, la tía se supera a sí misma. Es casi fanática, aunque de esto tenga que agradecer a otros más que a mí. Lo único que no puede soportar es que yo no haga absolutamente nada. Ahora he adoptado la postura de decir, cada vez que se habla de un trabajo vacante: ¡un empleo para mí!, y luego ponerme a hablar con ella seriamente. Cordelia se da cuenta de la ironía, y es lo que deseo.

¡Pobre Eduardo! Lástima que no se llame Fritz. Cada vez que en mis tácitas consideraciones pienso en mi relación con él, siempre me acuerdo del Fritz de La esposa⁵. Por otra parte, Eduardo se parece a su arquetipo, cabo de la Guardia urbana. A fuer de sincero, tengo que añadir que también Eduardo es indiscretamente aburrido. Él no se enfrenta con las cosas de forma adecuada y resulta siempre prolijo y embarazado. De su amistad, unter uns gesagt [entre nosotros], me olvido con facilidad. ¡Pobre Eduardo! Lo

⁵ Trabajo teatral de Eugène Scribe (1791-1861), actor y libretista francés.

único que me da pena es que tiene tal ceguera por mí que no sabe cómo expresarme su gratitud. Permitir que él me esté agradecido sería demasiado.

¿Por qué no conseguís estar más tranquilos? ¿Qué habéis hecho durante toda la mañana además de pegar en mi persiana, entrar al mismo tiempo en la esfera y en el hilo de mis pensamientos, jugar con la cuerda de la campanilla del tercer piso, tocar en los cristales de la ventana, o sea, anunciar vuestra presencia con cualquier medio, como si quisierais hacerme señales para que os siguiera? El tiempo es bastante bueno, pero yo no tengo ganas, dejadme quedar en casa... Vos, petulantes, desembridados zéfiros, alegres muchachos, podéis iros solos, iros, iros como siempre a divertirlos con las jovencitas. Sé que nadie mejor que vosotros sabe abrazar a una jovencita con tanta seducción; inútilmente intenta alejarse de vos, no puede soltarse de ese abrazo, por otra parte, tampoco quiere, ya que sois cálidos y frescos y no molestáis... ¡Id por vuestro camino! ¡Dejadme...! Así no sacaréis nada, ¿es que entendéis que no lo hacéis por vos?... Pues bien, os sigo. Pero con dos condiciones. En primer lugar, en la nueva plaza del Rey vive una joven muy guapa, que tiene la desfachatez de no amarme y, lo que es aún peor, de amar a otro, yéndose de paseo con él cogidos del brazo. Sé que él pasa a recogerla hacia la una. Prometedme ahora que los vientos más fuertes permanecerán escondidos con vos en algún sitio cercano hasta que él y ella salgan por la puerta de casa. En el instante en el que ella doble por Kongensgade, pues que salga esa pandilla y de la forma más cortés le quite el sombrero de la cabeza y lo mantenga en un dulce vuelo a la distancia de un brazo de él, no más, porque de lo contrario posiblemente él se vuelva a casa. Pensará que puede agarrarlo, por lo que no la soltará del brazo. Así empujaréis a él y a ella, por la Kongensgade, a orilla del baluarte, hacia la Puerta Norte y los embarcaderos... ¿cuánto tardarán en llegar? Una media hora. A la una en punto llego yo de la Oestergade. Cuando esa pandilla haya empujado a los amantes al centro de la plaza, se debe producir un violento ataque contra ellos, durante el cual le quitaréis también el sombrero a ella, le revolveréis el peinado, le llevaréis el chal, y mientras tanto el sombrero de él subirá silbando cada vez más alto; en resumen, crearéis tal confusión que toda la gente presente, y no sólo yo, soltará una sonora carcajada, los perros se pondrán a ladrar y los campanarios tocarán las campanas. Haced que el sombrero de ella vuele hacia mí, que tendré así el honor de entregárselo... En segundo lugar: la cuadrilla que me sigue obedezca todas mis indicaciones, se mantenga en los límites de la conveniencia, no moleste a ninguna guapa jovencita, ni se permita libertad alguna, de forma que su alma de niña durante esta broma pueda mantener su alegría, su sonrisa en los labios, su brillo en los ojos y no sienta inquietud en su corazón. ¡Si uno de vosotros osa comportarse de otra forma, que vuestro nombre sea maldito para siempre! ¡Y ahora, venga, vayamos a la vida y a la alegría, a la juventud y a la belleza! ¡Que se me aparezca lo que siempre he admirado, lo que nunca me cansaré de admirar! ¡Que se me aparezca una encantadora jovencita, se incline ante mí su belleza para que ella sea aún más bella, la pueda yo examinar y ella se sienta más contenta con este examen!... He escogido una calle céntrica, pero sé que dispongo de tiempo hasta la una y media...

Viene una jovencita elegante y distinguida; hoy es domingo... ¡Soplad un poquito, agarradla con una fresca brisa, envolvedla en un remolino lento, abrazadla con vuestros inocentes contactos! Ya veo el tímido rubor de sus mejillas, los labios que enrojecen algo más, los pechos que se levantan... ¿No es verdad, pequeña, que resulta un gozo inefable y

bienaventurado poder respirar auras tan frescas? El pequeño cuello se mueve como una hoja. ¡Qué profunda y fuerte es su respiración! Reduce el paso, casi viene transportada por la dulce brisa, como una nube, como un sueño... ¡Oh brisa, sopla ligeramente más fuerte, con suspiros más largos!... Ella se arregla, los brazos se aprietan contra el pecho, como si quisiera taparse con más cuidado para evitar que la brisa pudiera ser traidora y pudiera, penetrante y fresca, insinuarse por debajo del ligero vestido... Se pone roja por el frío, las mejillas están más mofletudas, la mirada más transparente, el paso más de prisa. Las tentaciones sirven para embellecer a una criatura. Todas las jóvenes se tendrían que enamorar de los céfiros, ya que ningún hombre puede tanto como ellos, puesto que, cuando luchan con ellos, crece la belleza... Su cuerpo se echa para delante, la cabeza se inclina hacia el suelo... ¡Parad un momento, es demasiado! Su figura se hace pesada, pierde su bonito encanto... ¡Soplad aún un poco!... Pequeña, ¿no es verdad que un temblor restaurador de ese tipo es un dulce alivio cuando uno se acalora? Querría abrir los brazos para reconocerlo, por la alegría de vivir... Ella se vuelve de costado... ¡En seguida, un soplo rápido y enérgico, para que yo pueda descubrir la belleza de las formas!... ¡Algo más fuerte, para que se puedan pegar completamente sus vestidos!... ¡Ahora es mucho! La postura ya no es agraciada, el paso ligero se interrumpe... ¡Vuelve a darse la vuelta!... ¡Venga, soplad más! ¡Dejad que ella prosiga!... ¡Basta! Es demasiado: ha desaparecido su único rizo... ¡Intentad moderaros!... Se acerca un regimiento, a paso de parada:

*Die eine ist verliebt gar sebr;
Die andere wäre es gerne⁶.*

Ir del brazo izquierdo con su propio cuñado es innegablemente una forma estúpida de vivir la vida. Para una jovencita equivale poco más o menos a lo de un sustituto para un hombre... Sin embargo un sustituto puede hacer carrera, al mismo tiempo tiene su puesto en la oficina y, en algunas ocasiones, su destino no es el de una cuñada; pero, sin embargo, su carrera no es tan lenta: cuando llega un ascenso y lo mandan a otra oficina... ¡Soplad más fuerte! Cuando se tiene un punto firme al que agarrarse, uno puede oponer resistencia... El centro se aleja hacia delante, las alas no pueden aguantar... Él está firme, el viento no consigue moverlo, ya que es muy pesado, demasiado pesado para que las alas puedan levantarlo del suelo. Se cae delante para mostrar... que es un cuerpo pesado, pero cuanto más inmóvil se queda más sufren las chiquillas... Preciosa señora, ¿puedo daros un buen consejo? Poned a un lado al futuro compañero o futuro cuñado, intendant ir sola, y ya veréis que os sentiréis más feliz... ¡Soplad un poco más lentamente!... ¡Cómo se balancean las acometidas del viento! Pronto, en la calle de bajada, aparecen el uno ante la otra. ¿Puede un paso de danza dar una alegría más vivaz, sin que el viento sea más débil, sino reforzándolo?... Ahora separad a uno de la otra, y a velas desplegadas bajen por la calle. ¿Puede un vals más seductor arrastrar consigo a una jovencita, sin que el viento la sujete, sino que la empuje...? Ahora se vuelve para atrás el compañero o cuñado. ¿No es placentero algo de resistencia? Se lucha de buena gana para conseguir poseer lo que se ama, y se consigue siempre aquello por lo que se lucha. Si nos guía un ideal muy alto,

⁶ Es mucho la primera novia;/ de buena gana lo sería la segunda.

siempre vendrá el amor en ayuda, por esto el hombre tiene el viento a su favor... ¿No he preparado las cosas de forma adecuada? Cuando se tiene el viento a favor, fácilmente se puede ir de acuerdo con el amado, y resultan más eficaces, más atractivos, más seductores los golpes de viento; los golpes de viento congelan el fruto de los labios, que generalmente hay que gozarlo frío, ya que es tan caliente, que, como el champagne, se calienta mientras se enfría... Ellos se ríen y charlan -y el viento lleva lejos las palabras-, ¿pero, aquí y ahora, hay algo de que hablar?... Vuelven a sonreír y a doblarse con el viento y a tener el sombrero y a inclinarse hacia delante... ¡Parad ahora, para no impacientar a la jovencita, para que no se enfade por nosotros o tiemble por culpa nuestra...! ¡Muy bien! Resuelta y decidida, con el pie derecho delante del izquierdo... ¡Cómo mira a su alrededor atrevida y descarada...! Veo perfectamente que va del brazo de un hombre, luego tiene novio. ¡Veamos, pequeña, qué aguinaldo te han puesto en el árbol de la Navidad de la vida...! Parece que es un novio bastante respetable. Ella cruza el primer estadio del noviazgo, lo ama -es muy posible-, pues con remolinos amplios y largos lo envuelve el amor de ella. Ella posee aún el Manto del Amor, en cuyo interior esconde muchas cosas... Soplad un poco más. Cuando se camina tan de prisa, no se extraña uno de que las cintas del sombrero se agiten con el viento, parecen alas simétricas y desnudas; incluso esa ligera figura -como su amor- se agita como un velo embrujado, con el que juega el viento... ¡Que Dios os conserve! Cuando se ha tenido el coraje de dar un paso decisivo para toda la vida, entonces no sería necesario tener la audacia de ir contra corriente. ¿Quién lo duda? No yo. Pero sin vehemencia, pequeña señorita, sin vehemencia. El tiempo es un malvado vengador y el viento tampoco es tonto... ¡Reíos un poco!... ¿Dónde está el pañuelo?... Ya lo habéis agarrado... Sí, una cinta de vuestro sombrero se ha perdido... y esto es muy embarazoso para el prometido, que está presente... Llega una amiga, y conviene que le saludéis. Es la primera vez que os ve ir por ahí como novios, y precisamente para mostraros como tales habéis venido aquí al parque y, además, en la Langelinie, estáis expuestos a todas las miradas. Por cuanto sé, es costumbre que los recién casados, el primer domingo después del matrimonio, vayan a la iglesia, y, sin embargo, los novios vayan a la Langelinie. En general un noviazgo tiene mucho que ver con la Langelinie... Escuchad: el viento estropea vuestro sombrero y juega alrededor, agachad la cabeza... Es muy molesto, no pudisteis saludar de ninguna forma a la amiga, no sentisteis placer en saludar con ese aire de superioridad, ya que una jovencita con novio debería considerarse superior a las que no lo tienen... ¡Ahora soplad más despacio!... Dentro de poco llegarán días hermosos... ¡Cómo se pega al ama- "1 do, se adelanta en ese trecho que basta para poder volver la cabeza y mirarlo, y estar orgullosa de él, ser su riqueza, su suerte, su esperanza, su futuro!... ¡Pequeña, tú lo amas mucho!... ¿Quizá no debería él estar agradecido al viento y a mí por su aspecto robusto? ¿Y no deberías también tú estar agradecida a mí por estas leves brisas que ahora curan tu dolor empujándolo hasta el olvido? ¿No deberías estar agradecida por ese aspecto tuyo tan lleno de vida, tan lánguido, tan trepidante?

*¡Oh!, no deseo un estudiante
que pasa la noche encima de los libros.
Deseo, por el contrario, un teniente
que tenga plumas en el sombrero.*

Se comprende rápidamente por tu aspecto, pequeña: hay algo en tu mirada... No, no sabrías qué hacer con un estudiante... Pero, ¿por qué un teniente? Un licenciado, que hubiese acabado los estudios, ¿no te valdría?... Pero, en este momento, no te ayudaría ni un teniente ni un licenciado. Podrían ayudarte unos céfiros templados... ¡Venga, soplad un poco ahora!... Bien, echaos de nuevo el chal por la espalda, pero caminad despacio, y así las mejillas palidecerán, y el resplandor de los ojos no será tan vivo... Así. Sí, algo de ejercicio, sobre todo con un tiempo tan delicioso como el de hoy, todavía un poco de paciencia, y conseguiréis a ese teniente... -Hacen juntos una buena pareja, parecen hechos la una para el otro. ¡Qué armonía en sus pasos, qué seguridad basada en la recíproca confianza en el caminar, qué armonía praestahilita en cada movimiento, qué firmeza más precisa! Su porte no es ligero ni agradable, no van a paso de danza, hay cierta firmeza, cierta confianza, que despierta una infalible esperanza, que inspira una recíproca estima. Apuesto a que su punto de vista sobre la vida es éste: la vida es un camino. Y ellos parecen destinados a ir del brazo entre los placeres y dolores de la vida. Se armonizan de tal forma que ella ha renunciado a la pretensión de abandonarse completamente... Pero vosotros, queridos céfiros, ¿por qué os habéis preocupado tanto de esa pareja? Parece que no valga la pena pensar en esos dos. ¿Hay quizá alguna particularidad?... ¡Ya son las dos y media, y se van hacia los embarcaderos!

No hay que creer que se pueda calcular con precisión, exactamente, un proceso de desarrollo espiritual. Esto demuestra la integridad de Cordelia. En realidad se trata de una jovencita distinta. Es, sin duda, tranquila, modesta y sin pretensiones, sin embargo, incomprendiblemente, hay en ella una pretensión monstruosa. Me ha resultado muy emocionante verla hoy entrar por la puerta. Hasta la más ligera resistencia de un soplo de viento casi desata toda su fuerza, sin que se perciba esfuerzo en ella. No es una chiquilla tan insignificante que se escape entre los dedos, tan frágil que casi uno tenga miedo de que se pueda romper por el simple hecho de mirarla, ni tampoco es una pretenciosa flor exótica. Como un médico, yo puedo detectar en esta historia clínica todos los síntomas.

Poco a poco empiezo, en mi asalto, a cercarla cada vez más y a pasara ataques directos. Si tuviera que marcar este cambio en mis planes estratégicos en relación con la familia, diría: he colocado mi silla de tal forma que ahora estoy de costado. Me ocupo más de ella, le dirijo la palabra y consigo alguna respuesta. Su alma tiene ímpetu y pasión y, sin pretender lo excepcional, mediante estúpidas y sofisticas reflexiones, ella siente necesidad de lo insólito. Mi ironía por la estupidez de los hombres, mi desprecio por su cobardía, por su estúpida dejadez la fascinan. Está dominada por el deseo de conducir por la bóveda del cielo el carro del sol para acercarlo más a la tierra y quemar un poco a los hombres. Sin embargo aún no ha puesto en mí su confianza, ya que yo hasta ahora no he hecho más que impedir todo acercamiento, hasta en el campo espiritual. Ella tiene que consolidarse en sí misma antes de que yo le permita apoyarse en mí. A veces, parecería que yo quisiera hacer de ella una iniciada en mi masonería, aunque esta impresión dura sólo un instante. Ella tiene que desarrollarse sola en sí misma, tiene que advertir la fuerza de tensión de su alma, tiene que saber agarrar el mundo y levantarlo. Claramente me dicen sus respuestas y sus ojos los progresos que está haciendo, una vez que he descubierto hasta una ira destructora. A pesar de todo, ella no tiene que sentirse obligada

por nada hacia mí, ya que es necesario que ella sea libre; el amor sólo está en la libertad, sólo en la libertad está el eterno deleite del tiempo que pasa. Aunque yo me imponga por encima de ella, de forma que, casi por una necesidad natural, ella tenga que caer entre los brazos, me esfuerzo por llevarla para que ella grave hacia mí; sin embargo a la vez conviene que no caiga como cuerpo pesado, sino como espíritu que gravita alrededor de otro espíritu. Es cierto que ella deberá pertenecerme, pero esto no tiene que identificarse con un hecho nada bonito, o sea que ella caiga encima de mí como un saco. Ella no tiene que ser una molestia, desde el punto de vista físico, ni un compromiso, desde el punto de vista moral. Entre nosotros dos sólo tiene que reinar el juego de la libertad. Ella tiene que ser tan ligera para mí que pueda sostenerla en mis brazos.

Cordelia ya me ata demasiado. Pierdo de nuevo mi equilibrio, no ante ella, cuando ella está presente, sino cuando, en el sentido más estricto, me quedo a solas con ella. Llego a desearla con ardor, no para hablarle sino sólo para dejar que su imagen aparezca ante mí; llego a seguirla lentamente, cuando sé que ha salido, no para que me vea sino para verla. Anoche salimos juntos de casa Baxter, la acompañaba Eduardo. De prisa me separé de ellos y me fui a otra calle, donde estaba esperándome mi criado. Me disfracé con rapidez y pasé una vez más junto a ella sin que se diera cuenta. Eduardo estaba taciturno, como de costumbre. Estoy enamorado, es verdad, pero no de una forma normal; hay que ser muy cautos para no caer en peligrosas consecuencias, y así de enamorado sólo se está una vez en la vida. Aunque el dios del amor es ciego, si uno es prudente se le puede engañar. El arte está, en relación con la emoción, en ser lo más perceptivo posible, saber qué impresión se da y qué impresión se recibe de cualquier chica. De este modo, se puede estar enamorado de muchas chicas a la vez, porque se puede estar enamorado de forma distinta de cada una de ellas. Amar a una sola es demasiado poco, amar a todas es una superficialidad. Conocerse a uno mismo y amar a cuantas se pueda, dejar que nuestra alma esconda en sí todas las potencias del amor, de forma que cada una reciba el alimento que le corresponde, mientras la conciencia abraza todo, esto es gozo, esto es vivir.

Eduardo en realidad no se puede quejar de mí. Es cierto que deseo que Cordelia se desengañe de él, que por su causa sienta disgusto del amor prosaico, y por tanto disgusto de superar sus límites, pero para esto conviene que Eduardo no sea ridículo, ya que en ese caso me sería de poca ayuda. Eduardo no sólo es, en el sentido burgués, lo que se llama un buen partido -lo que a los ojos de ella no quiere decir nada, pues una jovencita a los dieciséis años no se fija en esas cosas-, sino que él tiene también algunas y agradables cualidades personales, que yo intento ayudar a poner en primer plano de la forma más ventajosa. Lo mismo que un maquillador, un decorateur, intento arreglarlo-lo mejor que puedo, según la posibilidad de mis manos; igual lo arreglo con plumas ajenas. Cuando nos dirigimos a casa de Cordelia, me resulta una experiencia singular caminar a su lado. Me parece casi que él sea mi hermano, mi hijo, y sin embargo es sólo mi amigo, mi compañero, mi rival. Nunca llegará a ser peligroso para mí. Pues cuanto más alto logre colocarlo, para cuando tenga que caer, más precisa será la conciencia que Cordelia tendrá de lo que ella detesta y más impetuoso el presentimiento de lo que ella ansía. Yo le ayudo a buscar lo acertado, le doy consejos, hago, en resumidas cuentas, lo que un amigo puede hacer por un amigo. Para poner más de relieve mi frialdad, casi me indigno con Eduardo. Lo pinto como un visionario. Entonces Eduardo no sabe salir adelante por sí solo, y así

me tengo que comportar empujándole hacia delante.

.Cordelia me odia y me teme. ¿Qué teme una jovencita? El espíritu. Porque el espíritu representa la negación de toda su existencia femenina. Una belleza masculina, un aspecto atractivo, etcétera son medios óptimos. Con éstos se pueden realizar varias conquistas, pero nunca una victoria total. ¿Por qué? Porque con ellos se establece una guerra en su mismo campo, y en su campo ella es la más fuerte. Con esos medios se puede hacer enrojecer a una jovencita, que baje los ojos, pero nunca se consigue provocarle esa ansiedad sofocante e indescriptible que hace interesante su belleza.

*Non formosus erat, sed eras facundus Ulixes
et tamen aequoreas torsit amore Deas⁷.*

Ahora cada uno debería conocer sus posibilidades. Pero lo que a menudo me turba es que los que tienen dotes naturales deben comportarse como aguafiestas. Habría que poder distinguir enseguida entre las jóvenes víctimas de un amor por otro, o mejor por sí mismas, en qué sentido han sido engañadas. El experto asesino mata siempre de una determinada forma y el policía avezado reconoce inmediatamente, tras examinar las heridas, al autor del delito. ¿Pero dónde están tales seductores sistemáticos, tales psicólogos? Seducir a una jovencita significa para la mayoría seducir a una jovencita, y basta; sin embargo, tras este pensamiento se parapeta toda una ciencia.

Como mujer, ella me odia; como mujer experta, me teme; como mujer inteligente, me ama. Ahora, por primera vez, he conseguido provocar en su alma este contraste. Mi altivez, mi arrogancia, mi frío desprecio, mi despiadada ironía la atraen, pero no hasta el punto de que ella desee amarme, no, no hay ningún síntoma de estos sentimientos en ella, y menos hacia mí. Ella quiere enfrentarse conmigo. Le atrae la arrogante independencia frente a los hombres, que es una libertad parecida a la del árabe en el desierto. Mi ironía y mi excentricidad neutralizan cualquier manifestación erótica. Es siempre expansiva conmigo, y si tiene alguna reserva es más bien intelectual que femenina. Está tan lejos de ver en mí a un amante que nuestra relación se ha convertido en la relación de dos mentes discretas. Me agarra de la mano, me aprieta, sonrío y me dedica cierta atención en el sentido griego de la palabra. Puesto que la ironía y el desprecio la han distraído demasiado, sigo el consejo de aquel verso antiguo: el caballero tire su manto purpúreo y pida a la bella doncella que se siente. Por otra parte, yo no tiro mi capa para sentarme con ella en los verdes prados, sino para desaparecer con ella en el espacio en alas del pensamiento. O no la llevo conmigo, sino que me agarro a un pensamiento, la saludo con la mano, le mando un beso en la punta de los dedos, me hago invisible para ella, apenas audible en el silbido de la palabra alada y, al revés que Jehová, mi voz cada vez se hace más tenue, ya que cuanto más hablo más alto me elevo. También ella quiere ahora seguirme, levantarse en pensamientos alados. Pero esto sólo dura un instante, pues un instante después me vuelvo frío y comedido.

⁷ "Ulises no era guapo, sino elocuente / por eso enredó a las ninfas marinas."

Hay varias clases de rubor femenino. Está el sonrojo vulgar. Está ése del que se valen los novelistas cuando hacen sonrojar über und über [totalmente] a sus heroínas. Está el rubor delicado, que es el clarear de la aurora en el cielo del espíritu. En una jovencita es inestimable. El rubor fugaz que acompaña a un pensamiento feliz es hermoso en el hombre, más hermoso en el adolescente y encantador en la mujer. Es el vislumbrar del relámpago, el centellear del espíritu. Es muy hermoso en el joven, encantador en la jovencita, ya que en él se muestra su virginidad y por tanto implica el pudor de la sorpresa. Cuanto más viejo se hace uno, más pronto desaparece este rubor.

A veces le leo a Cordelia cosas en voz alta, en general cosas intrascendentes. Eduardo, como de costumbre, tiene que sujetar la vela. En realidad, le he advertido que un óptimo sistema para establecer relaciones con una joven cita es prestarle libros. Pues, en efecto, él ha sacado partido, y ella se lo ha agradecido. Pero quien más gana con eso soy yo, porque yo selecciono los libros, aunque me quede a un lado. De esta forma tengo un amplio campo para mis observaciones. A Eduardo le puedo dar el libro que quiera, ya que la literatura no es su fuerte, puedo arriesgar cuanto quiera, incluso empujándolo hasta un precipicio. Luego, cuando me encuentro con ella por la tarde, cojo por casualidad el libro, lo hojeo, leo en voz baja, alabo a Eduardo por su elección. Ayer por la tarde quise, con un experimento, conocer la versatilidad de su ánimo. Estaba indeciso acerca de si Eduardo debía prestarle la lírica de Schiller, para luego, por casualidad, haber podido abrirlo por el canto de Tecla y recitarlo, o la lírica de Burger. Me decidí por esta última, pues Leonora es algo exaltado, aunque de notable belleza. Abrí el libro por Leonora y leí esa balada en voz alta con la mayor pasión posible. Cordelia se quedó conmovida, cosía con tanta prisa febril, que parecía que Guillermo había venido a llevársela a ella. Me callé, la tía estaba sentada escuchando, sin interesarse mucho; ella no se conmueve ni por los Guillemos vivos ni por los muertos, y además no domina el alemán. En cambio, se encontró como pez en el agua cuando le enseñé el volumen perfectamente encuadernado y me puse a hablar del arte del encuadernador. Mi intención era ahogar en Cordelia la emoción de lo patético en el mismo instante en que se la había suscitado. Ella se quedó algo angustiada, pero me resultó evidente que esta angustia obraba en ella no de forma tentadora, sino unheimlich [siniestra].

Hoy, por primera vez, mi mirada se posó un buen rato en ella. Es necesario que el sueño haga los párpados tan pesados que tengan que cerrarse; puede que mi mirada tenga tal poder. Se le cierran los ojos, pero oscuras fuerzas se agitan en ella. Ella no ve que yo la estoy mirando: lo siente, lo advierte en todo su cuerpo. Los ojos se le cierran y es de noche, pero en su interior es pleno día.

Hay que desembarazarse de Eduardo. Está llevando las cosas muy lejos, y debo esperar que de un momento a otro otro le haga una declaración. Nadie, por otra parte, puede saberlo mejor que yo, que soy su confidente y que lo mantengo en esta situación para que él pueda obrar en favor mío respecto a Cordelia. Sin embargo, permitir que le confiese su amor es demasiado arriesgado. No me cabe la menor duda de que recibiría un rechazo, pero con esto no terminaría la historia. Él seguiría insistiendo, y esto podría conmover y hacer dudar a Cordelia. En ese caso, aunque yo no deba temer lo peor, al tener ella que repetir su rechazo, probablemente la arrogancia de su alma quedaría herida

por un sentimiento de simple compasión. Si esto tuviese lugar, todos mis planes respecto a Eduardo fracasarían rotundamente.

Mis relaciones con Cordelia empiezan a tomar un cariz dramático. Va a suceder algo, y sea lo que sea yo no puedo recitar el papel de un simple espectador, sin dejarme escapar el momento preciso. Es necesario que la coja de sorpresa; pero hay que sorprenderla, tengo que asumir mi papel. Lo que normalmente sorprende a alguien, podría no sorprenderla a ella. Si tiene que sorprenderse, conviene que desde el primer momento aparezca un acontecimiento corriente como causa de esta sorpresa. Después debe parecer que algo sorprendente está implícito en esto. Efectivamente ésta es la ley constante de lo interesante, y por tanto es la ley que debe guiar todos mis movimientos respecto a Cordelia. Sólo si se consigue despertar sorpresa se gana la partida; de esta forma, por un instante se priva a la víctima de su energía haciéndole imposible la reacción, ya se valga uno de lo insólito o de lo habitual. Recuerdo aún con cierta satisfacción una intentona tan desfachatada como atrevida con una dama de una familia distinguida. Durante un tiempo había revoloteado a su alrededor furtivamente para encontrar una forma interesante de acercarme a ella, y una mañana a mediodía me la encontré en la calle. Estaba seguro de que no me conocía ni sabía que vivía en la misma ciudad. Estaba sola. Pasé de refilón al lado de ella, mientras ella seguía por la calle. En ese momento le dirigí una mirada triste, y creo que incluso tenía lágrimas en los ojos. Me quité el sombrero. Ella se paró. Con voz conmovida y mirada suplicante dije: "No se enfade, ilustre señorita. El parecido entre sus rasgos y los de una criatura que yo amo, pero que por desgracia vive lejos de mí, son tan impresionantes que os ruego me perdonéis este extraño comportamiento". Ella creyó que yo fuese un visionario, pero cierto fanatismo excita siempre a una jovencita, sobre todo cuando se da cuenta al mismo tiempo de su superioridad y se ríe de esa circunstancia. Y ella se sonrió, lo que le dio un candor indescriptible. Me saludó con una cortesía condescendiente y sonrió. Siguió luego por su camino, y yo la seguí de cerca, a casi dos pasos de distancia. Días más tarde la volví a encontrar y me permití saludarla. Ella me sonrió... La paciencia es una virtud preciosa, y quien ríe el último ríe mejor.

Se podrían imaginar varios sistemas para sorprender a Cordelia. Podría intentar desencadenar una tempestad erótica y arrancar los árboles con raíces y todo. Y mediante ésta podría intentar, si fuera posible, levantarla del suelo, alejarla de su adhesión a la realidad, intentando, en esta turbación, resaltar con medios secretos su pasión. Y no habría muchas dificultades para hacerlo. Mediante su pasión se puede empujar a una jovencita a la meta prefijada. Sin embargo sería estéticamente un error. No me gusta el estado de desmayo, pues es una condición sólo recomendable cuando se tiene delante a una jovencita que únicamente en ese estado podría conseguir un relámpago de poesía. Pero, por lo demás, el verdadero gozo se pierde con facilidad, ya que tanta confusión termina perjudicando. Y no tendría ningún efecto para ella. Podría beberme de un par de tragos lo que, por el contrario, con el tiempo podría gozarme en paz, y lo que es aún peor, con la conciencia de que podría haber conseguido un mayor y mejor placer. No, a Cordelia no hay que gozarla en la exaltación. Quizá, en un primer momento, un comportamiento mío en este sentido suscitaría sorpresa, pero pronto se saciaría, porque esta sorpresa a menudo ha arrasado su alma Noble.

Un noviazgo en toda regla es el mejor sistema de todos, lo más conforme a su fin. Quizá ella no daría crédito a sus oídos si me oyera hacer una prosaica declaración de

amor, ítem si pidiese su mano, mucho menos si oyera mi encendida elocuencia y, bebiendo el embriagador veneno, oyese cómo late su corazón al pensar en un rapto.

El lado execrable de un noviazgo es el lado ético. La ética es tan aburrida en la ciencia como en la vida. ¡Qué contraste! Bajo el cielo de la estética todo es fácil, hermoso, alado; pero, cuando entra la ética, todo se convierte entonces en adusto, triste, infinitamente aburrido. Sin embargo, un noviazgo no implica una realidad ética en sentido estricto como un matrimonio, tiene su validez *ex consensu gentium*. Esta ambigüedad puede serme muy útil. El lado ético del noviazgo es suficiente para que Cordelia, en el momento preciso, tenga la impresión de que ha superado los límites de lo ordinario. Y por otra parte este lado ético no es tan grave que pueda temer una sacudida más peligrosa. Yo he tenido siempre un cierto respeto por la ética. Jamás he hecho promesa de matrimonio a una jovencita, ni en momentos de debilidad, y, aunque pueda parecer que en este momento lo voy a hacer, es sólo una superficialidad. Lo haré de tal forma que ella misma desate mi compromiso. Mi orgulloso instinto caballeresco desprecia hacer promesas. Tengo como afrenta que un juez, con la promesa de libertad, empuje a confesar a un culpable. Tal juez renuncia a su fuerza y a su dignidad. En la práctica hay que tener en cuenta la norma de que yo no deseo nada que, en el más estricto sentido, no me sea dado libremente. ¡Pues estos sistemas los utilizan los seductores de tres al cuarto! ¿Y qué sacan? Por otra parte, quien no es capaz de cercar a una jovencita para que pierda de vista todo lo que se pretende que ella no vea, quien no consigue adueñarse del alma de una jovencita para que conceda todo lo que quiere según su deseo, es y seguirá siendo un chapucero. No le envidiaré yo sus placeres. Chapucero es y sigue siendo un seductor así, un hombre así; y esto no se puede decir de mí en ningún sentido. Yo soy un esteta, un erótico, alguien que ha comprendido la esencia y la importancia del amor, y lo conoce profundamente. Y al mismo tiempo tengo mis opiniones sobre el particular, como que toda novela de amor tiene que durar un máximo de medio año, y que toda relación tiene que acabar una vez que se haya gozado a fondo. Todo esto lo sé, y sé también que el mayor gozo que uno puede imaginar es el de ser amado, amado sobre todas las cosas del mundo. Adueñarse del alma de una jovencita es un arte, pero quedar libre es un obra maestra, aunque esto último depende esencialmente de la primera.

Habría otra forma posible. Podría disponer todo para que estableciera un noviazgo con Eduardo. Me convertiría así en el amigo de la familia. Eduardo tendría una confianza absoluta en mí, ya que estaría obligado por su suerte. Entonces tendría que acostumbrarme a pasar más de incógnito. Pero no me conviene. Ella no podría establecer un noviazgo con Eduardo, sin desacreditarse. Entonces se conseguiría que mi relación con ella se convirtiera en excitante más que en interesante. El infinito prosaísmo en el que se apoya un noviazgo es, lo interesante, como una caja armónica.

Todo se hace más significativo en casa de los Wahl. Se nota claramente que, bajo las formas habituales, se mueve una vida escondida, que pronto tendrá que encontrar una manifestación exterior. La casa de los Wahl se prepara para un noviazgo. Quizá un observador superficial podría suponer que la pareja fuésemos yo y la tía. ¿Cómo se podría evitar, en ese caso, que la descendencia nacida de ese matrimonio no se dedicara a difundir la ciencia agronómica? Y así me convertiría en el tío de Cordelia. Soy partidario de la libertad de pensamiento, y sin embargo ningún pensamiento me resulta tan absurdo, pues no tengo el coraje de detenerme en él. Cordelia tiene miedo de una declaración por parte de Eduardo, y Eduardo confía en que una declaración salde todas las cuentas. Él

puede estar seguro de esto. Mientras tanto, para evitar las desagradables consecuencias de un paso así, intentaré prevenirlo. Espero despacharlo rápidamente, ya que me resulta un estorbo. Me he dado cuenta de esto hoy. No parece tan fanático, tan ebrio de amor, que pueda uno tener miedo de que se dedique a dar vueltas por la ciudad confesando su amor, aunque sea objetivamente tan reservado que no se atreva siquiera a acercarse a Cordelia. Hoy no le he quitado los ojos de encima. Igual que un elefante agarra algo con la trompa, así lo agarré con mis ojos, me lo eché a las espaldas. Aunque él haya caído sentado, creo, sin embargo, que él ha advertido un temblor en todo el cuerpo.

Cordelia ya no está tan segura de mí como hasta ahora. Antes se me acercaba siempre con una seguridad femenina, ahora duda bastante. Esto, por otra parte, no tiene mucha importancia y no me resultaría difícil poner cada cosa en su antiguo sitio. Pero no quiero. Pocas exploraciones más, y después el noviazgo. No deberían surgir dificultades. Para su sorpresa Cordelia dirá que sí, y la tía un Amén de corazón. No cabrá en sí de satisfacción por la alegría de tener un yerno agrónomo. ¡Yerno! ¡Todo se enmaraña como enredadera cuando se arriesga en este campo! Realmente, en ese caso, no me convertiría en su yerno, sino sólo en su sobrino, o mejor, volente deo [si Dios quiere], ni en una cosa ni en otra.

Hoy he recogido el fruto de un rumor que puse en circulación, o sea, que estaba enamorado de una joven. Con ayuda de Eduardo ha llegado a oídos de Cordelia. Tiene ganas de noticias, no me quita ojo y mientras tanto no osa hacerme preguntas; sin embargo, no le resulta indiferente tener certeza, en parte porque le parece increíble, en parte porque vería en esto un precedente para ella misma: si un denigrador tan frío como yo puede enamorarse, también ella podría hacerlo sin tener que avergonzarse. Estoy convencido de ser el hombre adecuado para contar una historia de forma que su desenlace tenga éxito y no llegue demasiado pronto. Mantener in suspenso a los que escuchan mi historia, asegurarme, con pequeñas desviaciones episódicas, el desenlace que ellos quieren que tenga, engañarlos con los avatares de la narración es mi satisfacción. Mantener el relato en una línea ambigua, de forma que los oyentes entiendan sólo una parte de cuanto se dice y luego, de repente, adviertan que las palabras podían ser interpretadas en un sentido completamente distinto, en esto está mi arte. Cuando se quiere tener la ocasión de colocar sus observaciones en un determinado sentido, hay que hacer un discurso. En una conversación, el que lleva la voz cantante puede sacarte mejor, o con preguntas y respuestas esconder mejor, la impresión que producen las palabras. Empecé mi discurso dirigido a la tía con solemne seriedad. "Debo atribuirlo a la benevolencia de los amigos o a la perversidad de los enemigos, y ¿quién no tiene demasiados de unos y de otros?" Entonces la tía hizo una observación que intenté por todos los medios aclarar para mantener la tensión de Cordelia, que estaba escuchando, una tensión que yo no quería aflojar, aunque hablase con la tía con voz solemne. "¿O tengo que atribuirlo a la casualidad, a la generatio aequivoca de un chismorreo (Cordelia, está claro, no entendió estas palabras, la confundieron, sobre todo porque yo las pronuncié con exagerado énfasis y asumí una expresión de astucia, como si el punto estuviera en esto) el hecho de que yo, que tengo la costumbre de vivir aislado del mundo, haya sido hoy objeto de chismes que dicen que tengo novia?" Cordelia, resultaba muy claro, deseaba una explicación; proseguí: "Mis amigos, pues siempre se ha considerado una gran felicidad estar enamorado (ella se sobresaltó), mis enemigos, pues, si hubiera tenido esa suerte, siempre se la considera ridícula (agitación en sentido contrario), o la casualidad, ya que no hay el

menor fundamento; o la generatio aequivoca de un chismorreio, ya que todo esto puede haber partido de las desconsideradas elucubraciones de una cabeza hueca". La tía se apresuró, con curiosidad femenina, a hacer preguntas: quién era esa mujer, quién tenía el gusto de ser mi novia. Todas las preguntas en ese sentido fueron rechazadas. Creo que toda esta historia le causó tanta impresión a Cordelia, que las acciones de Eduardo subieron un par de puntos.

Se acerca el momento decisivo. Podría dirigirme a la tía, pidiéndole por escrito la mano de Cordelia. Es la praxis normal en los asuntos del corazón, como si fuera más natural al corazón escribir que hablar. Lo que me decidiría a escogerla es lo que de filisteo tiene esta praxis. Por otra parte, si la adoptase, faltaría el factor sorpresa, y yo no puedo renunciar a eso. Si tuviese un amigo, éste quizá me diría: ¿Has reflexionado bastante sobre el paso tan importante que vas a dar, paso tan decisivo para toda tu vida futura como para la felicidad de otro? Es la ventaja de tener un amigo. Yo no tengo ningún amigo; no sé precisar si esto es una ventaja, aunque retengo para mí que es una ventaja estar libre de sus consejos. Por otra parte, yo he examinado, en el sentido más riguroso de la palabra, realmente a fondo esta cuestión.

Por mi parte no hay nada que me impida un noviazgo. ¡Me voy a convertir en osito de peluche, pensará alguien! Pronto mi mísera persona será apreciada con miras más altas. Acabo de dejar de ser hombre para convertirme... en un partido, en un buen partido, como dice la tía. Y me disgusta sobre todo por la tía, pues ella me ama con un amor tan puro y tan genuinamente agrónomo que, como su ideal, casi me adora.

Es verdad que en mi vida he hecho muchas declaraciones de amor, sin embargo toda mi experiencia no me ha servido para mucho en el caso presente, ya que tengo que hacer esta declaración de una forma particular. Lo que en realidad tiene que preocuparme es que todo está basado en las apariencias. He hecho pruebas para ver en qué dirección se podría seguir adelante con mayores ventajas. Sería muy difícil dar al momento un tono erótico, porque esto significaría anticipar lo que vendrá más tarde, lo que se tiene que explicar después; darle un tono serio es peligroso, pues para una jovencita este momento es tan importante que toda su alma puede depender de esto, como para el moribundo expresar sus últimas voluntades; darle un tono irreflexivo, medio cómico, no se adecuaría con la máscara que hasta ahora he utilizado, y tampoco con la nueva que quiero ponerme; un tono agudo e irónico sería muy peligroso. Si para mí, como, en general, para otros en estas ocasiones, el fin principal fuese arrancar el pequeño "sí", podría decir que ya tengo un pie en la estafa. Es verdad que esto es importante para mí, pero no tiene una importancia absoluta, pues aunque haya decidido escoger a esta jovencita, aunque haya puesto en ella mucha atención -¡todo mi interés!-, habría aún condiciones por las que yo no aceptaría su "sí". Yo no deseo poseer a una jovencita en sentido completamente externo, sino gozarla artísticamente. Por este motivo el inicio tiene que ser lo más artístico posible. El inicio tiene que ser lo más indeterminado posible, tiene que estar abierto a cualquier desarrollo. Si ella ve inmediatamente en mí a un mentiroso, me habrá malentendido, porque no soy un vulgar mentiroso; si ve en mí a un amante ideal, también me habrá malentendido. Esto es debido al hecho de que su alma, ante tal acontecimiento, tiene que estar lo menos determinada posible. En ese momento, el alma de una jovencita tiene la misma sensibilidad poética que un moribundo. Y hay que evitar esto. ¡Mi querida

Cordelia! Yo te engaño por algo hermoso, y no puede ser de otra forma, por lo que intentaré compensarte lo mejor que pueda. Hay que dar al acontecimiento, en la medida de lo posible, poca importancia, de forma que ella, una vez que haya dicho su "sí", no esté en grado de aclarar lo más mínimo que tenga que esconder a mi vista. Esta infinita posibilidad es realmente lo interesante. Si ella está en grado de prever algo, el error habrá sido mío y nuestra relación perderá el significado. Es poco probable que ella vaya a decir sí porque me ama, ya que en realidad no me ama. Sería mejor que consiguiese transformar el matrimonio de negocio en aventura, de algo que ella hace en algo que le pasa, por lo que ella tenga que decir: ¡sólo Dios sabe cómo ha sucedido!

31 de julio

Hoy he escrito una carta de amor por encargo de otro. Esto me produce siempre un gran placer. En primer lugar, me resulta siempre interesante tomar parte viva en una situación, aunque se tengan todas las comodidades posibles.

Lleno la pipa, escucho los detalles, me enseñan las cartas. Me resulta siempre interesante estudiar cómo escribe una jovencita. El otro, sentado allí, como una rata enamorada, lee las cartas de ella en voz alta, interrumpido por mis lacónicas observaciones: ella escribe bastante bien, tiene sentimiento, gusto, discreción, seguro que ya ha amado antes, y así sucesivamente. En segundo lugar: estoy haciendo una buena acción. Ayudo a una pareja de jóvenes a amarse, y luego echo cuentas. Por cada pareja que hago feliz, busco una víctima para mí; hago a dos personas felices, y al máximo sólo a una infeliz. Soy honesto y sincero, nunca he engañado a nadie que se haya fiado de mí. Es verdad que siempre hay algún apañío, pero, por otra parte, es una incumbencia legal. ¿Por qué gozo de esta confianza? Pues porque sé latín y me preocupo de mis estudios, y me guardo para mí las pequeñas historias. ¿No merezco esta confianza? Jamás abusé de ella.

2 de agosto

Ha llegado la hora. Vi de lejos a la tía por la calle, y así supe que no estaba en casa. Eduardo estaba en la Aduana. Se daban todas las probabilidades para que Cordelia estuviera sola en casa. Y efectivamente estaba sola. Sentada a su mesita de bordar, metida en su trabajo. Raramente iba a hacer visitas por la mañana a la familia, por lo que, al verme, se quedó un poco desconcertada. La situación estaba a punto de saltar. Y la culpa no hubiese sido suya, ya que ella se recobró en seguida, sino mía, pues, aunque me sintiese acorazado, ella suscitó en mí una impresión bastante violenta. ¡Qué encantadora estaba con ese vestidito de casa de rayas azules, con una rosa recién cortada en el pecho... con una rosa recién cortada! ¡La jovencita parecía una rosa recién cortada! ¡Tan fresca, apenas abierta! ¡Quién sabe, por otra parte, dónde va errando una jovencita por la noche! Yo pienso que al reino de las ilusiones, pero todas las mañanas ella vuelve trayendo su juvenil frescura. Su aspecto era tan virginal y al mismo tiempo tan maduro, que parecía

como si la naturaleza, semejante a una madre generosa y rica, por primera vez en ese momento la hubiese depuesto de sus propios brazos. Casi me pareció ser testigo de esa escena de adiós, como si viese a esa amorosa madre que una vez más, en señal de adiós, la abrazase, y casi la oyese decir: "Vete ahora al mundo, criatura mía. Recibe este beso como un sello en tus labios, un sello que guarde la castidad, que nadie pueda romper. Cuando llegue el hombre destinado a ti, te darás cuenta». Y puso un beso en sus labios, no un beso que se lleva algo, como un beso humano, sino un beso divino, que dona todo, que da a la jovencita el poder de los besos. ¡Admirable naturaleza, qué profunda y misteriosa eres, tú das al hombre la palabra, y a la jovencita la elocuencia del beso! Ella recibió este beso en los labios y uno de adiós en la frente, su mirada era alegre, ya que ella aparecía a la vez tan modesta, porque en realidad se sentía cómoda, y tan desconcertada, porque no conocía el mundo, sino sólo a su madre amorosa, que, invisible, la vigilaba. Era realmente encantadora, tan joven como una niña, y sin embargo adornada de la noble dignidad virginal que infunde respeto... Pero pronto me volví desapasionado y tomé un aire arrogante de estúpido, como corresponde cuando se pretende que algo muy importante suceda de tal forma que no signifique nada. Después de unas observaciones vagas me acerqué a ella y le hice mi pregunta. Es muy aburrido oír a un hombre que habla como un libro impreso, sin embargo hablar así a veces trae excelentes resultados. Un libro en realidad tiene la notable cualidad de poder ser interpretado como se quiera. Y esta cualidad también la adquiere el discurso del que habla como un libro. Yo me atuve bastante a los formularios habituales. Como me esperaba, ella se quedó sorprendida, no cabe la menor duda. Pero difícilmente podría describir su aspecto. Era vago, parecía más bien un comentario, no editado sino anunciado, a mi libro, un comentario susceptible de múltiples interpretaciones. Una palabra, y ella me habría sonreído. Una palabra, y ella se habría conmovido. Una palabra, y ella se habría ido. Pero ninguna palabra acudió a mis labios, me comporté solemnemente como un estúpido y me atuve irreprochablemente al ritual. -"Ella me conocía desde hacía tan poco tiempo!" -¡Dios mío, estas dificultades se encuentran sólo en la empinada cuesta que lleva al noviazgo, no en el sendero florido del amor!

¡Es raro! Cuando en los últimos días pensaba en el tema, era más bien optimista sobre el particular, seguro de que ella, sorprendida, habría dicho sí. Está claro que todos los preparativos no habían conseguido su efecto, ya que ella no dijo ni sí ni no, sino me mandó a la tía. Tendría que haberlo previsto. Sin embargo, tengo que estar satisfecho, pues éste era el mejor resultado.

No he tenido nunca la menor duda sobre el consentimiento de la tía. Cordelia siempre sigue sus consejos. En cuanto a mi noviazgo, no puedo presumir de que sea poético, es, bajo todos los aspectos, terriblemente prosaico y burgués. La jovencita no sabe si debe decir sí o no; si la tía dice sí, también la jovencita dice sí; yo tomo a la jovencita, ella me toma a mí, y así empieza la historia.

3 de agosto

Ya soy novio, y Cordelia también. Eso al menos se dice. Si tuviese una amiga a la que pudiese confiarse abiertamente, le diría: «No entiendo lo que significa todo esto. Él

tiene algo que me atrae, pero no tengo la menor idea de qué es. Él ejerce sobre mí una gran fascinación, pero en realidad no lo amo y quizá no consiga nunca amarlo; sin embargo podría aguantar vivir con él e incluso ser verdaderamente feliz, ya que en realidad no pretende mucho, sino que aguante vivir con él». Querida Cordelia, él quizá pretende mucho más, y a cambio exige menos constancia... El noviazgo es la más ridícula entre todas las cosas ridículas. El matrimonio, por lo menos, tiene un sentido, aunque ese sentido me resulte molesto. El noviazgo es pura invención del hombre y en realidad no hace ningún honor a su inventor. No es ni carne ni pescado, y es al Amor lo que el uniforme del bedel es a la cátedra del profesor. Pues ahora yo pertenezco a este noble grupo. Y tiene su importancia, ya que, como dice el brigada, para tener derecho a juzgar a los artistas basta con ser artista. ¿Un novio no es también un artista de harén?

Eduardo está rabioso. Se ha dejado crecer la barba y se ha quitado el traje oscuro, lo que supone mucho. Quiere hablar con Cordelia y descubrirle mi engaño. Sería una escena estremecedora. Eduardo, sin afeitarse, vestido de malas las trazas, que habla a voces con Cordelia. Espero que no me quite el puesto con esa barba. Intento en vano que se venga a razones, explicarle que la tía ha tomado este partido, y que quizá Cordelia tiene sentimientos para él, y que yo estaría dispuesto a retirarme si consigue él conquistarla. Por un instante él duda si tiene que cortarse la barba de otra forma, comprar un nuevo traje oscuro, pero instantes después me trata desconsideradamente. Hago todo lo posible para mantener buenas relaciones con él. Y, aunque esté enfadado conmigo, estoy convencido de que nunca dará un paso sin consultarlo previamente conmigo. No se olvida de lo que le he enseñado mientras he sido su mentor. ¿Por qué quitarle la última esperanza, por qué romper con él? Es una buena persona, y ¡quién sabe lo que puede pasar!

Lo que tengo que hacer ahora es, por una parte, disponer todo para poner en cuarentena el noviazgo, y así asegurarme un vínculo más bonito y significativo con Cordelia; por otra parte, utilizar lo mejor que pueda el tiempo para gozar de todo el encanto, de toda la amabilidad de la que le ha dotado la naturaleza, gozar de ella, pero con reserva y circunspección, para impedir que algo sea tomado antes de tiempo. Una vez que haya dispuesto todo de forma que ella haya aprendido qué significa amar y qué significa amarme, entonces el noviazgo, como forma imperfecta, se romperá, y ella me pertenecerá. Otros, cuando llegan a la conclusión de no tener otra perspectiva mejor que un matrimonio aburrido para toda la eternidad, se hacen novios. Así hacen otros.

Todo está aún en el statu quo anterior, pero ningún novio puede ser más feliz que yo, ningún avaro que haya encontrado un tesoro puede estar más contento. Me embriago pensando que ella está en mi poder. ¡Una pura, inocente femineidad, diáfana como el mar y como éste melancólica, sin la más mínima sospecha de amor! Ahora ella tiene que aprender el poder del amor. Como una hija de rey que desde una choza es llevada al trono de sus padres, también ella debe ser elevada a ese reino al que pertenece. Y yo promoveré esto. Una vez que haya aprendido a amar, aprenderá a amarme; una vez que haya resuelto la regla, se someterá al paradigma, que soy yo. Una vez que haya advertido toda su capacidad de amar, la utilizará para amarme, y cuando sienta que ha aprendido a amar por mí, me amará el doble. El pensamiento de mi felicidad me excita tanto que casi olvido

toda precaución.

Su alma no persigue vagas emociones de amor, ni se pierde en ellas, esas emociones que impiden a muchas jovencitas conseguir amar, diremos, con determinación, energía, rendición. En su conciencia éstas tienen una vaga imagen nebulosa, que tendría que ser el ideal con el que se mide el verdadero objeto del amor. Entre estos espíritus simples hay alguno al que se podría uno acercar sólo para vivir cristianamente la vida. Ahora, una vez que en su alma se despierte el amor, yo entro y lo separo de las otras voces de amor que hay en ella. Me entero de qué forma ha tomado en ella y me adecuó a la misma; y mientras estoy preocupado por esto, se extinguirá el amor en su corazón, y así aparentemente yo, de la forma más engañosa, me habré separado de ella: Una jovencita, después de todo, ama sólo una vez.

Cordelia ya me posee legítimamente, tengo el consentimiento de la tía y su bendición, las felicitaciones de los amigos y de los parientes; conviene que siga esta situación. Superados los inconvenientes de la lucha, ha empezado el bienestar de la paz. ¡Qué tontería! Como si la bendición de la tía y las felicitaciones de los amigos estuviesen en grado de hacer aún más profunda mi posesión de Cordelia; como si el amor exigiera esta antítesis entre tiempo de guerra y tiempo de paz, y no más bien, al principio, se anunciase durante la guerra; como si las armas no fueran distintas. Hay una diferencia si se ha luchado *cominus* [de cerca] o *eminus* [de lejos]. En una relación amorosa, cuanto más se ha luchado *eminus*, más dolorosas serán las consecuencias, ya que resulta más ineficaz el cuerpo a cuerpo. Al cuerpo a cuerpo pertenecen un apretón de manos, un toquecito en los pies, algo como un beso dado según las reglas y las recomendaciones de Ovidio, un abrazo. El que lucha *eminus*, en general, se preocupa sólo del botín, aunque, si fuera un artista, sabría utilizar las mismas armas con tal virtuosismo que consiguiera poco más o menos los mismos fines. Podría posar su mirada en una jovencita con ternura inconstante, lo que supone tocarla por casualidad; podría con su mirada estrecharla tan fuerte, como si la tuviese sujeta entre sus brazos. Y por esto, si se tiene que luchar durante mucho tiempo *eminus*, un error termina convirtiéndose en una desgracia, pues una batalla así es siempre y sólo una demostración de fuerzas y no un gozo. Cuando se lucha *cominus* todo adquiere, por primera vez, su verdadero significado. Cuando no hay batalla en el amor, quiere decir que se ha llegado al final. Yo, bien o mal, no he luchado *eminus*, y por esto ahora, no al final sino al principio, desenvaino las armas. Es cierto que ella es mía en el sentido estrictamente jurídico y medio-burgués, pero para mí esto no vale nada; yo tengo las ideas muy claras. Es verdad que ella es mi novia, pero, si de eso quisiera deducir que ella me ama, cometería un gran error, pues ella sobre todo no ama. Ella me posee legítimamente, pero de hecho yo no la poseo, como también podría poseer a una muchacha sin poseerla legítimamente.

*Auf heimlich erröthender Wange
Leuchtet des Herzens Glühen⁸*

⁸ "En el secreto rubor de la mejilla/ brilla el ardor del corazón."

Ella se sienta en el diván, junto a la mesita de té, yo en una silla al lado: Esta postura tiene algo de confidencial, pero también una compostura que mantiene las distancias. Mucho depende en general de la postura, al menos para quien tiene ojos para ver. El amor tiene muchas posturas, y ésta es la primera. Todo me embriaga en esta jovencita tan bien dotada por la naturaleza: sus formas puras y delicadas, su profunda y virginal inocencia, sus ojos claros. Le saludé al entrar. Ella ha salido al encuentro alegre, como de costumbre, pero algo rara, quizá insegura; el noviazgo sin duda ha debido cambiar algo nuestras relaciones. Ella no sabe en qué sentido; me ha dado la mano, pero no con su sonrisa habitual. Y este saludo yo lo intercambié con un ligero, casi imperceptible roce de mano; fui dulce y afable, aunque no apasionado... Ella se sienta en el diván, junto a la mesita de té, yo en una silla al lado. Una transfiguradora solemnidad nos embarga, una dulce aurora. Ella calla, nada rompe su silencio. Mi vista se arrastra lentamente hacia ella, no deseosa, pues entonces sería una insolencia. Un delicado y fugaz rubor, como una nube sobre un campo, se extiende por su rostro, aparece y desaparece. ¿Qué significa este rubor? ¿Es amor, deseo, esperanza, temor, ya que el rojo es el color del corazón? Nada. Ella se asombra, se admira..., pero no de mí, sería demasiado poco infundirle estos sentimientos. Ella se asombra, pero no de sí misma, sino en sí misma, ella se transforma en sí misma. Tal momento exige tranquilidad, por esto no debe ser interrumpido por ninguna reflexión, no debe ser turbado por ninguna alarma dictada por la pasión. Es como si yo no estuviese presente, aunque mi presencia sea condición de ese estupor contemplativo. Mi ser está en armonía con el suyo. En estos momentos se adora y se idolatra a una jovencita, como a una divinidad, callando.

¡Qué suerte tener la casa de mi tío! Si quisiera que un joven tomara manía al tabaco, le llevaría a uno de esos salones de fumar que hay en Regentsen; si deseo que una jovencita coja manía al noviazgo, basta que la lleve a esta casa. Así como a una cooperativa de sastres sólo van los sastres, aquí sólo vienen los novios. Hay una cuadrilla espantosa, cuando caes por allí, y no voy a reprochar a Cordelia si pronto se aburre. Cuando nos reunimos en masse, creo que somos unas diez parejas, exceptuando los batallones de auxiliares, que, en las grandes solemnidades, vienen a la capital. Entonces los novios gozamos plenamente de las alegrías del noviazgo. Me acerco con Cordelia a la plaza de las armas para infundirle desagrado por esos enamorados palpamientos, por las tonterías de estos artesanos del amor. Durante toda la velada se oyen unos ruidos continuos, como si alguien estuviese cazando moscas: son los besos de los enamorados. En esta casa se goza una libertina complacencia; no se esconde uno en los rincones -¡no!-, sino se sienta alrededor de una gran mesa redonda. Simulo tratar a Cordelia de la misma forma, pero tengo que hacer un gran esfuerzo. Sería realmente repugnante si me permitiera ultrajar así su profunda femineidad. Me haría a mí mismo, por esta falta, unos reproches más duros que si la traicionase. En general, puedo garantizar a todas las jovencitas que se fíen de mí un trato perfectamente estético, aunque después terminen engañadas. Pero también esto se contempla en mi Estética, ya que o la jovencita engaña al hombre o el hombre a la jovencita. Resultaría muy interesante hacer una pesquisa literaria por los cuentos, leyendas, mitos y canciones populares para determinar quién es

más infiel si una jovencita o un hombre.

No me duele el tiempo que empleo con Cordelia, aunque sea mucho. Cada encuentro requiere a menudo largos preparativos. Yo vivo con ella la mutación de su amor. Yo mismo estoy presente casi invisiblemente, aunque de forma visible esté sentado a su lado. Me comporto con ella como en una baile que deben bailar dos y en realidad baila sólo uno. Soy el otro bailarín, aunque invisible. Ella se mueve como en sueños, pero hay otro con el que ella baila, y ese otro, que mientras yo estoy visiblemente presente es invisible y cuando estoy invisiblemente presente es visible, soy yo. Los movimientos del baile requieren la presencia de otro; ella se inclina, le tiende la mano, escapa y vuelve a acercarse. Tomo su mano, completo su pensamiento, que es ya completo en sí mismo. Ella se mueve en la melodía de su alma, yo ofrezco sólo sus movimientos.

No soy apasionado, que valdría sólo para despertarla de su sueño; soy dúctil, flexible, impersonal, casi como un estado de ánimo.

¿De qué hablan normalmente los novios? Por lo que sé, las dos partes tratan de establecer aburridas relaciones entre las respectivas familias. ¡Qué suerte si el ímpetu erótico desaparece mientras tanto! Si no se entiende que se debe hacer un Absoluto del Amor, en relación con el cual debe desaparecer el resto, no habría que comprometerse a amar, aunque uno se case diez veces. Si tengo una tía que se llama Mariana, un tío que se llama Cristóbal, un padre mayor, etcétera, etcétera, todo esto no tiene nada que ver con los misterios del amor. Hasta nuestra vida pasada no cuenta nada. Y una joven, sobre el particular, no tiene mucho que decir; en caso contrario, vale la pena escucharla, no amarla. Yo personalmente no busco historias, ya tengo bastantes, busco lo inmediato. Es ley eterna del amor que las criaturas nacen la una para la otra sólo en el primer instante de amor.

Es necesario inspirarle algo de confianza, o mejor, alejarle las dudas. En realidad, no pertenezco al grupo de amantes que se aman por estima recíproca, se casan por estima recíproca, tienen hijos por estima recíproca; pero sé muy bien que el amor, sobre todo hasta que no se suscita la pasión, exige en el que es objeto del mismo que no empuje la estética contra la moral. En este sentido el amor tiene su dialéctica. Aunque mi modo de proceder con Eduardo es, desde el punto de vista moral, mucho más criticable que mi actitud con la tía, me resultaría más fácil justificar a Cordelia esto que aquello. Es verdad que ella no me lo ha preguntado, pero he pensado que sería mejor explicarle qué necesidad me empujó a obrar así. La cautela en la que me refugio halagará su orgullo, y el secretismo con el que me muevo llamará su atención. Podría parecer que haciendo esto traiciono una gran experiencia erótica, poniéndome en contradicción conmigo mismo, como si estuviera obligado a confesar que jamás antes he amado. Pero no tiene importancia, no tengo miedo de las contradicciones, a condición de que ella no se dé cuenta y yo consiga mi fin. Dejemos que los grandes polemistas se enorgullezcan de cómo salir de todas las contradicciones. La vida de una jovencita es demasiado rica para que no haya contradicciones en la misma, o sea, hace necesaria la contradicción.

Ella es arrogante y, a la vez, no tiene una idea exacta de su erotismo. Mientras tanto,

hasta cierto punto por una especial atención, parecería incluso probable que, una vez que lo erótico empiece a mostrar su valor, ella pueda tener la intención de descargar contra mí su arrogancia. De lo que he podido captar ella está insegura sobre el verdadero significado de la femineidad. Por esto resultó fácil soliviantar su orgullo contra Eduardo. Este orgullo era excéntrico, pues ella no tenía ni idea del amor. Cuando lo tenga, adquirirá su arrogancia; pero se le podrá aplicar un resto de esa excentricidad. Podría suceder que entonces ella se vuelva contra mí. Aunque no se arrepienta de haber dado su consentimiento al noviazgo, posiblemente vea que yo lo he aceptado como un asunto mediocre, vea que por su parte no ha dado un primer paso. Cuando se dé cuenta, intentará atacarme. Y tiene que ser así. Entonces habré acertado en la profundidad de su persuasión.

Perfectamente. Desde la calle, de lejos, veo la graciosa y rizada cabecita que se asoma a la ventana. Hace tres días que la estoy observando... Una jovencita no se asoma a la ventana sin un fin, ella tendrá sus razones... ¡Os ruego, por amor del cielo, que no os asoméis tanto! Por vuestra postura, apuesto que estáis encima de una silla. Pensad qué horror si os caéis encima de la cabeza, no encima de la mía, no, pues estoy bien lejos, sino encima de él, él, porque tiene que haber un él... Pero, ¿qué veo? A lo lejos, por el centro de la calle, viene el pastor Hansen, mi amigo. Hay algo raro en su caminar, se mueve de una forma extraña, veo que viene sobre las alas del deseo. ¿Lo vais a recibir en vuestra casa, a mis espaldas?... Querida señorita, habéis desaparecido; pienso que habéis bajado a abrir la puerta para recibirlo... Pero volved, él no va a vuestra casa... ¿Cómo puedo afirmarlo? Puedo aseguraras... él mismo me lo ha dicho. Si ese carruaje que ha pasado no hubiese hecho un ruido tan ensordecedor, lo habrías podido oír. Le dije, casi en passant: ¿Vas allí? Y me contestó con una sola palabra: No... O sea, que le podéis decir adiós, pues ahora el pastor y yo iremos de paseo juntos. Él está en una situación embarazosa, y la gente así suele ser muy locuaz. Ahora hablaré con él del cargo de pastor al que aspira... Adiós, querida señorita; vamos a dar un paseo hasta la Aduana. Cuando hayamos llegado allí, le diré: Ha sido muy inoportuno por tu parte alejarme de mi camino; yo tengo que ir hacia la Oestergade... Ya estamos de vuelta. ¡Qué fidelidad! Ella está aún en la ventana. Una jovencita como ella debe hacer feliz a un hombre... ¿Os preguntáis por qué hago todo esto? ¿Soy tal vez un hombre despreciable, cuyo placer consiste en reírse de los demás? Nada de eso. Lo hago en atención a vos, amable señorita. En primer lugar: habéis esperado al pastor, lo habéis deseado ardientemente, así que os parecerá doblemente adorable ahora que vuelve. En segundo lugar: una vez que el pastor haya cruzado la puerta, dirá: »¡Casi nos traicionamos! Si ese maldito no hubiera estado cerca de la puerta, habría venido mucho antes a haceros una visita. Pero he sido prudente, me puse a hablar un buen rato sobre el cargo al que aspiro, de arriba abajo, hasta llevarlo a la Aduana. Juraría que no se ha dado cuenta de nada«. ¿Y con esto? Con esto amaréis a vuestro pastor mucho más que antes, ya que siempre le habéis atribuido un ingenio notable, pero que también era prudente... Bien, pues ya lo veis. Y me tendríais que dar las gracias a mí de esto... Me acuerdo de una cosa. Su noviazgo no ha debido ser anunciado oficialmente, ya que me habría enterado. La jovencita es guapa y atractiva, pero es joven. Quizá no está aún intelectualmente madura. No sería de extrañar que se disponga a dar un paso tan importante de forma irreflexiva. Hay que impedirlo, tengo que hablar con ella. Es una obligación que tengo con ella, porque es una jovencita muy amable. Es una obli-

gación que tengo con el pastor, porque es mi amigo; así como también mi obligación con ella, porque es la prometida de mi amigo. Es mi obligación con la familia, porque es una familia muy respetable. Es mi obligación con toda la humanidad, ya que se trata de una buena obra. ¡Toda la humanidad! Pensamiento digno, noble intención, obrar en nombre de toda la humanidad, poseer un poder tan amplio... ¡Y ahora a casa de Cordelia! Puedo siempre apoyarme en este estado de ánimo, ya que la dulce pasión de la jovencita me ha conmovido.

Ahora empieza la primera guerra con Cordelia, durante la cual yo huyo, y, cuando me persiga, le enseñaré a vivir. Yo me retiro huyendo, ofreciéndole con este movimiento hacia atrás la posibilidad de agarrar todas las potencias del amor, sus pensamientos, sus pasiones, qué anhela el fogoso y cuál es la esperanza y sus impacientes esperas. Mientras yo finjo de esta forma ante ella, todo se desarrolla en ella como consecuencia. La empujo a una marcha triunfal, y yo mismo canto con ditirambos sus victorias y, al mismo tiempo, le enseño el camino. Ella tendrá el coraje de creer en el amor y en su eterna potencia y, al ver mis movimientos, se percatará del dominio del amor sobre ella. Ella creerá en mí, en parte porque yo atesoro mi arte, en parte porque la verdad inspira siempre todas mis acciones. Si no fuera así, ella no creería en mí. Con cada movimiento mío crecerá cada vez más su fuerza: el amor se despertará en su alma y quedará consagrada como mujer... Hasta ahora yo no he cortejado a Cordelia, como burguésmente se dice; lo hago ahora haciéndola libre, pues sólo así quiero amarla. Ella no debe sospechar sentirse obligada, pues así adquiere confianza en sí misma. Y cuando se sienta libre, tan libre que esté tentada en romper nuestra relación, habrá comenzado la segunda batalla. Entonces ella tendrá fuerza y pasión, y la batalla adquirirá importancia para mí, a pesar de las consecuencias inmediatas. ¿El orgullo le producirá tales vértigos que quiera romper nuestra relación? Pues bien, que se tome su libertad. Sin embargo me pertenecerá siempre a mí. Es una estupidez que el noviazgo la ate a mí, sólo quiero poseerla en la libertad. Pues que me abandone, la segunda batalla va a empezar, y en esta segunda batalla venceré yo, así como fue una ilusión que ella haya vencido en la primera. Cuanto más aumenta su fuerza más crece mi interés. La primera es una guerra de liberación, es una mentira; la segunda es una guerra de conquista, y es guerra a vida o a muerte.

¿Amo a Cordelia? ¡Sí! ¿Con toda sinceridad? ¡Sí! ¿Lealmente? Sí, en sentido estético, y esto quiere decir algo. ¿Qué satisfacción habría conseguido esta jovencita en caso de caer en brazos de un marido fiel? ¿Qué habría sido de ella? Nada. Se dice que en el mundo se necesita algo más que lealtad para vivir; yo diría que se necesita algo más que lealtad para amar a esa jovencita. Ese algo más lo tengo yo: es la falsedad. Y sin embargo yo la amo lealmente. Con seriedad y moderación me vigilo para que todo lo que hay en ella, toda su rica y divina naturaleza pueda salir a la luz. Yo soy uno de los pocos que puede conseguirlo; ella es una de las pocas que se lo merece. ¿No estamos, por esto mismo, hechos el uno para la otra?

¿Es culpa mía que, en lugar de mirar al pastor, mi vista se fije en el pañuelo bordado que tenéis en la mano? ¿Y es culpa vuestra tenerlo así?... En una esquina está bordado un nombre... ¿Os llamáis Carlota Hahn? Es muy excitante llegar a conocer de forma tan casual el nombre de una dama. Podría parecer que un espíritu amable haya sido el que misteriosamente me hizo conocerlos... ¿O no es una casualidad que el pañuelo estuviera doblado así para que yo pudiera leer el nombre?... Estáis conmovida, os secáis una

lágrima... El pañuelo se ha caído, abandonado. Os molesta que yo os mire a vos y no al pastor. Miráis el pañuelo y os dais cuenta de que ha traicionado vuestro nombre... Pero es un hecho absolutamente inocente, pues se admite que se puede conocer el nombre de una jovencita... ¿Por qué tiene que pagar el pañuelo las consecuencias, por qué tiene que ser enrebutado? ¿Por qué montáis en cólera conmigo? Oíd lo que dice el pastor: "No se debe inducir al prójimo a la tentación. Incluso quien lo hace sin ser consciente es también responsable, también él está en pecado con los demás, y sólo puede pagarlo acrecentando su buena voluntad..." Ahora él ha dicho Amen, y fuera de la iglesia podríais desplegar el pañuelo al viento... ¿u os angustiáis por mí? ¿He sido más osado de cuanto podáis perdonar, más de cuanto osaríais pensar... para luego perdonar?

Respecto a Cordelia tengo que desarrollar un doble movimiento. Si sigo huyendo ante su superioridad, podría darse el caso de que se disuelva lo erótico en ella y se extienda demasiado, para que se pueda hipostasiar una femineidad más profunda. Entonces ella, una vez iniciada la segunda guerra, ya no estaría en grado de oponer resistencia. Ella se duerme en los laureles, y es conveniente que lo haga; pero, por otra parte, es conveniente que se la despierte continuamente. En el mismo instante en que parezca que se le escapa la victoria se agarrará a ella con fuerza. En esta lucha va madurando su femineidad. No podría servirme de las palabras para infamarla, ni de las cartas para congelarla, ni hacer al revés. Sin embargo, prefiero las últimas. Entonces yo gozaré de sus instantes más maravillosos. Cuando haya recibido una epístola, cuando el dulce veneno de ésta le haya penetrado en la sangre, una palabra será suficiente para que explote el amor. Un instante después la ironía, como brizna helada, la hará dubitativa, pero no hasta tal punto que cuando reciba la siguiente epístola no siga sintiendo su victoria, y la sienta acrecentada. La ironía no se presta muy bien para las cartas, sin que se corra el peligro de que ella no la entienda. Como tampoco el éxtasis se presta normalmente a un coloquio. Sólo mi presencia impedirá el éxtasis. Sólo, cuando estoy presente por carta, ella puede fácilmente soportarme, confundiéndome hasta cierto punto con el ser universal que vive en su amor. En una carta además se puede tener una mayor libertad de movimientos, por carta yo puedo echarme a sus pies y cosas así, algo que resultaría grotesco si lo hiciese en persona, pues se perdería toda la ilusión. La contradicción de este comportamiento despertará en ella, reforzándolo y consolidándolo, el amor. En una palabra, la tentará.

En principio estas epístolas no tienen que tener un matiz muy erótico. Es mejor que éstas, al principio, tengan un marchamo más universal, que contengan una simple insinuación, que levanten una pequeña duda. En su momento se pueden insinuar las ventajas que suponen para el noviazgo poder con mistificaciones, tener a la gente a raya. Por otra parte, no le faltarán ocasiones para darse cuenta de las imperfecciones que también supone. Sobre este particular, la casa de mi tío ofrece un óptimo cuadro caricaturesco, del que me puedo valer. Sin ninguna ayuda, ella no puede evocar la eroticidad íntima. Si yo se lo niego y dejo que la atormenten los grotescos ejemplos de la casa de mi tío, entonces sentirá fastidio de ser novia, sin que propiamente pueda decir que yo le sugiero este fastidio.

Una corta epístola, que hoy le enviaré, describiendo mis estados de ánimo, de hecho se referirá a sus estados de ánimo. Es el método adecuado, algo que nunca falla. Esto tengo que agradeceróslo a vosotras, queridas jovencitas, a quienes he amado

anteriormente. Os estoy agradecido de que mi alma esté tan amaestrada, si puedo ser lo que deseo a los ojos de Cordelia. Os recuerdo con agradecimiento, os debo este honor. Yo siempre sostendré que una jovencita es una maestra nata, de la que se aprende al menos la forma de engañarla, ya que nadie mejor que las mismas jovencitas nos lo pueden enseñar. Cualquiera sea la edad a que llegue, jamás olvidaré que para un hombre todo habrá acabado cuando se haya hecho tan viejo que no pueda aprender nada de una jovencita.

Cordelia mía:

Dices que no me habías imaginado así, tampoco yo había imaginado que hubiera podido llegar a ser así. ¿Está el cambio en ti -pues en realidad se puede pensar que yo no he cambiado, sino han cambiado los ojos con que me miras o está el cambio en mí? Está en mí, porque te amo; está en ti, porque eres tú a la que amo. A la luz fría y tranquila de la razón, yo miraba todo, arrogante e inmóvil, y nada me producía miedo, no me extrañaba de nada; aunque a mi puerta hubieran llamado los espíritus, con tranquilidad habría cogido el candelabro y habría salido a abrir. Pero no quitaré el cerrojo a los fantasmas, ni a pálidas y exangües sombras, sino a ti, Cordelia mía, Vida y juventud, Salud y Belleza se para ron delante. Tiembla mi brazo, yo no puedo sostener la luz con firmeza; huyo ante ti, y no puedo hacer a menos de clavar mi mirada en ti, de no desear más que poder sostener la luz con firmeza. Estoy cambiado, ¿pero por qué, cómo, en qué he cambiado? No lo sé, yo no conozco otra definición más precisa que añadir, predicado más rico que utilizar, mientras repito enigmáticamente y hasta el infinito: estoy cambiado.

Tu Juan

Cordelia mía:

El amor ama el misterio: un noviazgo es una revelación; el amor ama el silencio: un noviazgo es un bando; el amor ama el bisbiseo: un noviazgo es una ensordecedora divulgación. Sin embargo, un noviazgo, con el arte de mi Cordelia, será el medio excelente para engañar a los enemigos. En una noche oscura, nada es más peligroso para las otras barcas que poner una linterna, pues engaña aún más que las tinieblas.

Tu Juan

Ella está sentada en el diván, junto a la mesa de té, yo estoy sentado al lado; su brazo me envuelve, su cabeza, grave por muchos pensamientos, se apoya en mi hombro. Ella está muy cerca de mí, pero aún lejos; se abandona, pero no me pertenece. Hay aún resistencia en ella, pero no está reflejada subjetivamente, es la vieja resistencia de la femineidad; pues efectivamente la esencia de la mujer es un abandono en forma de resistencia... Ella está sentada en el diván, junto a la mesa de té, yo estoy sentado al lado. Su corazón palpita, pero sin pasión; su pecho se subleva, pero sin agitarse; de vez en cuando se le cambia el color, pero con matices muy tenues. ¿Es el amor? Ella escucha y comprende, escucha la palabra del espíritu y la comprende como si fuera suya; escucha la voz del espíritu que encuentra eco en ella, y comprende este eco como si fuera la misma voz que resuena por ella y por otro.

¿Qué tengo que hacer? ¿Fascinarla? No, nada de eso, ni siquiera sería capaz. ¿Robarle el corazón? No, nada de eso. Prefiero que la jovencita a la que amo conserve su corazón. ¿Qué hacer, entonces? Plasmar mi corazón igual al suyo. La alegría de un pintor es pintar a su amada, y la de un escultor, esculpirla. También lo quiero hacer yo, aunque sea en sentido espiritual. Ella no sabe que yo poseo esa imagen, y en esto está mi engaño. La he conseguido misteriosamente, y en ese sentido le he robado el corazón. Dicen que así robó Rebeca el corazón de Labán, sustrayéndole los ídolos⁹.

El ambiente y los objetos que nos rodean ejercen sobre nosotros un gran influjo. Algunas particulares se imprimen firme y profundamente en la memoria, o mejor en toda el alma, y por tanto no se olvidan nunca. Por viejo que pueda llegar a ser me será imposible imaginar a Cordelia en un ambiente distinto al de esta pequeña habitación. Cuando me acerco a hacerle una visita, la jovencita normalmente espera que yo haya cruzado la puerta de la sala; luego ella sale de su habitación y, mientras abro la puerta de la sala para entrar en el salón, ella abre la otra puerta e inmediatamente, en el umbral, se encuentran nuestros ojos. La habitación es pequeña, acogedora, un intermedio entre el salón y el despacho. Me gusta, desde el diván, echar una mirada alrededor, aunque a estas alturas ya he estudiado todos los ángulos de esa habitación. Ella se sienta a un lado. Delante de nosotros hay una mesita de té redonda, cubierta con un mantel de bonitos pliegues. Sobre la mesa hay una lámpara en forma de flor que, frondosa y fuerte, se eleva para sujetar la corola, de la que cuelga un finísimo velo de papel acolchado, tan fino que no puede estar sin moverse. La forma de la lámpara me recuerda la vegetación de Oriente; y los movimientos del velo, las dulces brisas de aquellos países. El suelo está cubierto con una estera tejida con un tipo de juncos, un trabajo que nos indica su origen exótico. En algunos momentos yo dejo que la imagen de la lámpara me guíe en mis fantasías. Estoy echado en el suelo, junto a ella, bajo la flor de la lámpara. Otras veces dejo que la estera de juncos me traiga la imagen de una barca, de un camarote, y en ese momento los dos navegamos por el océano inmenso. Y, lejos de la ventana, miramos directamente el horizonte fabuloso del cielo. También esto crece la ilusión. Cuando me siento junto a ella, me abandono a todo esto como a una visión que huye, a ras de la realidad, así como la muerte vuela sobre nuestra tumba... Siempre es importante el ambiente, sobre todo por los recuerdos. Toda relación amorosa tiene que vivirse de tal forma que resulte más tarde fácil para nosotros conservar un recuerdo que encierre toda la belleza. Para que esto tenga lugar fácilmente, conviene poner especial atención en el ambiente. Y cuando esto no se acomode a nuestro deseo, hay que adaptarlo. Aquel ambiente se adecúa a Cordelia y a su amor. ¡Qué imagen tan distinta, por el contrario, me aparece delante cuando pienso en la pequeña Emilia! ¿Y acaso no le convenía también a ella el ambiente? No sé imaginármela o mejor no sé recordarla nada más que en aquella habitacioncilla. Las puertas están abiertas, ante la casa un pequeño jardín limitaba la vista, obligándole a detenerse e impidiéndole seguir por la calle principal, que desaparecía a lo lejos. Emilia era encantadora, pero más insignificante que Cordelia. Sin embargo se adaptaba al ambiente. La mirada se fijaba en el suelo, no se dirigía hacia delante atrevida e impaciente, descansaba en la pequeña pared; aunque la calle principal

⁹ No fue Rebeca, hermana de Labán, sino Raquel, hija de éste y esposa de Jacob, la que le robó los ídolos (Gén. 31,19).

se perdiese románticamente en el horizonte, esto hacía que la mirada recorriese ese corto tramo de calle que se veía por delante, y luego se volvía para atrás recorriéndolo de nuevo. La habitación estaba abajo. El ambiente que rodea a Cordelia no debe tener otro fondo que la infinita audacia del cielo. Ella no se debe quedar en la tierra, sino liberarse en el aire, no caminar, sino volar, no arriba y abajo, sino eternamente hacia delante.

Cuando uno es novio, se entera de las tonterías de los otros novios. Hace unos días vi al pastor Hansen con esa amable jovencita, su novia. Me confió que era una criatura deliciosa, algo que también sabía yo; me confió que era muy joven, algo que también sabía, y por fin me confió que por esto él la había elegido, precisamente para plasmarla según el ideal que siempre había tenido. ¡Dios mío, qué pedazo cabeza de teólogo... y una jovencita fresca, floreciente y llena de vida! Yo no soy un viejo práctico, pero no me acerco a una chiquilla nada más que como a un Venerable¹⁰ de la naturaleza, y soy el primero en aprender de ella. Aunque pueda ejercer sobre ella una influencia formativa, me limito a enseñarle continuamente lo que de ella tuve ocasión de aprender.

Su alma tiene que ser sacudida, empujada en todos los sentidos posibles, y no a empellones, o a golpes de viento, sino totalmente. Ella tiene que descubrir el infinito, tiene que experimentar qué es a lo que más tiende el hombre. Y a este descubrimiento ella debe llegar no por el camino del pensamiento, que para ella supondría perderse, sino con la fantasía, que es el verdadero medio de comunicación entre ella y yo, pues lo que en el hombre es parte, en la mujer es todo. Ella no tiene que conquistar el camino hacia el infinito a través del fatigoso camino del pensamiento, porque la mujer no ha nacido para la fatiga, sino sólo por el camino de la fantasía y por el camino fácil del corazón. Para una joven el infinito es tan natural como la idea de que el amor tiene que ser siempre feliz. Por cualquier parte que mire una jovencita tiene siempre a su alrededor el infinito, y para superarlo no necesita nada más que un salto, un salto, se tenga bien en cuenta, de mujer y no de hombre. ¡Qué poco mañosos suelen ser los hombres! Cuando deben saltar, tienen que coger carrerilla, hacen unos preparativos muy largos, miden a ojo la distancia, prueban varias veces: luego les entra miedo y vuelven para atrás. Por fin saltan y... se caen. Una jovencita salta de modo distinto. A menudo se encuentra, en un lugar montañoso, entre dos peñas que sobresalen. Un profundo abismo las separa, espantoso mirar hacia abajo. Nadie osa dar ese salto. Una joven, por el contrario, como cuentan los habitantes de la región, osó hacerlo, y por eso ahora se llama el Salto de la Virgen. Yo lo creo de buena fe, como creo en todo lo grandioso que se cuenta de una joven, o me embriago escuchando a los lugareños cuando hablan. Yo creo todo, creo hasta lo increíble y me quedo sorprendido sólo porque creo que la única persona en el mundo, la primera y también la última, que me ha sorprendido haya sido una joven. Es verdad que un salto como éste para una jovencita es sólo un brinco, mientras que para el hombre el salto siempre es ridículo, ya que, por mucho que extienda la pierna, su esfuerzo es nulo, y poco indicativo, en relación con el abismo. ¿Quién puede ser tan tonto de imaginar a una jovencita tomando carrerilla? Se la puede imaginar, más bien, en el acto de saltar, y este salto es un juego, un gozo, una muestra de encanto, pues la idea de una carrerilla no se adapta al comportamiento de una mujer. Una carrerilla tiene efectivamente su propia dialéctica, que va en contra de la naturaleza de la mujer. Y en cuanto al salto, ¿quién sería

¹⁰ Es el sacramento de la Eucaristía expuesto a la veneración de los fieles.

tan ingenuo en este caso de distinguirlo de sus características? El salto de la jovencita es un liberarse en el aire. Y cuando llega a la otra parte, no está agotada por el esfuerzo, sino que está más hermosa, más animada que nunca, y nos tira un beso a nosotros, que nos hemos quedado en la otra orilla. Joven, fresca como una flor apenas cortada entre los retoños de la montaña, ella se columpia sobre el abismo, que cada vez parece más negro a nuestros ojos... Lo que ella tiene que aprender es cómo seguir todos los movimientos que conducen al infinito, a columpiarse, a acunarse en las sensaciones, a confundir Poesía y Realidad, Verdad y Ficción, a tirarse en el infinito. Cuando se haya acostumbrado a ese tumulto, yo le añadiré lo erótico y ella entonces será como yo la quiero y la deseo. Mis prestaciones, mi trabajo habrán terminado, amainaré mis velas y me sentaré a su lado; zarparemos entonces con sus velas. Y en realidad, cuando esta jovencita esté eróticamente embriagada, tendré más que suficiente con remar y con moderar la velocidad, para que nada tenga lugar de forma precipitada y de modo desconsiderado. De vez en cuando se cose un pequeño rasgón en la vela, y seguimos adelante.

Cordelia desprecia cada vez más la casa de mi tío. Varias veces me ha propuesto no volver más, pero no le ha valido de nada, yo encuentro siempre pretextos. Ayer por la noche, cuando nos fuimos de allí, me agarró la mano con insólita pasión. Probablemente en esa casa ha tenido que sufrir mucho; no hay que extrañarse. Si no me divirtiera mirando a todas esas artificiosas afectaciones, incluso para mí sería imposible aguantar. Esta mañana he recibido una carta en la que, con una sutileza superior a la que podía suponer en ella, se burla de los novios. He besado la carta, es la más querida entre las que he recibido. ¡Muy bien, Cordelia mía, es lo que deseo!

Hay, y es un hecho poco común, en la Oestergade, dos confiterías una frente a otra. En la primera, a la izquierda, hay una doncella o señorita. Por regla general, está escondida tras la cortina que tapa la ventana junto a la cual está sentada. La cortina es de tela muy fina, y quien conoce a la jovencita o la ha visto más veces, si tiene buena vista, fácilmente está en grado de reconocer de vez en cuando su rostro; pero para quien no la conoce o no tiene buena vista le parecerá una sombra oscura. Esto último, en cierto sentido, es mi caso; mientras que un joven oficial, que todos los días a mediodía en punto se da una vuelta por esos parajes y apunta sus ojos hacia esa cortina, pertenece al primero. En realidad me atrajeron la atención unas maniobras telegráficas de esa cortina. No hay cortinas en las otras ventanas, así que una cortina solitaria, que cubre un cristal, significa que detrás de ella constantemente hay alguien sentado. Una mañana yo me encontraba cerca del escaparate de la otra confitería. El reloj marcaba las doce. Sin fijarme en los transeúntes, me puse a observar la cortina, cuando de repente la oscura figura tras ella empezó a moverse. Una cabeza de mujer se mostró de perfil a través del cristal de al lado, vuelta y mirando hacia donde indicaba la cortina. Luego la dueña de esa cabeza hizo una indicación muy cortés y desapareció de nuevo tras la cortina. En primer lugar, yo deduje que la persona que ella saludaba era del sexo masculino, pues su turbación traslucía demasiada pasión para que fuera causada por haber visto a una amiga; en segundo lugar, deduje que aquél a quién dirigió el saludo viniese a menudo por allí. Y ella había encontrado un lugar adecuado para poderlo ver aparecer desde lejos, como también para saludarlo, aunque escondida tras la cortina... Bien, a las doce en punto llega el héroe de esta escenita de amor, nuestro querido teniente. Yo estoy sentado en la segunda confitería y la jovencita se encuentra en la primera. El teniente ya le ha echado el

ojo. Pero ahora estáte atento, querido amigo, no es tan fácil devolver un saludo a la primera tienda. Además, él no es antipático. Bien parecido, alto y elegante, nariz aguilena, cabello negro, un sombrero con borlas que le cae muy bien. Está un poco tenso, las rodillas empiezan poco a poco a hacer ruido, y las piernas parece que se alargan. Es una impresión semejante a la que se siente cuando a uno le duelen las muelas y le parece que se han hecho más largas en la boca. Pero, si concentra todas las fuerzas en los músculos de su mirada para dirigirla en dirección a la primera tienda, fácilmente se sacan nuevas energías de las piernas. Perdonad, señor teniente, si me paro con la mirada en vuestro éxtasis. Sé bien que es una presunción. No es nada educada esta mirada, más bien maleducada, pero es muy excitante. Está claro que todas estas excitaciones se le suben a la cabeza, se tambalea, diciéndolo con las palabras del poeta: vaciló y se cayó. Es cruel, y si tengo que decir lo que pienso: no debería haber sucedido. Él no se lo merece. Es deplorable, pues, si se quiere, es de caballero impresionar a las señoras, pero nunca hay que caerse al suelo. Si se quiere ser caballero hay que tener en cuenta estas cosas. Si, por el contrario, se quiere uno mostrar como un genio, todo es indiferente; se mete uno en sí mismo y al mismo tiempo uno se cae; entonces hay que caerse, ya que nada de esto sorprenderá... ¿Qué impresión ha podido causar este incidente en la señorita? Es una desgracia que yo no pueda encontrarme a la vez en las dos orillas de este estrecho de los Dardanelos. Es verdad que podría apostar a la otra orilla a un conocido mío, pero en parte porque deseo hacer por mí mismo mis observaciones, en parte porque no sé qué podría sacar de provecho para mí de esta historia, y en este caso no es bueno tener un cómplice, pues entonces hay que perder un montón de tiempo para taponarle la boca o para hacerlo entrar en razón... Empiezo a cansarme de mi teniente. Día tras día hace su aparición vestido de gala. Es una constante espantosa. ¿Se adecúa esto a un soldado? Señor, ¿no lleváis la espada al costado? ¿No tendríais que asaltar la roca y coger a la jovencita por la fuerza? Si hubieseis sido un hombre de estudios, un doctorcillo, un capellán, otro gallo cantaría. A pesar de todo os perdono, considerando que cuanto más veo a la jovencita más me gusta. Es encantadora, y sus ojos negros están llenos de picardía. Mientras espera vuestra llegada su rostro resplandece con una belleza aún más sublime, que le embellece inefablemente. De esto deduzco que tiene que tener mucha fantasía, y la fantasía es el afeite natural del bello sexo.

Cordelia mía:

¿Qué es la aflicción? En lengua y poesía rima con pasión. ¡Qué absurdo! ¡Como si se apenara sólo quien está en prisión! ¡Como si no se apenaran también los que son libres! ¡Si yo fuera libre, cuánta aflicción! Y, por otra parte, yo soy libre, libre como un pájaro, ¡pero cuánto me apeno míseramente! Yo te anhele cuando voy a tu casa, te anhele cuando te dejo, e incluso cuando me siento junto a ti te anhele ardientemente. ¿Se puede anhelar algo que se posee? Sí, si se piensa que un instante después ya no se posee. Mi aflicción es una eterna impaciencia. Sólo si hubiera vivido toda la eternidad y estuviese convencido de que me perteneces en cada instante, sólo entonces volvería de nuevo a ti y contigo volvería a vivir todas las eternidades, no teniendo la paciencia suficiente para vivir separado de ti ni un instante sin sentir aflicción, sino la seguridad suficiente para sentarme a tu lado tranquilo.

Tu Juan

Cordelia mía:

Se ha parado un pequeño carruaje ante la puerta, para mí más grande que todo el mundo, aunque apenas sea suficiente para nosotros dos. Hay enganchados un par de caballos, tan salvajes e indomables como las fuerzas de la naturaleza, tan impacientes como mis pasiones, tan impetuosos como mis pensamientos. Basta que tú quieras, y yo te llevaré lejos, ¡Cordelia mía! Tus órdenes serán la señal para que tire de las bridas y dé paso al deseo de la fuga. Yo te llevo lejos, pero no lejos de unos hombres para llevarte a otros, sino lejos del mundo... Los caballos se encabritan. El carro se levanta, los caballos corren por encima de nuestra cabeza. Vamos al cielo atravesando las nubes. ¡Y este silbido! ¿Es el mundo que se remolina a nuestro alrededor o es nuestro vuelo atrevido? ¿Sufres, querida Cordelia, vértigo? Agárrate a mí, yo no sufro vértigo. Nunca, en sentido espiritual, sufro uno vértigo cuando el objeto de nuestro pensamiento es único, y yo pienso sólo en ti..., nunca, en sentido físico, sufro uno vértigo cuando fija la mirada únicamente en un objeto, y yo te miro sólo a ti. ¡Agárrate muy fuerte! Si el mundo se desmorona, si nuestro ligero carruaje desaparece ante nosotros, quedemos abrazados, suspendidos en celestial armonía.

Tu Juan

¡Es demasiado! Mi criado ha estado esperando seis horas, otras dos esperé yo, con viento y lluvia, sólo para espiar a esa querida jovencita, Carlota Hahn. Todos los miércoles acostumbra, entre las dos y las cinco, ir de prisa a hacer una visita a su vieja tía. ¡Y hoy no viene, hoy que tenía muchas ganas de verla! ¿Por qué? Ella me pone en un estado de ánimo muy particular. La saludo, y ella se inclina de forma completamente terrenal, aunque resulte a la vez muy celestial. Da la impresión de que se va a detener, de que se va a caer de un momento a otro, pero echa una mirada como si fuera a levantarse hacia el cielo. Cuando la miro, mi ánimo se convierte a la vez en anhelante y serio. Por otra parte, la jovencita no me interesa, sólo deseo ese saludo, nada más, aunque quisiera darme otra cosa. Su saludo me pone en ese estado de ánimo del que soy pródigo con Cordelia... Y por esto espero que ella pase junto a mí. No sólo en las ficciones, sino también en la realidad, es difícil ponerse al acecho de una jovencita, habría que tener tantos ojos como dedos. Había una ninfa, Cardea, que se regodeaba burlándose de los hombres. Vivía en los bosques y atraía a sus amantes entre los árboles más frondosos y desaparecía. Quiso tomar el pelo a Jano, pero Jano se burló de ella, ya que él tenía ojos también en la nuca.

Mis cartas no fallan su objetivo. Ellas dan un desarrollo espiritual, y a veces hasta erótico. Para este objetivo no hay que enviar cartas, sino notas. Cuanto más contenido erótico aparece más cortas tienen que ser, tocando cada vez con mayor seguridad los puntos eróticos. La ironía, para que no resulte sentimental y tierna, endurece los sentimientos, pero al mismo tiempo está ávida de ese alimento que le resulta tan querido. Las notas dejan presentir de lejos y vagamente lo que interesa. En el instante en que este presentimiento se cuele en su alma se corta la correspondencia. Con este contraste el presentimiento toma forma en su alma como si fuese un pensamiento suyo, un impulso de su corazón. Y esto es lo que quiero.

Cordelia mía:

En un lugar de esta ciudad vive una pequeña familia, compuesta por una viuda y tres hijas. Dos de ellas acuden al Palacio Real para aprender cocina. Estamos a comienzos del verano, alrededor de las cinco de la tarde; se abre lentamente la puerta de la salita y una mirada atenta mira alrededor. No hay nadie, sólo una jovencita sentada al piano. La puerta queda entreabierta para poder escuchar sin ser visto. La que toca no es una artista, pues, en tal caso, habría mantenido la puerta cerrada. Ella está tocando un aria sueca, que trata de la breve duración de la juventud y de la belleza. Las palabras de la canción desmienten la juventud y la belleza de la jovencita, la juventud y la belleza de la jovencita desmienten las palabras de la canción. ¿Quién tiene razón: la jovencita o la canción? Las notas suenan tranquilas y melancólicas, como si la tristeza fuese el compromiso que hubiera desencadenado esta disputa... ¿Se equivoca esta tristeza! ¿Qué relación hay entre la juventud y esas consideraciones? ¿Qué tienen en común la noche y el día? El toque de los dedos es tímido y suave, los suspiros del piano se elevan confusos e inarmónicos entre ellos... ¿Cuánto tiene que alejarse en el tiempo un acontecimiento para recordarlo, para que la nostalgia del recuerdo ya no pueda confundirlo? Sobre este particular, la mayoría de los hombres tiene un límite: lo demasiado cerca en el tiempo no pueden recordarlo, y lo demasiado alejado, tampoco. Yo no tengo límites. Lo que he vivido ayer, aunque volviese mil años para atrás, lo recordaría como si lo hubiera vivido ayer.

Tu Juan

Cordelia mía:

Mi confidente, tengo que confiarte un secreto. ¿A quién otro podría confiarlo? ¿Al eco? Lo traicionaría. ¿A las estrellas?

Son frías. ¿A los hombres? No lo entienden. Tan sólo a ti te lo puedo confiar, pues sabes conservarlo. Hay una jovencita más hermosa que el sueño de mi alma, más pura que la luz del sol, más profunda que las fuentes del mar, más noble que el vuelo del águila... hay una jovencita, inclina la cabeza y acerca tu oído a mi voz, para que mi secreto pueda entrar dentro furtivamente... yo la amo a esta jovencita más que a mi vida, pues ella es mi vida; más que todos mis deseos, pues ella es mi único deseo; más que todos mis pensamientos, pues ella es mi único pensamiento; más ardientemente que el sol ama la flor, más íntimamente que el dolor ama la discreción de los sentimientos ofendidos, más apasionadamente que la arena inflamada del desierto ama la lluvia; yo la acuno con mayor ternura que el ojo de la madre al hijo, más fervientemente que el alma suplicante a Dios, más inseparablemente que la planta a su raíz... Tu cabeza se toma grave y pensativa, se inclina sobre el pecho, y los senos se levantan para ir en su ayuda... ¡Cordelia mía, tú me has entendido, me has entendido exactamente, perfectamente, no se te ha pasado ningún punto por alto! ¿Acaso debería tender el puente de mi oído para que tu voz me lo asegure? ¿Podría dudar? ¿Guardarás este secreto? ¿Puedo fiarme de ti? Se cuenta de hombres que, con ocasión de tremendos crímenes, se prometieron recíprocamente un cómplice silencio. Te he confiado un secreto que es toda mi vida y el fin de mi vida; ¿no tienes tú nada que confiarme, que sea tan significativo, tan bonito, tan casto, que las fuerzas sobrenaturales se desencadenarían si fuera desvelado?

Tu Juan

Cordelia mía:

El cielo está cubierto de nubes: oscuras nubes de lluvia arrugan su apasionado rostro como negras cejas; los árboles del bosque se agitan, movidos por inquietos sueños. Te han raptado al bosque. Detrás de cada árbol descubro un ser femenino que se parece a ti, me acerco, y él desaparece detrás del árbol siguiente. ¿No quieres mostrarte, venir cerca? Todo se confunde alrededor, cada parte del bosque pierde sus nítidos límites, veo todo como en un mar de niebla, y por todas partes seres femeninos, parecidos a ti, aparecen y más tarde desaparecen. Pero no te veo a ti. Tú te mueves en las ondas de la intuición, aunque cualquier parecido contigo basta para hacerme feliz. ¿De qué depende que tu ser sea una rica unidad o el mío una pobre multiplicidad? ¿Amarte no es como amar a un mundo?

Tu Juan

Sería muy interesante poder reproducir con suficiente exactitud los discursos que intercambio con Cordelia. Sin embargo, comprendo perfectamente que es imposible, pues, aunque consiguiese recordar todas las palabras intercambiadas entre nosotros, quedaría luego la dificultad de cohesionarlas, que constituye la auténtica alma del discurso, los sorprendentes desahogos y la pasionalidad, que son los principios vitales de una conversación. Naturalmente yo no acostumbro a prepararme, cosa que también choca contra la verdadera naturaleza de la conversación erótica. Tengo siempre in mente sólo el contenido de mis cartas, y siempre delante de los ojos el estado de ánimo que éstas consiguieron suscitar en ella. Naturalmente no se me ocurre preguntarle si ha leído mis cartas. Lo puedo deducir con facilidad, pero nunca hago una alusión directa, aunque mantenga en mis conversaciones una secreta referencia a ellas, en parte para grabar más profundamente en su alma una u otra impresión, y en parte para dejarle esa impresión o dejarle en la incertidumbre.

Ha tenido y está teniendo lugar en ella un cambio. Si tuviera que definir su estado de ánimo en este momento, diría que se trata de audacia panteísta. Su mirada claramente la traiciona. Es atrevida, casi descarada en sus esperanzas, como si a cada instante exigiera, y lo consiguiera, descubrir lo extraordinario. Como el ojo mira más allá de sí mismo, así esta mirada suya ve más allá de lo que se le aparece inmediatamente delante, y descubre lo maravilloso. Es atrevida, casi descarada en su esperanza, pero no se fía de sí misma, es algo que sueña e implora, nada altanera ni arrogante. Ella busca lo maravilloso fuera de sí misma, y casi suplica que esto se muestre, como si no estuviese en su poder evocarlo. Es necesario impedir esto, de lo contrario pronto le tomaré ventaja. Ayer me dijo que en mi ser había algo de regio. Quizá quería inclinarse ante mí, y esto es inadmisibile. Es verdad, querida Cordelia, que hay algo de regio en mi ser, pero ni sospechas sobre qué reino yo impero. Yo reino sobre una tempestad de sensaciones. Como Eolo, las he encerrado en la montaña de mi personalidad y permito que se vayan desencadenando una a una. Las adulaciones le darán confianza y la diferencia entre lo mío y lo tuyo se hará evidente. Se necesita mucha cautela para adular. Quizá hay que ponerse muy alto, de forma que »quede un lugar todavía más alto; o quizá hay que ponerse muy bajo. Se debe recurrir al

primer caso cuando nos dirijamos a lo espiritual, y al segundo cuando nos dirijamos a lo erótico... ¿Me debe ella algo? Nada. ¿Podría desearlo? No. Yo soy demasiado buen conocedor, tengo demasiada experiencia del erotismo para pararme en estas tonterías. Si me tuviese que suceder, emplearía todas mis fuerzas para inducirle a olvidarlo y para sosegar mi pensamiento. Cada jovencita, frente al laberinto de su corazón, es una Ariadna: tiene el hilo para encontrar la salida, pero lo tiene de forma que ella no sabe utilizarlo.

Cordelia mía:

Habla, yo obedeceré. Tus deseos son órdenes; tu plegaria es un poderoso exorcismo, el más mínimo deseo es para mí un beneficio, pues yo no te obedezco como un espíritu servil, como si te tolerase. En el mismo instante en que tú ordenas, tu voluntad cobra vida, y con ella también yo. Pues yo soy un desorden del alma, que sólo espera una palabra de ti.

Tu Juan

Cordelia mía:

Tú sabes que me gusta mucho hablar conmigo mismo. En mí he encontrado a la persona más interesante entre mis conocidos. A veces temí que me faltaran argumentos para estos coloquios, pero ya no existe ese temor, ahora te tengo a ti. Desde ahora en adelante, hasta la eternidad, yo hablaré de ti conmigo mismo, del argumento más interesante con el hombre más interesante... ¡Ay de mí! Yo soy sólo un hombre interesante, pero tú eres el argumento más interesante.

Tu Juan

Cordelia mía:

Tú crees que hace muy poco tiempo que te amo, tú crees que casi hay que tener miedo de que yo haya amado antes. Hay manuscritos en los que el ojo afortunado inmediatamente descubre un escrito anterior, que con el pasar del tiempo ha sido tachado, y se han escrito encima insignificantes tonterías. Con sustancias ácidas se elimina lo que se ha escrito encima, y así aparece, claro y evidente, lo anterior. De esta manera tu ojo me ha enseñado a encontrarme a mí mismo, yo dejo que el olvido corroa todo lo que no tiene que ver contigo; y así descubro un antiguo y aún reciente escrito divino, o sea descubro que mi amor por ti es tan antiguo como yo mismo.

Tu Juan

Cordelia mía:

¿Cómo puede subsistir un reino que está en guerra consigo mismo, cómo puedo subsistir yo, si lucho contra mí? ¿Y por qué motivo? Por ti, para encontrar, si es posible, la tranquilidad pensando que yo estoy enamorado de ti. Pero ¿cómo encontraré esta paz? Una de las fuerzas en lucha vencerá siempre a la otra de estar profunda e íntimamente enamorada; un instante después será la otra la que le convenza. Y esto no me afligiría

demasiado, si la lucha no tuviese lugar en mi interior. Si alguien osase estar enamorado de ti, u asase no estarlo, el delito seria igualmente grave. Sin embargo, esta lucha en mi interior me consume, da unidad a la duplicidad de la pasión.

Tu Juan

Ocúltate, mi pequeña pescadora, ocúltate entre los árboles, levanta tu carga. ¡Qué hermosa eres cuando te agachas, en ese momento tú te agachas con un encanto espontáneo bajo las ramas recogidas...! ¡Esa figura tan elegante obligada a llevar esa carga! Como una danzarina, revelas la belleza de las formas: cintura fina, abundante pecho, alta,

lo tendría que admitir hasta un sargento cocina. Tú crees que es algo sin importancia, piensas que las grandes damas son mucho más guapas. ¡Querida pequeña, no sabes la falsedad que hay en el mundo! Sigue, con tu carga, por ese camino de ese bosque maravilloso que probablemente se extiende por millas y millas hasta llegar a aquellas montañas azules. Tal vez no eres una pescadora, sino una princesa víctima del hechizo, y eres esclava de un mago tan perverso que te manda al bosque a recoger leña. Así pasa en los cuentos. ¿Por qué te metes más dentro en el bosque? Si en realidad fueses una pescadora, deberías, para volver a tu cabaña con la leña, pasar delante de mí, que estoy al otro lado del camino. Sigue el sendero que serpentea caprichoso entre los árboles, mi mirada no te pierde de vista; vuélvete a mirarme, mi mirada te sigue; no me puedes mover de aquí, ni siquiera el ardiente deseo me saca de aquí, yo sigo tranquilo a la orilla del camino y fumo mi puro... Otra vez... quizá... Tu mirada resulta maliciosa, cuando vuelves para atrás la cabeza de ese modo, tu paso ligero es atractivo... Sé, intuyo dónde lleva ese camino: a la soledad del bosque, al murmullo de los árboles, al vago silencio. El cielo te acompaña, se esconde entre las nubes y oscurece el fondo del bosque, parece que baja una cortina delante de nosotros... ¡Adiós, bella pescadora, vive feliz! Gracias por tu dulzura, ha sido un momento bellissimo, una sensación bellissima, aunque no ha sido suficiente para hacerme mover de la orilla del camino, sí ha sido rica en íntimas emociones. Adiós, mi bella pescadora, adiós; te agradezco infinitamente tu amabilidad y ese momento de dulce sensación que me has proporcionado, que, si no basta para que me levante del borde del camino, me ha conmovido muy íntimamente.

Cuando Jacob acordó con Labán la recompensa por sus servicios, establecieron que Jacob habría apacentado las ovejas blancas y, como precio por su trabajo, habría cogido para sí todas aquellas manchadas que hubieran nacido en el rebaño del otro, luego plantó las varas en los abrevaderos y se puso a mirar las ovejas... así, me coloque donde me coloque, la mirada de Cordelia siempre me descubre. Ella tiene la impresión de que esto se debe a mera diligencia de su parte, pero por mi parte sé que su alma no tiene interés por ninguna otra cosa y que dentro de ella se desarrolla una concupiscencia espiritual, por lo que me ve en cualquier parte.

Cordelia mía:

¡Si pudiese olvidarte! ¿Mi amor es tal vez obra de la memoria? Aunque el tiempo borrase todo lo que está escrito en sus páginas, perdiéndose hasta el recuerdo, mi lazo contigo permanecería tan vivo y no te podría olvidar. ¡Si pudiese olvidarte! ¿Para qué serviría el recuerdo? Me he olvidado de mí mismo para acordarme de ti. Si te olvidara,

terminaría recordándome a mí mismo, y, al recordarme a mí mismo volvería a recordarte a ti. ¡Si pudiese olvidarte! ¿Qué pasaría? La antigüedad nos ha dejado una imagen que representa a Ariadna. Ella se levanta de su yacija para seguir ansiosa con la mirada una nave, que desaparece rápidamente con las velas desplegadas. Junto a ella Amor, con un arco sin cuerda, se limpia los ojos. Detrás de él hay una alada figura femenina con el yelmo en la cabeza. Por lo general, se piensa que esta figura es Némesis. Imaginaos este cuadro, imagináoslo algo cambiado. Amor no llora y su arco tiene cuerda -¿o acaso tú serías menos bella y triunfadora, porque yo hubiese enloquecido?- Amor sonrío y tensa el arco. Némesis no se queda ociosa a su lado, y también tensa el arco. En el otro cuadro, en la nave se ve la figura de un hombre atareado. Se supone que es Teseo. No así en el cuadro. Él está en la popa, mira ansiosamente para atrás, tiende los brazos, se ha arrepentido, o mejor, su delirio lo ha abandonado, pero la nave se lo lleva. Ambos, Amor y Némesis, apuntan, de cada arco sale una flecha, corren seguras -se ve, se intuye- y ambas alcanzan su corazón en el mismo punto, queriendo significar que Némesis vengó su amor.

Tu Juan

Cordelia mía:

Dicen de mí que estoy enamorado de mí mismo. Esto no me extraña; pues, si alguien es capaz de notar que yo pueda amar, entonces yo sólo te amo a ti; si alguien puede sospecharlo, entonces yo sólo te amo a ti. ¿Por qué estoy enamorado de mí mismo? Porque estoy enamorado de ti; porque yo te amo a ti sola y a cuanto te pertenece. Es así como me amo a mí mismo, porque este Yo mío te pertenece; y si dejase de amarme a mí mismo, dejaría de amarte a ti. Esto que a los ojos profanos del mundo es expresión del mayor egoísmo, a tus ojos iniciados es expresión de la más pura simpatía; esto que a los ojos profanos del mundo es expresión del más prosaico amor propio, a tu vista consagrada es expresión de la más entusiástica anulación de la propia persona.

Tu Juan

He tenido gran preocupación de que el desarrollo completo de Cordelia me llevase demasiado tiempo. Veo, sin embargo, que hace grandes progresos y que resulta necesario, para mantenerla firme en su espíritu, poner todo en movimiento. Ella no tiene que cansarse demasiado pronto, es decir antes de tiempo, antes de que haya pasado el tiempo para ella.

Cuando se ama no se transita por las calles céntricas. Sólo el matrimonio va por las calles principales. Cuando se ama y se quiere sacar la cabeza fuera del cascarón, no se pasea uno por los alrededores del lago; aunque sólo sea un camino para pasear, ya está abierto, y el amor prefiere abrir caminos. Se entra en la profundidad del bosque. Y dando vueltas, se comprenden mutuamente y todo se ve más claro, lo mismo que antes oscuramente nos hacía alegrar o penar. No se tiene la sospecha de que alguien esté presente... Por eso esta deliciosa haya ha sido testigo de nuestro amor; a su sombra os declarasteis por primera vez. Recordáis todo con mucha claridad: la primera vez que os visteis, la primera vez que en un baile os cogisteis el uno a la otra la mano, cuando sólo al

amanecer os alejasteis, cuando no quisisteis confesaros nada ni deciros nada mutuamente... Es muy agradable escuchar estos repertorios de amor... Cayeron de rodillas a los pies del árbol, se juraron recíprocamente amor eterno y sellaron el pacto con el primer beso... Son fecundas sensaciones y hay que utilizarlas con Cordelia... Esta haya fue testigo. Un árbol es el testigo adecuado, pero es siempre demasiado poco. Es verdad que pensáis que también el cielo fue testigo, pero el cielo, sin más, es una idea muy abstracta. De aquí que hubiese algún otro testigo... ¿Tengo que ponerme de pie y hacerles notar que estoy aquí? No, podrían reconocerme y se habría acabado el juego. ¿Tengo que ponerme de pie, mientras se alejan, y darles a entender que hubo alguien presente? No, no convendría. El silencio tiene que envolver su secreto... hasta que me convenga. Están en mi poder, puedo separarles cuando quiera. Conozco su secreto, y sólo por él o por ella he podido conocerlo... por ella es imposible... entonces, por él... es abominable... ¡excelente! Esto roza la astucia. Bueno, vamos a ver. Si puedo recibir de ella una determinada impresión, que no podría recibir de otra forma, una impresión normal, como la deseo yo, no me queda más remedio.

Cordelia mía:

Yo soy pobre... tú eres mi riqueza; estoy inmerso en la oscuridad... tú eres mi luz; no poseo nada, nada necesito. ¿Y cómo podría poseer algo? Sería una contradicción que pudiera poseer algo quien ni siquiera se posee a sí mismo. Soy tan feliz como un niño que no puede nada y nada debe poseer. No poseo nada, pues te pertenezco sólo a ti. Yo no existo, he dejado de ser, para ser tuyo.

Tu Juan

Cordelia mía:

Mía... ¿qué significa esta palabra? No lo que me pertenece, sino aquello a lo que yo pertenezco, aquello que posee todo mi ser, que es mío en cuanto yo le pertenezco a ella. Mi Dios no es el Dios que me pertenece, sino el Dios al que yo pertenezco; y así también cuando hablo de mi patria, de mi casa, de mi vocación, de mi nostalgia, de mi esperanza. Si antes hubiese existido la inmortalidad, este pensamiento de que yo sea tuyo habría interrumpido el curso normal de la naturaleza.

Tu Juan

Cordelia mía:

¿Qué soy yo? El humilde cronista que sigue tus triunfos, el bailarín que se inclina ante ti, mientras te mueves con vaga ligereza; la rama en que descansas un instante cuando estás cansada de volar; la voz de bajo que se calla ante tu gorjeo, para dejar que sobresalga... ¿Qué soy yo? El fardel terrestre que te aprisiona a la tierra. O sea, ¿qué soy? Cuerpo, materia, polvo y ceniza... tú, Cordelia mía, tú eres alma y espíritu.

Tu Juan

Cordelia mía:

El amor es todo; por su causa, para quien ama, todas las cosas han dejado de tener un significado propio y sólo tienen el que el amor, interpretándolas, les da. Por tanto, si un novio se convence de que hay otra jovencita que le inquieta, probablemente no sería más que un miserable a los ojos de ella, que se quedaría molesta. Tú, sin embargo, interpretaste que se trataba de un homenaje esta confesión, pues entiendes que es imposible que yo ame a otra, dado que mi amor por ti expande un reflejo en toda tu vida. Si me inquietase por otra, sería sólo para convencerme de que yo no la amo, sino que sólo te amo a ti... y sería arriesgado. Pero entonces mi alma está llena de ti, y la vida tiene otro significado, se convierte en tu mito.

Tu Juan

Cordelia mía:

Mi amor me consume, sólo me queda la voz, una voz que, enamorada de ti, te susurra por todas partes que te amo. ¿No te cansas de oír esta voz? Te rodeo por todas partes; como en un vago e inestable abrazo, yo pongo mi alma meditabunda en tu puro, profundo ser.

Tu Juan

Cordelia mía:

Se lee en las antiguas leyendas que un río se enamoró de una jovencita. Mi alma es como un río enamorado de ti. O está tranquilo, y permite que tu imagen se refleje profunda e inmóvil; o cree que la ha atrapado, y sus olas se enfurecen para impedir que se escape de nuevo; o se encrespa su superficie, y juega con tu imagen, y tal vez, cuando la haya perdido, sus olas se hagan turbias y rotas... Así es mi alma: un río enamorado de ti.

Tu Juan

¡Muy bien dicho! Sin que uno estuviera dotado de una extraordinaria y fértil fantasía se podía incluso imaginar una expedición algo más cómoda y desahogada, y sobre todo más conveniente: ir en carruaje con un labriego sólo puede ser hasta cierto punto agradable... Basta una curva muy estrecha para ponerse contenta. Se avanza un rato por el camino principal, se vuelve para atrás, se recorre una milla sin encontrar nada; dos millas, todo va bien; se tranquiliza uno; esta parte del camino es mucho más hermosa que otras, ya hemos recorrido tres millas... ¿Quién iba a sospechar que se podía encontrar en este camino, tan lejos de la ciudad, a uno de Copenhague? Y se nota rápidamente que es de Copenhague, no es hombre de campo; tiene una forma muy peculiar de mirar, tan decidido, observador y escrutador, incluso algo irónico. Es verdad, querida, que tu postura no es cómoda, parece que estás sentada en un orinal, por lo plano del carruaje y por no tener un hueco para los pies... Pero es por culpa vuestra, pues mi carruaje está a vuestra entera disposición, y os podría ofrecer un lugar menos incómodo, y no tendría que ser muy incómodo sentaros a mi lado. En caso contrario, os cedo todo el carruaje, y yo me siento en el pescante, contento de poderos llevar a destino... El sombrero de paja no os cubre lo suficiente para una mirada de soslayo, y es inútil que agachéis la cabeza, pues yo admiro exactamente vuestro bonito perfil. -¿No es desagradable que el labriego

me haya saludado? Pero es lógico que un labriego salude a un señor respetable-. Mientras tanto no tengáis tanta prisa, aquí hay una taberna, una estación de posta, y un labriego es, a su manera, demasiado pío para olvidarse de sus plegarias. Ahora me ocuparé de él. Tengo una tendencia especial para atraerme a los labriegos. ¡No está dicho que no le guste! Él no puede rechazar mi oferta, y, si la rechazase, tendría que sufrir las consecuencias. Y si no lo consigo yo, lo conseguirá mi criado. -Ahora entra en la taberna, os quedaréis sola en el carruaje, en el establo-. ¡Vete a saber que tipo de niña es! ¿Que sea una burguesita, quizá hija de un sacristán? Si lo fuera, las hijas de sacristán suelen ser elegantes y visten con mucho gusto. El sacristán parece que está muy bien. Sospecho, sin embargo, que podría ser una señorita de sangre noble que, cansada de tirar del equipaje, se ha ido de paseo por el campo o en busca de una aventura. Es muy probable. Pueden suceder ambas cosas. -El labriego no sabe nada de nada, es un animal sólo bueno para beber. Sí, sí, sólo bebe, ¡dioses del cielo!, y beber es lo único que sabe hacer. ¡Un momento! ¿Pero no es una de las Jespersen, la señorita Jespersen, una de las hijas del almacenista? ¡Que Dios nos ayude! ¡Nosotros nos conocemos! A usted me la encontré una vez en el parque, su carruaje venía en sentido contrario y no conseguía levantar la ventanilla; me puse los anteojos y tuve la satisfacción de seguirla con los ojos. Fue una situación embarazosa, iban muchos en el carruaje y ella no se podía mover, y posiblemente no pudo hacerme ninguna señal. Pero también es embarazosa esta situación. Nosotros dos nos conocemos. Debe de ser una jovencita romántica, pues se va por ahí a distraerse... Mi criado viene con el labriego. Está completamente borracho. ¡Es detestable! Estos campesinos son gentuza corrompida. Pero, ¡Dios mío!, hay gente aún peor que estos campesinos... Estáis en el carruaje. No os queda más que arrear los caballos, es muy romántico... Rechazáis mis servicios, decís que sois una buena conductora. No me engañáis, pues ya me he dado cuenta de vuestra malicia. Cuando hayáis dado una vuelta, regresad corriendo; en el bosque será fácil encontrar un bonito lugar... Yo os sigo a caballo, pero me tienen que ensillar el caballo... Bueno, ya estoy preparado... Ya podéis estar segura de cualquier contrariedad... Pero no tengáis tanto miedo, pues me vuelvo para atrás. Simplemente quiero que os preocupéis un poco, y así tengáis ocasión de acrecentar vuestra natural belleza. Ignoráis que he sido yo el culpable de que el labriego se emborrachase, y que, por otra parte, no me he permitido una palabra ofensiva contra vos. Todo puede ir mejor; sabré dar vuelta a las cosas de tal forma que os riáis de todo esto. Pido sólo un acercamiento a vos; no penséis que yo haya asaltado, por sorpresa, a alguna jovencita. Soy un defensor de la libertad, y todo lo que no puedo conseguir libremente no me preocupa: "Vos misma os daréis cuenta de que no se puede seguir el viaje en tales condiciones. Yo me voy de caza, y por eso me monto a caballo. Pero mi carruaje se queda aquí parado en la taberna. Si lo ordenáis, en un instante estará a vuestra disposición para llevaros donde queráis. Yo, por desgracia, no tendré el gusto de acompañaros, he prometido ir de caza y las promesas son sagradas". -¡Aceptadlo! -En un instante todo estará preparado... Mirad, no hay necesidad de que os sintáis embarazada al verme de nuevo, en cualquier caso no más de cuanto efectivamente beneficie a vuestra belleza. Os podréis reír de esta historia, reíros y pensad algo en mí. No deseo más. Os podrá parecer poco, pero para mí es suficiente. No es nada más que el comienzo, y mi especialidad está en crear precedentes.

Ayer por la tarde en casa de su tía había visitas. Sabía que Cordelia habría cogido el

trabajo de punto, por lo que le dejé escondida una nota. Ella la dejó caer, y luego la recogió y se conmovió, con aire mustio. Hay que sacar siempre partido de las circunstancias. Es increíble las ventajas que se pueden sacar. Una pequeña nota, de por sí insignificante, acaba siempre, leída en determinadas circunstancias, adquiriendo una importancia decisiva a sus ojos. Ella no pudo decirme nada, pues yo había dispuesto las cosas de tal forma que tuviese que acompañar a una de las señoras a su casa. Ha tenido que esperar hasta hoy. Y esto es un buen sistema para infundirle una impresión más profunda en el alma. Parece que siempre me preocupo yo. Tengo la ventaja de que cuanto más presente estoy en sus pensamientos más la sorprende.

El amor tiene realmente su dialéctica. Una vez me había enamorado de una jovencita. Y el verano pasado, en el teatro de Dresde, vi a una actriz que se le parecía extraordinariamente, por lo que pensé establecer contacto con ella y lo conseguí; sólo entonces me di cuenta del poco parecido que tenía. Hoy me he encontrado en la calle con una señora que se parece a esa actriz. Y esta historia podría continuar al infinito.

Mis pensamientos asedian a Cordelia; como ángeles se los envió a su alrededor. Igual que Venus en su carro tirado por palomas, también ella se sienta en su carro triunfal, al que yo ato mis pensamientos como criaturas aladas. Ella se sienta alegre, tan rica como una niña, tan imponente como una diosa, y yo avanzo a su lado. ¡En realidad, una jovencita es y seguirá siendo lo Venerabile de la naturaleza y de toda la existencia! Nadie lo sabe mejor que yo. El único disgusto es que tanto esplendor dura muy poco. Ella me sonrío, me saluda, me hace señas como si fuera mi hermana. Una sola mirada le recuerda que es mi amada.

El amor tiene distintas posturas. Cordelia hace muchos progresos. Ella se sienta en mis rodillas, con su brazo mórbido y cálido me rodea el cuello; se apoya en mi pecho, ligera, sin gravedad corporal; sus mórbidas formas apenas me tocan, su elegante figura, suelta y sin nudos, se enrosca alrededor como una flor. Sus ojos se esconden tras los párpados, los blancos pechos ciegan como nieve, tan lisos que mi mirada no puede posarse, patinaría si los pechos no se agitaran. ¿Qué quiere decir esta agitación? ¿Es amor? Quizá. Es el presentimiento, el sueño. Pero aún no tiene energía. Ella me abraza por todas partes como las nubes abrazan a quien viene transfigurado por la santidad, dulcemente como una brisa, mórbidamente como se abraza a una flor; me besa vagamente, como el cielo besa el mar, dulce y suavemente como el rocío besa las flores, solemnemente como el mar besa la imagen de la luna.

Su pasión podría llamarla en este momento pasión ingenua. Cuando haya tenido lugar el cambio y yo haya empezado seriamente a echarme para atrás, intentará por todos los medios aprisionarme de verdad. Para este fin, ella no tiene más medios que el erotismo, sólo que éste se mostrará entonces con una variante. Será un arma en sus manos, que apuntará a mí. Entonces yo tendré una pasión reflejada. Ella lucha por sí misma, pues sabe que yo poseo lo erótico; lucha por sí misma, para ganarme. Ella tiende a una forma superior de lo erótico. Lo que yo, inflamándole, le he enseñado a sospechar, ahora mi frialdad le enseñará a entender, pero de tal forma que ella crea que lo ha descubierto por sí misma. Por eso ella querrá sorprenderme, creará que me ha superado en temeridad y así me ha aprisionado. Su pasión es ahora decidida, enérgica, concluyente, dialéctica; su

beso es total, y su abrazo ininterrumpido... Ella busca en mí su libertad, y la encontrará mejor cuanto más estrechamente la apriete. El noviazgo se romperá. Cuando tenga lugar esto, ella tendrá necesidad de un poco de paz, para que nada desagradable pueda aflorar durante este salvaje alboroto. Una vez más su pasión se concentrará, y ella será mía.

Así como en la época de Eduardo me ocupaba indirectamente de sus lecturas, ahora lo hago directamente. Le ofrezco lo que pienso que es el mejor alimento: mitología y leyendas. Pero en esto, como en todo lo demás, ella tiene su libertad, yo escucho sus sugerencias. Si no me hace ninguna, entonces se lo inspiro yo.

En general, es una diversión muy tonta esa de las chachas, en verano, en el parque zoológico. Sólo pueden ir una vez al año, y por este motivo han de sacar el mayor provecho. Tienen que tener sombrero y chal, o sea que quieren figurar cueste lo que cueste. Su alegría es excesiva, vulgar y lasciva. Yo prefiero ir al parque de Frederiksberg. Ellas van el domingo por la tarde, y yo las acompaño. Aquí todo es civilizado y decente, la alegría es más tranquila y distinta. En general, el hombre que no se fija en las chachas pierde más que lo que pierden ellas. La numerosa tropa de chachas representa la armada más hermosa que tenemos en Dinamarca. Si yo fuera rey, ya sé lo que haría: no pasaría revista a tropas en formación. Si yo fuera uno de los treinta y dos consejeros de la ciudad, presentaría inmediatamente una propuesta para crear un comité de beneficencia, que, con conocimiento, juicio, perspicacia y oferta de premios, intentase promocionar por todos los medios que las chachas vistieran con mayor cuidado y gusto. ¿Por qué tiene que ser derrochada la belleza? ¿Por qué tiene que pasar desapercibida toda la vida? ¡Dejemos que, al menos una vez a la semana, se manifieste en el esplendor que más resalte! Pero en primer lugar, gusto y discreción. Una criada no tiene que tener el aspecto de una señora; es verdad que casi tiene un derecho político, pero es un presupuesto -que este estimado escrito denuncia- totalmente equivocado. Pues, si de esta forma se pudiese anticipar un deseable florecer de la clase de las criadas, ¿no resultaría incluso una ventaja para nuestras hijas? ¿O es demasiado impulsivo por mi parte buscar por este camino el futuro de Dinamarca, que se puede decir que es realmente incomparable? Si me fuera concedido vivir hasta esa edad de oro, podría, en conciencia, estar todo el día dando vueltas por calles y plazas alegrándome la vista con tanto espectáculo. ¡Qué veloz corre mi pensamiento, presa del ímpetu y del patriotismo! De todas formas, yo vengo aquí, al parque de Frederiksberg, donde los domingos por la tarde se acercan las chachas, y las sigo... De entrada van las más provincianas, con sus amantes, en una segunda fila las jovencitas con las manos delante y los chicos detrás, y en una tercera fila, dos chicas y un chico. Esta multitud forma el marco, a menudo están de pie o se sientan a la sombra de los árboles en la gran plaza, frente al pabellón. Están llenas de salud, frescas, sólo sus colores, tanto del rostro como de los vestidos, son algo chillones. Luego, vienen las chicas de Jutlandia y de Funen. Altas, desenvueltas, más bien fuertes, y algo desordenadas en el vestir. El comité a tendría mucho que hacer por ellas. Tampoco faltan representantes del distrito de Bornholm: buenas fregonas, pero poco accesibles tanto en la cocina como en Frederiksberg; su aspecto tiene algo de altivamente intratable. A su presencia, como contraste, no le falta eficacia; tal vez sentiría que faltasen, pero raramente me acerco a ellas... Sigue el grueso del pelotón: las chicas de Nyboder. Más bajas de estatura, muy llenitas, afables, delicadas de cutis, vivarachas, alegres, listas,

habladoras, algo coquetas y, sobre todo, sin sombrero. Se visten de forma parecida a las señoras, pero destacan dos cosas: no tienen chal sino un pañuelo al cuello, y nada de sombrero, al máximo una graciosa cofia, aunque preferentemente van con la cabeza descubierta... "¡Mira! ¡Buenos días, María! ¿Cómo por estos lugares? ¡Hace un montón de tiempo que no la veía! ¿Siempre bien en casa del Consejero?" «Sí, señor». "Una buena colocación, ¿no es cierto?" "¡Bueno!" "Es un buen puesto, ¿verdad?" "Sí". ¿Pero venís aquí sola, no hay nadie que os acompañe... algún enamorado? ¿Quizá él no ha tenido tiempo hoy, o lo esperaréis...? ¿Cómo? ¿No tenéis novio? Es imposible. La jovencita más linda de Copenhague, una jovencita que está al servicio del Consejero, una jovencita que es gloria y honor de la categoría, una jovencita que viste tan bien y... con tanto gusto. Es muy bonito el pañuelo que lleváis en la mano, y además de una tela muy fina... Veo que tenéis las mangas bordadas, seguro que os han costado más de diez marcos... muchas damas ilustres no las llevan así... guantes franceses... sombrilla de seda... Y una jovencita como vos no tiene novio... Es inadmisibile. Si recuerdo bien le gustabais bastante a Jens, ¿os acordáis de Jens? Jens trabajaba en el almacén, en el segundo piso...

He dado en el blanco... ¡porque no tenéis novio! Jens era un buen muchacho, tenía un buen empleo, quizá con el pasar del tiempo y con una recomendación del almacenero podía haberse hecho policía o calefactor, no era un partido nada despreciable... Sin lugar a dudas la culpa ha sido vuestra, habéis sido bastante brusca con él... "¡Nada de eso!

Me enteré de que Jens ya era novio de una jovencita con la que no se debía comportar muy bien"... ¡Qué cosas tengo que oír! ¡Quién habría dicho que Jens fuese un tipejo así...!, sí, los militares... los militares: no se puede uno fiar de ellos... Habéis hecho muy bien; una jovencita como vos no vale la pena que caiga con el primero que llegue... siempre se puede encontrar un partido mejor, os lo garantizo... ¿Cómo está la señorita Juliana? Hace mucho tiempo que no la veo. Querida María, tú podrías darme alguna información -ya que sólo el desafortunado en amores puede ser comprensivo con los demás... Aquí hay mucha gente... no quiero hablar no sea que alguien nos esté espiando... Concédeme un momento de atención, querida María... Mira, ahí hay un sendero, en esa calle sombreada, donde los árboles están más frondosos y nos ponen al reparo de los demás; aquí, donde no vemos a nadie y no oímos voz alguna, sino un suave eco de los temas musicales... aquí te puedo hablar de mi secreto... ¿No es verdad que, si Jens no hubiese resultado ese tipejo, habrías venido aquí con él, del brazo, a escuchar la dulce música y a gozar?... ¿Por qué estás tan nerviosa? ¡Olvida a Jens!... ¿Quieres ser injusta conmigo?... He venido aquí para veros... para veros iba a casa del Consejero... Habrás notado... cada vez que me era posible me acercaba a la puerta de la cocina... tú tienes que ser mía... y luego se harán las amonestaciones... mañana por la tarde te explicaré todo... mira, por la escalera de servicio, la primera puerta a la izquierda frente a la de la cocina... adiós, querida María... procura que nadie sepa que me has visto o que has hablado conmigo, tú ya conoces mi secreto... Es muy bonita, se podría sacar algo... Nada más entrar en su habitación me encargaré yo mismo de las amonestaciones. Siempre he intentado realizar la bella aárpkela [autosuficiencia] griega, y sobre todo prescindir del pastor.

Podría ser muy interesante para mí, si fuera posible, estar detrás de Cordelia en el instante en que recibe mi carta. Podría entonces conocer fácilmente lo que, en sentido propiamente erótico, ella saca de ésta. Por sí mismas las cartas son y seguirán siendo un medio impagable para impresionar a una joven, pues a menudo la escritura muerta ejerce

un influjo muy superior al de la palabra viva. Una carta es una comunicación misteriosa; se hace uno dueño de la situación, no se sienten las presiones de parte de alguien que esté presente, y yo creo que una jovencita prefiere siempre quedarse a solas con su ideal, aunque sólo sea un momento, pero precisamente en el momento en que ese ideal obra fuertemente en sus sentimientos. Aunque su ideal haya encontrado expresión bastante completa en una determinada persona amada, hay momentos en los que ella siente que en el ideal existe una superabundancia que no tiene la realidad. Deben de tener lugar estas grandes fiestas de reconciliación, basta aprovecharlas de forma justa, para que no vuelva de nuevo agotada a la realidad, sino que salga reforzada de ellas. Y para esto resultan de gran ayuda las cartas, ya que, al no ser vistos, se está espiritualmente presentes en esos momentos de iniciación sagrada, mientras la imagen que acompaña a la persona del autor de las cartas forma un natural y fácil paso a la realidad.

¿Podría estar celoso de Cordelia? (¡Muerte y cordura!). Sin embargo, desde otro punto de vista, no. Si yo, a pesar de haber triunfado en mi guerra contra un rival, viese que su naturaleza se ha deteriorado y ya no es como la deseaba... renunciaría a ella.

Un antiguo filósofo ha dicho que si se anota exactamente todo lo que nos toca vivir, se convierte uno, sin saber una palabra de filosofía, en filósofo. Pues bien, yo he vivido por mucho tiempo en contacto con la categoría de los novios. Algún fruto podré haber sacado de esa experiencia. He pensado recoger el material para un ensayo titulado: Contribución a la Teoría del Beso, Dedicada a los Amantes Sensibles. Resulta, por otra parte, extraño que no exista ningún tratado sobre este tema. Si consigo llevarlo a cabo, a la vez habré tapado un hueco que se notaba mucho. ¿Esta deficiencia en la literatura depende del hecho de que los filósofos no se dedican a estos temas o de que son completamente incompetentes sobre el particular? De todas formas, puedo desde este momento dar algunas pistas. Para un beso real y auténtico se necesita la participación de un hombre y una jovencita, que son los agentes. Un beso entre hombres es insípido o, lo que es peor aún, desagradable. Además, yo entiendo que un beso se acerca más a su ideal cuando un hombre besa a una jovencita y no cuando una jovencita besa a un hombre. Si con el pasar del tiempo esta relación se hace distinta, el beso habrá perdido todo significado. Esto vale particularmente para el beso marital doméstico, con el que los cónyuges, a falta de servilleta, se limpian mutuamente la boca, como diciendo: ¡buen provecho! Si hay mucha diferencia de edad, el beso se aleja totalmente de su ideal. Recuerdo que en una escuela femenina de provincias en los cursos superiores había una especie de examen final: besar al director, expresión con la que se comprometían a una representación nada fácil. El origen de esta costumbre era el siguiente. La profesora tenía un cuñado que vivía en su casa y que había sido director y, como era anciano, se tomaba la libertad de besar a las jovencitas. El beso tiene que ser expresión de una determinada pasión. Cuando un hermano y una hermana, además gemelos, se besan, su beso no es real ni auténtico. Lo mismo se diga de un beso como prenda de un cumpleaños o de un beso robado. El beso es una acción simbólica, que no significará nada si faltan los sentimientos de los que es expresión, y estos sentimientos sólo le acompañan en determinadas circunstancias. Si se quiere hacer una clasificación del beso, se pueden tener en cuenta distintos principios. Se le puede clasificar por el sonido; por desgracia, nuestra lengua es parca en relación con las observaciones hechas por mí. No creo, por otra parte, que ninguna lengua del mundo tenga el suficiente vocabulario de términos onomatopéyicos

para subrayar las diferencias que yo, en casa de mi tío, he conocido. Pueden ser restallantes, silbantes, sonoros, explosivos, estruendosos, resonantes, crujientes como seda japonesa, etcétera. Se pueden subdividir, en relación con el contacto, en besos tangenciales, o en *passant*, y en besos adherentes. En relación con la duración.

se pueden subdividir en largos y cortos. En relación con el tiempo, hay otra clasificación, la que mayor satisfacción me produce. Se distingue entre el primer beso y los demás. El primero, que aquí tenemos en cuenta, es inconmensurable en relación con las otras distinciones, y es en general indistinto en relación con el sonido, contacto y tiempo. El primer beso es cualitativamente distinto a los demás. Pocos se fijan en estas cosas, pues consideran una desgracia que tenga lugar el segundo sin que haya habido un primero.

Cordelia mía:

Una buena respuesta es como un dulce beso, dice Salomón. Y tú sabes que no soy muy apañado para hacer preguntas, parece que no sé preguntar. Esto depende del hecho de que los demás no me entienden lo que pregunto, pues tú y sólo tú entiendes lo que yo pregunto, tú y sólo tú sabes contestar, tú y sólo tú sabes dar una buena respuesta, pues una buena respuesta, es como un dulce beso, dice Salomón.

Tu Juan

Hay una gran diferencia entre erotismo espiritual y terrenal. Hasta ahora traté de desarrollar, sobre todo, el espiritual en Cordelia. Pero de ahora en adelante estaré presente de una forma completamente distinta, mi presencia no debe tener sólo valor de acompañamiento, sino que debe ser tentadora. En estos días me he preparado especialmente, revisando el conocido pasaje sobre el amor de Fedro. Éste electriza completamente mi ser y constituye un excelente preludio. Platón entendía realmente de Erótica.

Cordelia mía:

Los latinos dicen del discípulo atento que pende de los labios del maestro. Para el amor todo es imagen y, en cambio, la imagen se convierte en realidad. ¿No soy un discípulo diligente y atento? No me respondas.

Tu Juan

Si otros, y no yo, viviesen este desarrollo, probablemente sería demasiado prudente permitir que se lo guíe. Si consultara a un novio, éste con grandes aires de franqueza seguramente diría: Yo busco en vano entre las posturas de amor el punto en el que se cruzan los discursos de amor de los enamorados. Y le respondería: Me alegra que lo busques inútilmente, porque este punto no tiene lugar en el campo de la Erótica, ni siquiera cuando se introduce lo interesante. El amor es tan sustancial que no se puede

contentar con chismes; las situaciones eróticas son tan significativas que no se pueden saciar con tonterías. Éstas son, en determinados ambientes, tácitas y tranquilas, y sin embargo tan elocuentes como el saludo musical de Memnón¹¹. Eros obra, no habla. Y si habla, lo hace con enigmáticos síntomas, mediante música alegórica. Las situaciones eróticas son plásticas o pictóricas; pero la de dos que hablan de su amor no es ni plástica ni pictórica. Si, por ejemplo, dos esposos que se respetan empiezan con estos discursos, subsiste aún el hilo armónico de su locuaz matrimonio. Estos discursos son a la vez premisa y promesa para que en su matrimonio no falte la dote de la que habla Ovidio: dos est uxoria lites...[la dote es la disputa de la mujer. Si es preciso que se hable, basta que hable uno. El hombre tiene que hablar, y por este motivo tiene que estar en posesión de alguna de esas facultades que constituyen la verdadera fascinación de Venus: conversación y adulación, es decir, el arte de insinuar. De esto no se debe deducir que Eros sea mudo, y que tenga que ser eróticamente errado conversar, sino que la conversación tiene que ser erótica, sin perderse en reflexiones ejemplares sobre los aspectos de la vida y cosas por el estilo, y que la conversación se considera como un descanso entre una acción erótica y otra, un pasatiempo, y no de los mejores. Tal charla, tal confabulatio, tiene una naturaleza casi divina, y yo nunca me aburro conversando con una jovencita. Es decir, que puedo terminar aburriéndome de la jovencita, pero nunca de conversar con ella. Sería tan imposible como cansarme de respirar. Estas charlas tienen de particular que surge espontáneamente la conversación. El coloquio se mantiene muy pegado al suelo, no tiene un argumento, la casualidad es la ley de sus movimientos... pero son infinitas y muy afortunadas sus procreaciones.

Cordelia mía:

Mía... tuyo»: estas palabras abren y cierran como un paréntesis el pobre contenido de mis cartas. ¿No has notado que el intervalo entre ambos signos se hace cada vez más corto? ¡Oh, Cordelia mía! ¡Es hermoso que, cuanto más pobre de contenido sea el paréntesis, más rico resulte de significado!

Tu Juan

Cordelia mía:

¿Un abrazo es una batalla?

Tu Juan

En general Cordelia está en silencio. Y esto me gusta. Ella tiene una naturaleza femenina demasiado profunda para afligir a un hombre con el hiato, figura retórica típica de la mujer, y que es inevitable cuando el hombre, que debería representar las consonantes anteriores y posteriores que limitan el hiato, es muy efímero. Por eso una brevísima declaración desvela a veces lo que ella oculta. Entonces acudo en su ayuda. Es

¹¹ Rey de los etíopes, aliado de Priamo en la guerra de Troya, lo mató Ulises, pero su madre Eos obtuvo para él la inmortalidad. A orillas del Nilo había una estatua de un dios egipcio, que más tarde se llamó estatua de Menón: al amanecer emitía un sonido que se interpretó como el saludo de Menón a su madre Eos.

igual que, si detrás de un hombre, que con mano insegura traza los simples contornos de un dibujo, hubiese otro que al mismo tiempo borra todo atrevimiento o redondez. Hasta ella se sorprende, pero parece que le gusta. Por esto me preocupo de ella, de sus expresiones inadvertidas, de sus palabras pronunciadas por casualidad y, al repetírselas de nuevo, siempre asumen un significado más profundo, que ella a la vez conoce y no conoce.

Hoy estábamos juntos. No nos habíamos intercambiado palabra alguna. Estábamos cerca de la mesita, y entró el criado para decirle a Cordelia que un mensajero quería hablar con ella. Este mensajero venía de mi parte, portador de una carta que contenía alusiones sobre una expresión que se me había escapado. Había sabido entremezclarla en la acostumbrada conversación de salón, de forma que Cordelia, aunque estuviera sentada lejos de mí, necesariamente la tendría que oír y malentender. La carta se ocupaba de eso. En caso de que no consiguiera dar este giro a la conversación, yo habría estado presente para confiscar la carta en el momento más oportuno. Ella volvió y tuvo que recurrir a una mentira. Este tipo de salidas consolida la misteriosidad erótica, sin la que no se puede recorrer el camino que se le ha trazado.

Cordelia mía:

¿Crees que apoyando la cabeza en la colina de las hadas se ve en sueños la imagen de alguna? No lo sé, pero sé que, cuando apoyo la cabeza en tu pecho y no cierro los ojos sino levanto la vista, veo el rostro de un ángel. ¿Crees que apoyando la cabeza en la colina de las ninfas se puede descansar tranquilo? Yo no lo creo, pero sé que, apoyando mi cabeza en tu seno, éste se agita mucho y el sueño no viene a mis ojos.

Tu Juan

Jacta est alea [la suerte está echada]. Ahora hay que realizar una conversión. Hoy estaba en su casa con una sola idea. No tenía ni ojos ni oídos para ella. Pero la idea era interesante y ella estaba fascinada. No habría estado bien empezar esta nueva operación comportándome con frialdad en su presencia. Ahora que ya me he ido y que el pensamiento no me atormenta, ella descubre con facilidad que yo era distinto de lo que he querido siempre aparentar. El hecho de que ella descubra este cambio en un momento de soledad hará que este descubrimiento sea mucho más doloroso, tendrá un efecto más lento, pero mucho más penetrante. Ella no puede desahogarse inmediatamente, y cuando tenga la ocasión habrá formulado tantos pensamientos que no los podrá expresar todos de una vez, y se quedará siempre con un resto de duda. Aumentará la inquietud, no habrá cartas, se interrumpirá la nutrición erótica, el amor se despreciará como irrisorio. Quizá por un instante ella querría seguirme en este campo, pero a la larga no podrá aguantar. Y entonces intentará apresarme con los mismos medios que yo utilicé con ella, con el erotismo.

En materia de rescisión de noviazgo, cada jovencita tiene una gran casuística; y, aunque en los colegios no sea materia específica de curso alguno, una chiquilla es muy práctica en los casos en los que, si surge una controversia, hay que rescindir el noviazgo. En realidad, esto debería constituir materia obligatoria de examen en los últimos años; y,

a pesar de que conozca que los programas que se desarrollan en los colegios femeninos son monótonos, estoy convencido de que en este tema no faltarían variaciones, considerando que el problema en cuestión abriría un amplio campo a la agudeza de una jovencita. ¿Y por qué no habría que ofrecer a una jovencita la oportunidad de mostrar, de la forma más brillante, su agudeza? ¿O no se le debe ofrecer la oportunidad de mostrar lo madura que está... para el noviazgo? Una vez me tocó vivir una experiencia muy interesante. En una familia, donde iba de visita de vez en cuando, un día los padres estaban fuera y las dos hijas más pequeñas habían invitado a un grupo de amigas a tomar el té. Eran ocho en total, entre dieciséis y veinte años. Probablemente no esperaban ninguna visita, y la criada tenía órdenes de decir que no estaban en casa. A pesar de todo, yo entré e inmediatamente me di cuenta de que ellas se quedaron algo sorprendidas. ¡Vete a saber de qué estaban hablando estas ocho jovencitas en una asamblea sinodal tan solemne! A veces las mujeres casadas se reúnen en asambleas parecidas. En estas ocasiones, se exponen problemas de alta teología o, particularmente, cuestiones importantes: cuándo se puede dejar que vaya sola una jovencita al mercado; si es mejor abrir una cuenta con el carnicero o pagar todos los días; si se puede consentir que la cocinera tenga novio, y de qué forma hay que liberarse de estos asuntos del corazón, que retrasan la preparación de la comida...

Tomé asiento en esa agradable reunión. Estábamos al principio de la primavera. El sol enviaba algunos rayos, cual apresurado anuncio de su próxima llegada. En la habitación todo tenía un aspecto invernal, y por este motivo esos rayos de sol eran muy prometedores. La cafetera fumaba en la mesa... y las jovencitas estaban alegres, frescas, florecientes, desembridadas, ya que la turbación se había pasado. Y, por otra parte, ¿qué podían temer? Su fuerza, en cierto sentido, se podía considerar masculina... Conseguí atraer su atención sobre la pregunta: ¿Cuándo se puede romper un noviazgo? Mientras mi mirada se satisfacía vagando de una flor a otra de ese tropel de jovencitas y gozaba posándose en una u otra belleza, mientras mi oído externo se alegraba gozando de la agradable música de sus voces, mi oído interno estaba tenso escuchando lo que decían. Una sola palabra me bastaba para llegar a lo más profundo del corazón de estas jovencitas y de su pasado. ¡Cuánta seducción hay en los caminos del amor, y qué interesante resulta investigar lo lejos que a veces uno ha ido! Aunque continuamente yo atizase el fuego, y la sutileza del ingenio, del espíritu y de la objetividad estética contribuyesen a que se encontraran a gusto, nos quedamos siempre en los límites de la más respetuosa decencia. Mientras dábamos vueltas por las fáciles regiones de la conversación, siempre había la posibilidad de empujar con una palabra a esas extraordinarias chiquillas y ponerlas en un brete fatal. Y esta posibilidad dependía de mí. Las jovencitas no lo entendieron ni lo sospecharon. En el fácil juego de la conversación sus miradas estaban gachas, así como Shahrazad retrasó con sus historias la condena a muerte... A veces yo empujaba la conversación hacia los límites de la melancolía, otras dejaba que la insolencia se manifestara, y otras las incitaba a un juego dialéctico. ¿Y qué temas, a la medida de nuestro alcance, resultan más interesantes? Continuamente sacaba nuevos temas... Conté que una jovencita había tenido que romper el noviazgo por la crueldad de los padres. El resultado infeliz de este amor casi hizo que aparecieran lágrimas en sus ojos... Conté que un hombre había roto su noviazgo aduciendo dos motivos: que la jovencita era muy alta y que no se había puesto de rodillas ante ella para confesarle su amor. Y, al objetarles que difícilmente se podrían considerar motivos suficientes, habría contestado que eran

suficientes y así obtener la respuesta que yo quería, ya que ningún hombre puede responder razonablemente a esas cosas... Sometí a la atención de la asamblea un caso muy difícil. Una jovencita había roto su noviazgo por estar convencida de que ella y su novio no estaban hechos la una para el otro. Queriendo hacerla razonar, el enamorado le había asegurado que su amor era sincero, a lo que ella había contestado: o nosotros estamos a gusto juntos y hay una simpatía efectiva, y entonces entenderás que no estamos hechos el uno para el otro; o no estamos a gusto juntos y entonces entenderás que no estamos hechos el uno para el otro. Fue una gozada ver cómo las jovencitas afinaban su ingenio para entender este enigmático discurso, pero noté en seguida que dos lo habían entendido perfectamente, pues en cuestión de rescisión de noviazgo cada joven es una casuística... Estoy totalmente convencido de que, si una conversación trata de los casos en los que se puede romper un noviazgo, es más fácil discutir con el diablo que con una jovencita...

Hoy me encontraba en su casa. Con la mente revuelta me puse a llevar la conversación al mismo tema con el que días antes había conseguido liarla, intentando una vez más conducirla al éxtasis. "Tengo que hacer aún una observación, que ayer se me ocurrió después de irme". Tuve suerte. Mientras estoy con ella, le gusta escucharme, pero, cuando me voy, se da cuenta de que la he engañado y que yo he cambiado. Y con este sistema desaparecen sus acciones. Es un sistema desleal, sin embargo es conforme a la finalidad, como todos los métodos indirectos. Ella se puede explicar perfectamente cómo estas cosas puedan ocupar mi pensamiento; esto despierta inmediatamente su interés, y mientras tanto yo la engaño con el auténtico erotismo.

Oderint, dum metuant [Se odian mientras se temen], como si temor y odio estuvieran atados juntos, y temor y amor no tuviesen nada que ver entre sí. ¡Como si el temor no hiciera interesante el amor! ¿Qué es, por otra parte, el amor que dedicamos a la naturaleza? ¿No está hecho, por casualidad, de ansia y de terror, pues su dulce armonía se abre camino entre la iniquidad y desórdenes salvajes, su seguridad entre las infidelidades? Pero es precisamente esta ansia lo que me ata. Así tiene que ser el amor para que sea interesante. Tras él tiene que agazaparse la noche profunda y tenebrosa, de la que despunta la flor del amor. Así la *nynphaea* blanca apoya su cáliz en la superficie de las aguas, mientras el pensamiento se quiebra, cayendo en la más oscura tenebrosidad, en donde tiene sus raíces... Me he dado cuenta de que ella siempre, cuando me escribe, me llama mío, pero que no tiene el ánimo de decírmelo a la cara. Hoy se lo pedí, insinuándoselo y con un arrebato erótico. Iba a hacerlo, pero una mirada irónica, rápida y más corta de lo que se puede decir, fue suficiente para hacerlo imposible, aunque mis labios la incitasen convincentes. Tal estado de ánimo es normal.

Ella es mía. No se lo confío, como es costumbre, a las estrellas, pues no veo qué interés puede suscitar en esos mundos lejanos esta noticia. Ni se lo confío a los hombres, ni siquiera a Cordelia. Este secreto lo tengo sólo para mí, casi se lo susurro a mi yo en los más apartados coloquios conmigo mismo. La temida resistencia por su parte no fue muy grande, aunque resultó admirable la fuerza erótica desplegada. ¡Qué interesante resulta en esta profunda pasionalidad! ¡Qué rápida en ponerse a cubierto, lista en penetrar a hurtadillas por todas partes, hábil en descubrir los puntos débiles! Todo se pone en movimiento, y con el ruido de los elementos yo me encuentro en mi elemento. Sin

embargo, a pesar de la agitación, no pierde su encanto, ni las sensaciones le dejan cansada, ni los instantes cruciales la encuentran distraída. Es una Anadiomene, que no surge rodeada por fuertes emociones de amor, de ingenuo encanto o de quietud imperturbable, sino turbada, a pesar de ser siempre unidad y Equilibrio. Armada con las armas del amor, y dispuesta para el combate, lucha con los dardos de los ojos, con la altanería de las cejas, con la misteriosidad de la frente, con la elocuencia de los pechos, con los encantos peligrosos del abrazo, con la plegaria de los labios, con la sonrisa de las mejillas, con la dulce seducción de toda la figura. Hay en ella una fuerza, una energía casi de Valquiria, pero el vigor erótico está templado por la languidez difusa que sale de ella... A la larga ella no puede estar en esta cima, donde sólo la angustia y la inquietud pueden sujetarla e impedir que se caiga abajo. Después de estos movimientos, ella sentirá que el noviazgo es algo angosto y vago. Se convertirá en la tentadora, y me seducirá para que traspase los límites de lo habitual, de lo cual ella será consciente. Esto es lo que busco.

No faltarán ahora declaraciones por su parte insinuando lo cansada que está del noviazgo. No pasan desapercibidas a mi oído, son los centinelas de mis operaciones en su ánimo que me hacen señales indicativas, son la punta del hilo que yo, en mi plan, voy envolviendo a su alrededor.

Cordelia mía:

Te quejas del noviazgo, presumes de que nuestro amor no tiene necesidad de un lazo externo, que resulta sólo un impedimento. ¡Qué bien reconozco en esto a mi mejor Cordelia! ¡Te admiro, de verdad! Nuestra unión externa es sólo separación. Aún hay entre nosotros una pared que nos separa como a Píramo de Tisbe. Aun la complicidad de los hombres nos perjudica. Sólo en lo contrario está la felicidad. Cuando ningún extraño sospeche el amor, sólo entonces éste adquiere significado; cuando el intruso crea que los amantes se odian mutuamente, sólo entonces el amor es feliz.

Tu Juan

Pronto se romperá el lazo del noviazgo. Ella misma lo romperá, para encadenarse mucho más, si esto fuera posible, con esta ruptura, de la misma forma que los anillos rotos de una cadena aprisionan más los aún intactos. Si fuera yo el que rompiera el noviazgo, no asistiría a ese salto mortale erótico, que resulta muy seductor y es signo seguro de su intrepidez. Signo para mí muy importante. Toda esta aventura tendrá para mí desagradables consecuencias en relación con los demás hombres. Saldré malparado, odiado, despreciado, aunque sin razón, ¿pues no sería una ventaja para muchas? Hay muchas doncellas que, no habiendo conseguido encontrar novio, se sentirían muy contentas de llegar tan cerca de su noviazgo. A fuer de ser sincero, diré que es bueno infligir una pequeña herida, pues, aunque se luche por conseguir un puesto en la Lista de Espera, subsiste el riesgo de quedarse sin competencia; y cuanto más alto se coloca uno, cuanto más se le empuja adelante, termina teniendo menos competencia. En el mundo del amor no vale el principio de ancianidad, respecto a los ascensos y esperas. Y sucede que una doncella se cansa de estar siempre encerrada en la tranquilidad doméstica, y tiene necesidad de que su vida se vea agitada por una aventura. Y por esto no hay nada

comparable con una buena historia de amor infeliz, sobre todo si se puede aguantar fácilmente. Uno se ve entonces, con la ayuda del prójimo, formando parte del grupo de las engañadas, y si no tiene méritos suficientes para que la acojan en un beaterio de Magdalenas, no le queda más remedio que refugiarse en una congregación de lacrimosas. Como consecuencia, me odian. Y a éstas se une el grupo de las que han sido completamente engañadas, a medias, o en tres cuartos. En este sentido hay muchos grados, desde las que tienen un anillo al que hace referencia su dolor hasta las que su odio recuerda un apretón de manos en un baile. Su herida se abre con cualquier nuevo dolor. El odio de éstas lo tomo como suplemento. Todas éstas que odian son naturalmente cripto-amantes, aspirantes a mi pobre corazón. Ahora bien, un rey sin corona es una figura ridícula, pero una guerra de sucesión, entre un grupo de pretendientes a un trono sin reino, supera toda ridiculez. Y de esta forma yo tendría que ser amado y considerado por el bello sexo como un banco. Un novio que se precie puede ocuparse de una sola, pero a una cuadrilla tan grande sólo la puede contentar, o mejor dicho tolerablemente contentar, un número adecuado de amantes. Y esta última parte del discurso no me afecta, más aún tengo, por causa de esa ruptura, la ventaja de presentarme en un puesto bastante nuevo. Las jovencitas me compadecerán, tendrán compasión de mí, suspirarán por mí, mientras yo me inmiscuyo en su coro y puedo conseguir alguna presa.

Es muy raro, pero en los últimos tiempos me doy cuenta con dolor de que me está saliendo esa marca deshonrosa que Horacio auguraba a toda jovencita infiel: un diente negro, y además un incisivo. ¡Hasta qué punto se puede ser supersticioso! Este diente me angustia constantemente, no consigo tolerar ninguna alusión sobre el particular, es mi punto débil. Mientras en otros aspectos estoy completamente acorazado, sin embargo el más tonto, por el simple hecho de insinuarme algo sobre el dichoso diente, me hiere más profundamente de lo que él se piense. Intento inútilmente, por todos los medios, que se ponga blanco. Digo entonces como Palnatoke¹²:

*...día y noche yo lo refriego,
pero esta sombra negra no quito.*

La vida es muy enigmática. Una particular tan insignificante me puede angustiar mucho más que una situación dura, un trabajo arriesgado. Me lo arrancaré, aunque corra el riesgo de destruir los órganos bucales y de debilitar la potencia de la voz. Me lo arrancaré cueste lo que cueste, y me pondré uno falso. Para el mundo éste será falso, pero para mí será falso el negro.

Es un hecho muy notable que Cordelia obstaculice el noviazgo. El matrimonio es y sigue siendo una venerable institución, aunque le acompañe el aburrimiento, pues, gracias a él, en la juventud se puede gozar de esa venerabilidad que sólo se logra con la edad. Un noviazgo es, por el contrario, pura invención humana, y por esto mismo importante y a la

¹² Héroe legendario danés

vez ridícula, hasta tal punto que resulta bastante obvio que una jovencita, en la apoteosis de su pasión, por una parte se considera al margen, y por otra advierte la importancia, y siente la energía de su alma bajo la forma de una fuerte presión sanguínea en todo su cuerpo. Por esto ahora es preciso saber llevar a Cordelia de manera que en su audaz vuelo pierda de vista el matrimonio y, algo todavía más importante, la tierra firme de la realidad, de forma que su alma, tanto por orgullo como por temor de perderme, anule esta creación imperfecta y humana para ocuparse de algo que está más allá de las cosas humanas. Y no tengo nada que temer sobre el particular, pues en el camino por encima de la vida ella es tan alada y tan ligera, que, en parte, la realidad ya se ha perdido de vista. Además, yo estoy siempre junto a ella, dispuesto a desplegar velas.

La mujer es y seguirá siendo para mí un inagotable tema de reflexión, una eterna fuente de observaciones. Quien no siente la necesidad de un estudio así podrá ser lo que quiera para el resto del mundo, para mí sobre todo no será un esteta. El lado magnífico y divino de la estética es que puede ponerse en relación con la belleza, tiene que ver esencialmente con las humanidades y con el bello sexo. El pensamiento del sol de la femineidad irradiándose en una infinita multiplicidad, esparciéndose en una confusión de expresiones, en el que cada mujer asume en sí una pequeña parte de toda la riqueza de la femineidad, pero de forma que el resto de lo que ella posee armónicamente se concentre en este punto, este pensamiento puede hacerme exultar, llenándome el corazón de alegría. En este sentido, la belleza femenina es infinitamente divisible. Sin embargo, cada parte de esa belleza tiene que estar regulada por la armonía, de lo contrario obra tan negativamente, que me empuja á pensar que la naturaleza tuvo excelentes propósitos al crear, por ejemplo, a esta jovencita, pero después no hizo nada. Mi mirada no se cansa de recorrer esta diversidad periférica, este desparramamiento radiante que emana de la belleza femenina. Cada punto tiene su pequeña parte y por tanto forma en sí una unidad completa, feliz, alegre, bella. Y cada una tiene su fascinación particular: la sonrisa alegre, la mirada maliciosa, el ojo escrutador, la cabeza inclinada, el ánimo libertino, la tranquilidad inquieta, el presentimiento profundo, la melancolía profética, la nostalgia terrena, las vagas emociones, las cejas temblorosas, los labios interrogantes, la frente misteriosa, los rizos seductores, las cubiertas cejas, la celestial altanería, el terreno pudor, la pureza angelical, el secreto rubor, el paso ligero, los elegantes movimientos, la postura lánguida, los sueños ansiosos, el incomprensible suspiro, la delgada estatura, las formas mórbidas, el pecho bullicioso, la tos profunda, el pie pequeño, la mano elegante... Y cada punto con su fascinación particular, que no comparte con los otros. Cuando he visto y revisto, contemplado y recontemplado la diversidad de este mundo, cuando he sonreído, suspirado, lisonjeado, amenazado, deseado, tentado, llorado, esperado, temido, vencido, perdido... entonces cierro el abanico, entonces lo que era parte se funde en un todo, las partes no forman ya más que un todo. Entonces se alegra mi alma, mi corazón palpita, la pasión arde. Esta jovencita, única en el mundo, tiene que pertenecerme, tiene que ser mía. ¡Que Dios conserve el cielo, si me reserva a ella! Conozco muy bien lo que he escogido. Y es tan grande, que el cielo no consentiría esta partición, pues, si yo me la reservo, ¿qué queda para el cielo? Los fieles mahometanos se quedarían desilusionados en su esperanza si en su Paraíso abrazaran pálidas y vagas sombras, ya que no podrían encontrar palpitantes corazones, pues el calor de todos los corazones sería transfundido en su pecho; desoladamente se dispersarían si encontraran labios pálidos, ojos cansados, pechos quietos, débil apretón de manos, pues todo el rubor de los labios y el fuego de los ojos y

la agitación de los pechos y la promesa de un apretón de manos y el presentimiento del suspiro y el sello del beso y la pasión del abrazo... todo... todo se reuniría en ella, y a mí se me daría pródigamente lo que bastaría para ambos mundos, el terrenal y el celestial. Así me lo he imaginado siempre, pero cada vez que lo pienso me acaloro, porque imagino su calor. Aunque habitualmente se considere el calor como un buen signo, no se sigue de esto que se conceda a la imaginación el glorioso predicado de la solidez. Por esto ahora, para cambiar, yo, frío, me la imaginaré fríamente. Intentaré dar una clasificación de la mujer. ¿En qué categoría la incluiré? La de un ser que existe para otro ser. Y no se debe interpretar erróneamente, en el sentido que existiría para mí y, a la vez, para otro. Conviene aquí, como en todo concepto abstracto, abstenerse de toda referencia a la experiencia; pues, de lo contrario, en el caso que nos ocupa, quedaría desmentido y conformado por la experiencia. La experiencia es una rara criatura, ya que siempre está en su naturaleza el desmentir y confirmar. O sea, que ella existe para otro ser. Pero también en este caso no hay que dejarse desviar por la experiencia, que nos enseña lo raro que resulta encontrar una mujer que exista para otros, ya que hay un número elevado que no son nada, ni para sí mismas ni para otros. Esta predestinación ella la comparte con toda la naturaleza, con todo el eterno femenino. Así la naturaleza existe para otro, y no en sentido teológico, o sea que cada miembro de la naturaleza exista para otro miembro, sino en el sentido de que toda la naturaleza existe para otro... existe para el espíritu. Lo mismo pasa con el individuo. Por ejemplo, la vida de la planta despliega con simplicidad sus encantos escondidos sólo para los demás. Lo mismo se diga de un enigma, de una charada, de un misterio, de una vocal, etcétera, sólo existen para otro. Así se explica fácilmente por qué Dios, cuando creó a Eva, dejó caer sobre Adán un sueño profundo, pues la mujer es el sueño del hombre. También se deduce de este ejemplo que está en la naturaleza de la mujer existir para los demás. Se dice que Jehová sacó a la mujer de la costilla del hombre. Si, por ejemplo, la hubiese sacado de la cabeza del hombre, la mujer seguiría existiendo para otro ser; pero no era destino que ella tuviese que ser una quimera, sino algo distinto. Ella se hizo carne y sangre, y por esto entra en los esquemas de la naturaleza, siendo esencialmente un ser que existe para otros seres. Por primera vez ella se despierta al contacto del amor, antes era sólo sueño. En esta existencia-sueño se pueden distinguir dos estadios: el primero, el amor sueña con ella, y el segundo, ella sueña con el amor.

Es la pura virginidad la que designa a la mujer como ser que existe para otro ser. La virginidad es un estadio de la existencia que mientras existe para sí es una abstracción, y así aparece a los demás. Lo mismo se diga de la inocencia femenina. Por esto se puede decir que la femineidad en estado de inocencia es invisible. Es por otra parte muy conocido que nunca ha existido una imagen de Vesta, la diosa que simboliza más de cerca la virginidad. Este estadio de la existencia es estéticamente celoso de sí mismo, así como Jehová lo es éticamente, y no permite que se tenga imagen alguna, ni siquiera una representación. En esto consiste la contradicción de que el ser que existe para otros no existiría para sí y sólo se haría invisible por primera vez mediante los otros. Desde un punto de vista lógico, esta contradicción es bastante obvia, y quien logra pensar lógicamente no se desviará de la misma sino que le sacará partido. Quien no piensa lógicamente se imaginará que lo que existe para otro ser existe en sentido limitado; como se puede decir de cualquier cosa: es en cuanto existe para mí.

Esta esencia de la mujer (la palabra existencia dice ya demasiado, pues ella para sí

misma no existe) se indica con precisión como Gracia, expresión que nos recuerda la vida vegetativa; ella es como una flor, gusta a los poetas, y hasta lo que hay en ella de espiritual tiene algo de vegetativo.

Ella entra en los límites de la naturaleza y por esto es libre sólo estéticamente. En sentido más profundo, es liberada sólo por medio del hombre, y por esto se dice: franquear, siendo el hombre el que libera. Si en realidad él libera no se la puede escoger por otra elección. La mujer elige, pero si esta elección es el resultado de una larga reflexión entonces ya no es una elección femenina. Será una deshonra recibir un rechazo, pues el individuo rechazado habrá presumido demasiado, habrá querido liberar a otro ser sin tener facultad. En esta relación se esconde una profunda ironía. El ser que existe para otro ser aparece como el predominante: el hombre libera, la mujer escoge. La mujer es, por este concepto, la vencida; el hombre es el vencedor, según el mismo concepto, sin embargo el vencedor se inclina ante la vencida; y, siendo bastante natural, resulta un índice de torpeza, estupidez, falta de sentido erótico plegarse para conseguir lo que inmediatamente se nos somete. Pero hay aún una razón más profunda. La mujer es de hecho sustancia, el hombre es reflexión. Por este motivo ella no es la que primero escoge, sino que el hombre la libera y la mujer después escoge. El liberar del hombre es una pregunta, la elección de ella, de hecho, es sólo una respuesta a una pregunta. En este sentido, el hombre es superior a la mujer, en otro sentido es infinitamente inferior.

El existir para los demás es la verdadera virginidad. La antítesis de esta tentativa de ser ella misma en relación con otro ser, para el que ella existe, se muestra en absoluto desdén, pero este desdén muestra a la vez que la verdadera esencia de la mujer es existir para los demás. Lo diametralmente opuesto a la absoluta entrega es el absoluto desdén, que, por el contrario, es tan invisible como la abstracción, contra la que rompe cualquier cosa sin que ésta adquiera vida. Luego la femineidad adopta el carácter de una crueldad abstracta, que es la punta irónica del auténtico *Sprödighed* [desdén] virginal. Un hombre nunca será tan cruel como una mujer. Si consultamos las mitologías, las leyendas, las sagas populares, nos confirmarán esto. Si hay que describir un elemento desatado de la naturaleza que no conoce límites en su crueldad, se echa mano de un ser virginal. Basta ver el horror que se siente al leer que una jovencita, sin rechistar, deja que quiten la vida a sus pretendientes, como se lee miles de veces en los cuentos y leyendas populares. Barbazul mata a todas las jovencitas que ha amado la noche de bodas, pero su satisfacción no está en matar, al contrario, su gozo para él es finito; aquí esta la diferencia: no se trata de crueldad por el placer de la crueldad. Un Don Juan las seduce y las abandona, pero su gozo no está en abandonarlas, sino en seducirlas; o sea, no es crueldad abstracta.

Por esto yo constato, cuanto más lo considero, que mi práctica está en perfecta armonía con mi teoría. El convencimiento de que la mujer esencialmente existe para otro ser ha informado siempre mi práctica. De aquí la infinita importancia de que en estos casos exista el instante; pues existir para los demás es siempre cuestión de un instante. Podrá transcurrir mucho o poco antes de que llegue el instante, pero, cuando ha llegado, lo que originalmente era un ser que existía para los demás asume una naturaleza relativa, por lo que cesa de ser. Sé bien que los casados hablan de una teoría, según la cual la mujer también en otro sentido es un ser que existe para los demás, siendo para ellos todo durante toda la vida. Hay que ser indulgentes con los casados. En realidad, yo creo que son ellos los que sugieren esta teoría. En general, en esta vida, cada condición tiene sus

usos convencionales y, en particular, sus mentiras convencionales. Y entre ellas se cuenta esta teoría. Entender el instante no es nada fácil, y quien lo malinterpreta consigue naturalmente aburrimiento durante toda la vida. El instante es bello, y en el instante la mujer es todo, y yo no entiendo de consecuencias. Entre éstas se encuentra también la de tener hijos. Ahora bien, yo me imagino que soy un pensador bastante consecuente, pero, aunque me volviera loco, no soy un hombre que se fije en las consecuencias, no las entiendo, son cosas adecuadas para los casados.

Ayer Cordelia y yo hicimos una visita a una familia que está veraneando. Nos quedamos en el jardín, y pasamos la mayor parte del tiempo haciendo distintos tipos de ejercicios físicos. Entre otras cosas, jugamos a los aros. Un señor que estaba jugando con Cordelia se marchó y aproveché la ocasión para sustituirlo. ¡Cuánto encanto desplegó, resultando seductora y encantadora por el esfuerzo del juego! ¡Cuánta armonía en contraste con sus movimientos! ¡Cuánta agilidad -como si danzara en la hierba- y energía, aunque no se resistiera a nada! ¡Insidiosa hasta perder el equilibrio! ¡Su porte era agradable; su mirada, provocadora! El juego naturalmente tenía para mí un interés muy particular. Cordelia, por el contrario, parecía no hacer caso. Pero un aro que tiré a otra jugadora fue para ella un rayo. Una luz más intensa iluminó desde entonces la situación, dándole un significado más profundo, y ella se animó con mayor energía. Retuve los dos aros, me paré un instante intercambiando unas palabras con los presentes. Ella entendió la pausa. Volví a lanzar los aros. Ella agarró los dos. Luego, casi de forma desapercibida, los tiró muy lejos, y me fue imposible agarrarlos. Este lanzamiento fue acompañado de una mirada llena de infinita temeridad. Se cuenta que a un soldado francés, que tomaba parte en la campaña de Rusia, hubo que amputarle una pierna por gangrena. En el mismo instante en que acabó la dolorosa operación, agarró la pierna amputada por el pie y la tiró lejos, gritando: "Vive l'empereur!" Con aire parecido ella lanzó lejos, más hermosa a como la había visto antes, los dos aros, como si se dijera a sí misma: "¡Viva el amor!" Y por esto no creí oportuno dejarle tomar la delantera en este estado de ánimo, ni de abandonarla, por temor a la languidez que suele seguir a continuación. Me mantuve tranquilo y la obliqué, ayudado por la presencia de los espectadores, a seguir jugando, como si no hubiera notado nada. Tal postura sólo le concede mayor elasticidad.

Si en nuestra época se tuviese alguna simpatía por ciertas averiguaciones, yo propondría un concurso de premios con la pregunta: ¿Quién, estéticamente hablando, es más púdica, una jovencita o una mujer joven, la inexperta o la experta? Pero en nuestra época no nos interesan estas cosas. En Grecia, una pregunta de este tipo hubiera atraído la atención general, todo el Estado se habría movido, y en particular las jovencitas y las mujeres jóvenes. En nuestra época esto parece increíble, como resulta increíble la célebre disputa entre dos doncellas griegas, y el examen profundamente minucioso a que dio lugar, ya que en Grecia no se trataban estos problemas con rutina y por encima; todos saben que Venus, precisamente con ocasión de esta disputa, recibió un nuevo atributo, y que hoy todos admiramos la imagen que ha eternizado a Venus. Una mujer casada tiene en su vida dos periodos en los que es interesante: el de la juventud apenas pasada, y de nuevo, mucho tiempo después, cuando ya es muy anciana. Pero al mismo tiempo ella tiene, y esto no se lo puedo negar, un instante en el que es más encantadora que una jovencita, y entonces inspira más reverencia; pero es un momento que raramente tiene

lugar en la vida, es una imagen de la fantasía que no tiene necesidad del cotejo con la vida y que quizá nunca se verá. Yo me la imagino entonces fresca, floreciente, voluptuosamente madura en el cuerpo, en el instante de tener un niño en su vientre, al que dirige toda su atención y en el que se pierde su contemplación. Es, por así decir, una imagen tan delicada que la vida humana no puede ofrecer, es un mito de la naturaleza y como tal sólo se puede ver en el arte y no en la realidad. No debe haber en esta imagen más figuras o fondos, porque la distorsionarían. A menudo en nuestras iglesias vemos que una madre entra con su hijo entre los brazos. Prescindiendo del molesto vagido, del ansioso presentimiento de las esperanzas de los padres por el futuro del pequeño, excitadas por estos vagidos, todo el ambiente que los rodea obra de manera tan perjudicial que, aunque el resto fuese perfecto, se perdería el efecto. Se mira al padre, y es un error, que quita delante cuanto había de místico y fascinante, se mira -horrenda rejero- al coro serio que rodea al padre, y no se ve... nada. Considerada como una imagen de la fantasía es la más delicada de todas. Me faltan temeridad, rapidez, desfachatez para osar atacarla, pero si en realidad viese una imagen así me sentiría completamente desarmado.

¡Cómo me ata Cordelia! Pero el tiempo pasa, y mi alma me pide rejuvenecer. Ya casi oigo el canto del gallo lejano. Quizá ella también lo oye, pero pensará que anuncia la mañana... ¿Por qué una jovencita es tan guapa? ¿Y por qué dura tan poco su belleza? Estos pensamientos podrían acarrearle melancolía, aunque no me importe. ¡Gocemos sin retrasar! En general, la gente que hace estas meditaciones no goza. Al mismo tiempo no puede ser perjudicial que la mente se pare en estos pensamientos; ya que estas preocupaciones, no precisamente por sí sino por lo que aportan a otros, hacen que el hombre sea virilmente más guapo. Una preocupación que caiga, oscura como un velo de niebla e ilusoria, sobre el porte masculino, pertenece también a la erótica masculina. Y a ésta, en la mujer, le corresponde una melancolía... Cuando una jovencita se entrega completamente, todo se ha acabado. Aún hoy yo me acerco a una jovencita con ansiedad, palpitando el corazón, pues percibo el eterno poder que se esconde en su ser. Esto jamás me ocurre con una mujer. Y no tiene importancia esa brizna de resistencia que acertadamente quiere oponer. Sería como decir que la capucha de una mujer casada inspira mayor respeto que la cabeza descubierta de una doncella. Por eso mi ideal ha sido siempre Diana. Esa virginidad pura, esa reserva absoluta han podido conmigo. Y, aunque ocupaba mi atención, yo la consideraba a la vez de mala gana. En resumen, considero que ella no se merece los elogios que se hacen de su virginidad. Ella sabía que su juego en la vida estaba en la virginidad, y por eso lo ha cuidado tanto. En un rincón del mundo, en el que se respiraba aire filológico, he oído cuchichear que ella tuvo una advertencia en los impresionantes dolores que su madre sufrió al parirla. Esto la habría atemorizado, y por esto no puedo reprochar a Diana, sino diré más bien con Eurípides: prefiero ir tres veces a la guerra antes que parir una sola vez. En realidad, yo no me podría enamorar de Diana, pero no niego que daría mucho por una conversación con ella, por lo que yo llamaría un intercambio de pareceres. Ella tendría que convenir conmigo en muchos enredos. Está claro que, de un modo o de otro, mi buena Diana tiene una dosis importante de conocimientos que la hacen menos ingenua que Venus. Yo no perderé el tiempo espíandola en el baño, sino que la espíaré con mis preguntas. Si fuera a una cita, en la que temiese conseguir la victoria, iría bien preparado y armado; pondría en movimiento, en una

conversación con ella, todas las malevolencias de la erótica...

Yo he meditado a menudo sobre la situación, sobre el instante que se puede considerar más seductor. La respuesta, naturalmente, depende de lo que se desea y del grado de desarrollo al que se ha llegado. Yo me inclino por el día de bodas, y sobre todo por un determinado momento. Cuando está elegantemente vestida de novia y toda su magnificencia palidece frente a su belleza y ella a su vez palidece, cuando la sangre se para, cuando los pechos se quedan inmóviles, cuando el pie duda, cuando la doncella tiembla, cuando el fruto madura, cuando el cielo la exalta, cuando la seriedad le da fuerzas, cuando la promesa la mantiene, cuando la plegaria la bendice, cuando el mirto le ciñe la frente, cuando palpita el corazón, cuando baja la mirada, cuando ella se refugia en sí misma, cuando ella ya no es de este mundo por pertenecer demasiado, cuando los pechos se agitan, cuando la figura se sacude con suspiros, cuando baja la voz, cuando tiemblan las lágrimas, cuando el enigma no está resuelto, cuando se enciende la antorcha, cuando espera el esposo... es el momento. Pronto se cumple. Sólo hay que dar un paso, pero podría ser un paso en falso. Ese instante puede incluso hacer interesante a una jovencita insignificante. Todo tiene que estar preparado, pues, si en el instante en que los extremos se tocan falta algo, en particular uno de los principales extremos, la situación pierde parte de su seducción. Hay un conocido grabado en cobre. Representa a una penitente. Su aspecto es tan juvenil e inocente, que casi se turban ella y el confesor por lo que ella va a confesar. Levanta un poco el velo y mira hacia el mundo, como si buscara algo objeto de su confesión, y se nota rápidamente que no es más que una atención hacia... el confesor. La situación es muy seductora y, puesto que en el cuadro es la única figura, nada se opone a que imaginemos la iglesia, en la que tiene lugar esta escena, tan espaciosa que podrían sermonear varios predicadores a la vez. La situación es muy seductora, y no me opondría a colocarme en el fondo, sobre todo si la jovencita, a su vez, no se opusiera. Sin embargo, la situación queda subordinada, ya que en ambas versiones la jovencita parece que sea una niña, y por tanto tiene que pasar tiempo antes de que llegue ese momento.

¿En mis relaciones con Cordelia he sido fiel a mis deberes? Quiero decir, a mis deberes con la Estética, ya que lo que me da fuerza es que yo siempre tengo la Idea de mi parte. Es un secreto como el de la cabellera de Sansón, que ninguna Dalila podrá quitarme. Si se tratara simplemente de en gañar a una jovencita, no valdría la pena; pero el hecho de que la Idea me acompañe en mis movimientos, que trabaje a su servicio y a su servicio me consagre, me da austeridad a mí y fuerza para abstenerme de los placeres prohibidos. ¿He tenido presente siempre lo interesante? Sí, puedo afirmarlo libre y abiertamente en este diálogo secreto mío. Lo interesante de este noviazgo fue que no diera lugar a lo que normalmente se entiende por interesante. Le mantuvo lo interesante porque la apariencia exterior era en contradicción con la vida interior. Si mi relación con ella hubiera sido secreta, habría sido interesante sólo a la primera potencia. Sin embargo es interesante a la segunda potencia, y esto representa para ella lo interesante. El noviazgo se rompe, pero ella misma lo romperá para iniciar un vuelo hacia una esfera más alta. Así tiene que ser; ésta es la forma de lo interesante que más le convencerá.

16 de septiembre

¡El vínculo se ha roto! Apasionada, fuerte, atrevida, divina levanta el vuelo como un pájaro que ahora, por primera vez, pueda desplegar las alas. ¡Vuela, pájaro, vuela! En realidad, si este vuelo regio fuese una separación de mí, mi dolor sería ilimitado y profundo. Sería para mí como si la amada de Pígalión se convirtiese de nuevo en piedra. Yo la devolví ligera como un pensamiento, ¡y ese pensamiento ya no me pertenecería! Se volvería uno loco. Un instante antes no me habría preocupado; un instante después no me habría afligido; pero ahora... ¡ese instante es para mí una eternidad! Pero ella no vuela lejos de mí. Entonces, ¡vuela, pájaro, vuela! ¡Elévate orgulloso con tus alas, resbálate por el mórbido reino del aire, pronto estaré contigo, pronto me esconderé contigo en la profunda soledad!

La tía se quedó sorprendida con la noticia. Por otra parte es lo suficientemente honesta como para que no piense obligar a Cordelia, aunque yo, en parte por entontecerla, en parte por dar vueltas alrededor de Cordelia, haya hecho algunas intenciones para que se interese por mí. Ella se muestra muy solidaria y no sospecha que yo implore todo tipo de solidaridad.

Ella ha obtenido permiso de la tía para pasar un tiempo en el campo, y se irá a ver a una familia conocida. Esto viene muy bien, pues de esa forma no se abandonará a la exuberancia de su nuevo estado de ánimo. Aún por un tiempo estará al reparo de cualquier tipo de exaltación. Yo seguiré en contacto con ella mediante cartas, de forma que nuestras relaciones vuelvan a reverdecer. Ahora tiene que fortalecerse; será mejor permitirle que exprese un excéntrico desprecio a los hombres y a la vida en general. El día de la partida se presentará ante ella, vestido de cochero, un joven leal, al que se unirá fuera mi fiel criado. La acompañará hasta su destino y se quedará con ella para ayudarle y darle una mano, en caso de necesidad. No conozco a nadie mejor que a Santi para mandarle allí. Yo mismo he preparado todas las cosas. No falta nada que pueda de alguna forma servir para que su alma se regocije y se tranquilice en el más voluptuoso bienestar.

Cordelia mía:

Aún las recriminaciones de las familias no se han unido en un general y alarmante alboroto capitolino. Alguien a solo ya habrá tenido que soportarlo. Imagínate una asamblea de infantes de tetera y damas de café, imagínate en la presidencia a una dama que se pueda comparar con el inmortal presidente Lars del Claudius, y tendrás un cuadro, una idea y una medida de lo que has perdido con la condena de la gente fina.

Te incluyo el famoso grabado que representa al presidente Lars. Por desgracia, no pude conseguir una separata y he tenido que comprar el Claudius, he cortado el retrato y he tirado el resto. ¿Como podría molestarte con un regalo que en estos momentos no tiene para ti la menor importancia? ¿Cómo podría no ofrecerte lo que pueda producirte un instante de placer? ¿Cómo podría permitir que en esta situación se mezcle algo más de lo pertinente? Esta prolijidad pertenece sólo a los hombres esclavizados por la naturaleza y por las limitadas contingencias de la vida; pero tú, Cordelia mía, tú, en tu libertad, me odiarías.

Tu Juan

La primavera es la estación más hermosa para enamorarse, el otoño la más bella para apagar los deseos. En otoño nos acompaña una melancolía que se adapta a la conmoción en la que cae el pensamiento tras apagar el deseo. Hoy he ido al campo, donde durante unos días Cordelia encontrará el ambiente que armonice con su alma. No deseo ser partícipe ni de su sorpresa ni de su gozo, pues estas debilidades eróticas sólo debilitarían su alma. Si, por el contrario, se encuentra sola, se abandonará a las ensoñaciones, por todas partes encontrará ilusiones, indicaciones, un mundo encantado; pero todo esto perdería su importancia si yo me encontrase a su lado, ella podría hasta olvidar que para nosotros ha llegado el momento en el que todo esto, gozado en comunión, volverá a tener importancia. Este ambiente no debe irritar su alma como un narcótico, sino que debe ayudarle continuamente a elevarse, mientras ella lo considerará como una broma sin sentido en relación con lo que tiene que pasar. Yo mismo procuraré, en estos días que faltan, visitar más a menudo esos lugares para mantenerme en un estado de ánimo parecido.

Cordelia mía:

Ahora, de verdad, puedo llamarte mía; ningún signo externo me recuerda mi posesión... Ahora, de verdad, te llamaré mía. Y cuando te tenga entre mis brazos, cuando tú me ates con tu abrazo, ya no tendremos necesidad de ningún anillo para recordarnos que nos pertenecemos mutuamente, ¿pues acaso este abrazo no es un anillo que vale más que un símbolo? Y cuanto más estrechamente este anillo nos apriete, más indisolublemente nos unirá, mayor será la libertad, ya que tu libertad consiste en ser mía, y la mía en ser tuyo.

Tu Juan

Cordelia mía:

Alfeo, durante una cacería, se enamoró de la ninfa Aretusa. Ésta no quiso escuchar su deseo y huyó corriendo delante de él hasta que llegó a la isla Ortigia y se transformó en fuente. Alfeo sufrió tanto, que a su vez fue transformado en río, en el Peloponeso. A pesar de todo, él no olvidó su amor, y por debajo de las aguas del mar se acercó a esa fuente. ¿Ha pasado el tiempo de las metamorfosis? Contesta. ¿Ha pasado el tiempo del amor? ¿Con qué otra cosa podría comparar tu alma pura y profunda, que no tiene ningún contacto con el mundo, si no es con una fuente? ¿Y no te he dicho ser como un río que se ha enamorado de ti? ¿Y no me precipito, ahora que estamos separados, entre las olas del mar para unirme contigo? Allí, bajo las olas del mar, nos encontraremos de nuevo, pues sólo en esas profundidades por primera vez nos perteneceremos mutuamente, completamente.

Tu Juan

Cordelia mía:

¡Pronto, muy pronto, serás mía! Cuando el sol cierre su ojo vigilante, cuando la historia haya acabado y empiecen los mitos, no sólo me envolveré en mi manto, sino me envolveré en la misma noche como en un manto e iré corriendo a ti y me quedaré

escuchando para encontrarte, no guiado por tus pasos, sino por los latidos de tu corazón.

Tu Juan

A veces, cuando no puedo encontrarme personalmente, como quisiera, junto a ti, me intranquiliza el pensamiento que pueda pensar en el futuro. Hasta ahora no ha sucedido, ya que he sabido aturdirte estéticamente. No puede pensarse en nada más antierótico que en estos discursos sobre el futuro, cuyo origen está en la falta absoluta de temas con los que ocupar el tiempo presente. Con tal de estar cerca, no me preocupan estas cosas, pues sé cómo empujarla a olvidar el tiempo y la eternidad. Si, en una relación con el alma de una jovencita, no se saben disponer así las cosas, entonces no habría que esforzarse en intentar seducirla, pues en ese caso hay que salvar dos escollos: las preguntas sobre el futuro y la catequización de la fe. Por esto resulta bastante natural que Margarita, en Fausto, haga a Fausto un pequeño examen de este género, ya que éste cometió la imprudencia de presumir de caballero, y contra tales ataques una jovencita siempre está acorazada.

Creo que ya todo está dispuesto para recibirla; no le faltará ocasión para admirar mi memoria; mejor aún, no tendrá tiempo de admirarla. No se ha olvidado nada que tenga importancia para ella, y por el contrario no hay nada que pueda recordarle directamente a mí, al ser yo invisible, presente en todas las partes. Por otra parte, el efecto dependerá sobre todo de cómo ella vea todo desde el primer momento. Para este fin mi criado ha recibido unas instrucciones muy precisas, y él, dotado de una inteligencia natural, es un experto en materia. Cuando recibe órdenes sobre el particular, casual o negligentemente sabe sacar conclusiones, sabe ser discreto, en resumen, no tiene precio. La situación es la mejor que se podía esperar. Sentados en el medio de la habitación, por ambos lados se ve, más allá del fondo, ante sí el horizonte infinito, y se siente uno solo en el extenso mar del aire. Si se acerca uno a la ventana, lejos en el horizonte, se arquea como una corona un bosque, que pone límites y lo rodea una segunda vez. Así tiene que ser. ¿Qué ama el amor?... Un recinto. ¿No era el Paraíso un lugar cerrado, un jardín expuesto a Oriente? Si nos acercamos más a la ventana, aparece un tranquilo lago, que humildemente se esconde entre las escarpadas orillas: en la orilla hay una barca. Un suspiro del corazón hinchado, un soplo del pensamiento inquieto: suelta amarras, resbala por las olas del lago, empujada suavemente por la dulce brisa de una pasión que no tiene nombre. Se mete por la misteriosa soledad del bosque, acunada por las olas del lago, que sueña con las profundas tinieblas del bosque... Si miramos para el otro lado, ante los ojos se dispersa el mar, que no puede detener nada, perseguido por el pensamiento, que no retiene nada... ¿Qué ama el amor? El infinito. ¿Qué teme el amor? Los límites... El salón incluye una habitación más pequeña, o mejor un pequeño estadio, porque esta habitación, como la de la casa de los Wahl, está destinada a doble uso. El parecido es sorprendente. Una estera tejida con juncos cubre el suelo, delante del diván hay una mesita de té y encima una lámpara, completamente parecida a la de su casa; todo idéntico, sólo que más espléndido. Podía permitirme este cambio en la decoración. En el salón hay un piano, muy sencillo, pero que recuerda el piano que había en casa de las Jansen. Está abierto; en el atril, abierta, esa breve aria sueca. La puerta de entrada está entornada. Ella entra por la otra puerta del fondo, y Santi ha recibido instrucciones sobre el particular. Cuando su mirada se vuelva

al pequeño estudio y al piano a la vez, se despertará el recuerdo en su alma, y en ese instante Santi cerrará la puerta... La ilusión es perfecta. Ella entra en el estudio. Está satisfecha, estoy convencido. Mientras tanto su mirada cae sobre la mesa, descubre un libro; al mismo tiempo Santi lo coge para ponerlo ? en su sitio, añadiendo casualmente: "Seguramente se lo ha olvidado el señor cuando estuvo esta mañana". Así se entera, ahora por primera vez, de que he estado esta mañana, y por consiguiente querrá ver el libro. Es una traducción alemana del famoso Amor y Psique de Apuleyo. No es un poema, ni conviene que sea, ya que se considera una afrenta ofrecer a una jovencita una obra poética, como si en ese momento ella no estuviese poéticamente dotada para descubrir la poesía que se esconde en la realidad inmediata, poesía no elaborada por el pensamiento de otro... Ella leerá el libro y se habrá conseguido lo que se pretendía... Abriendo, al pasar, por donde por última vez se ha leído, encontrará una ramita de mirto, y a la vez descubrirá que esto representa algo más que un registro.

Cordelia mía:

¿De qué tienes miedo? Si estamos muy unidos uno con otro seremos fuertes, más fuertes que el mundo, más fuertes que los mismos dioses. Tú sabes que una vez vivió en la tierra una stirpe, en realidad eran hombres, pero cada uno se bastaba a sí mismo y no conocían los lazos íntimos del amor¹³ Sin embargo eran fuertes, tan fuertes que quisieron asaltar el cielo. Zeus, que los temía, los dividió de forma que de cada uno saliesen dos, un hombre y una mujer. Ahora igual sucede que lo que una vez estaba unido se vuelve a unir de nuevo en el amor, y esa unión es más fuerte que Zeus, fuerte no sólo en relación a ese único ser originario, sino aún más fuerte, ya que el lazo del amor es aún más poderoso.

Tu Juan

24 de septiembre

La noche es tranquila -son las doce menos cuarto; fuera, el cazador toca su saludo a los campos, cuyo eco se oye en las paredes; entra por los muros, vuelve a soplar en su cuerno: ahora el eco llega más lejos aún... Todo duerme en paz, menos el amor. ¡Venga, despertaos, fuerzas misteriosas del amor, reuníos en mi pecho! La noche es silenciosa: un pájaro solitario rompe ese silencio con su grito y batir de alas, volando a ras por los campos de rocío, hacia el borde de los glaciares; también él se apresura a una cita de amor -accipio omen! [tengo buenpresentimiento] ¡Qué profunda es la naturaleza! Yo tengo presagios por el vuelo de los pájaros, por sus gritos, por el rutilante deslizamiento de los peces en la superficie del lago, por su tirarse a los abismos, por un ladrido de perros, por el lejano rumor de un carruaje, por el ruido de un paso cuyo eco se oye lejos de aquí. No vemos fantasmas a esta hora de la noche, no veo lo que ha sido, sino lo que será en la ensenada del lago, en el beso del rocío, en la niebla que se extiende por la tierra para cubrirla con un fecundo abrazo. Todo es imagen, y yo mismo soy mi mismo mito, ¿pues no es un mito que yo me apresure a esa cita? No importa quien soy. Todo lo caduco y lo mortal ha sido olvidado, sólo queda lo eterno, el poder del amor, su urgente deseo, su

¹³ Alude al mito del hombre-mujer, al que se refiere el "Discurso de Aristófanes" en el Banquete de Platón.

beatitud... ¡Mi alma está tan tensa como un arco! ¡Y mis pensamientos tan preparados como dardos en la aljaba, no envenenados, pero siempre capaces de mezclarse con la sangre! Mi alma se siente fuerte, sana, alegre, presente, como un dios... Ella era hermosa por naturaleza. ¡Yo te lo agradezco, maravillosa naturaleza! Velaste por ella como una madre. ¡Gracias por tu atención! Ella era inmaculada. Yo doy gracias a los hombres, a quienes se lo debe. Su desarrollo fue obra mía, pronto gozaré de los frutos... ¿Qué no he concentrado en ese instante que se acerca? ¡Muerte y condenación, si fallo el intento...!

Aún no veo mi carruaje... Oigo restallar el látigo. Es el cochero... ¡Latigazo, a vida y a muerte! ¡Se derrumben los caballos, pero ni un segundo antes de que alcancen su destino!

25 de septiembre

¿Por qué no puede durar más una noche así? Si Electra se pudiera olvidar, ¿por qué en estos casos el sol no puede sentir compasión? Ya se ha acabado todo, y yo pido de no verla más. Una vez que una jovencita ha dado todo está rota, lo ha perdido todo; pues, si en el hombre la inocencia es un momento negativo, en la mujer es la esencia de la vida. Ahora es imposible toda resistencia, pero mientras exista es bonito amar; cuando cese, amar se convierte en hábito y debilidad. No deseo recordar esta relación con ella; 'd ella ha perdido el aroma, y ya pasaron los tiempos en que una jovencita, por el dolor de la infidelidad del amante, se transformaba en heliotropo. No me despediré de ella, ya que no hay nada que me moleste más que las lágrimas y las súplicas de las mujeres, que confunden todo y en el fondo no significan nada. Es verdad que la he amado, pero s de ahora en adelante ella ya no puede ocupar mi alma. Si fuera un dios haría lo que Neptuno hizo con una ninfa, la transformaría en un hombre.

Valía la pena saber si estaba en grado o no de engatusar a una jovencita hasta el punto de que tuviese tanto orgullo de imaginarse que era ella la que se cansaba de la relación. Podría ser una farsa muy interesante, que por s' misma tuviera también un cierto interés psicológico y, desde ese punto de vista, nos enriquecería con muchas observaciones eróticas.